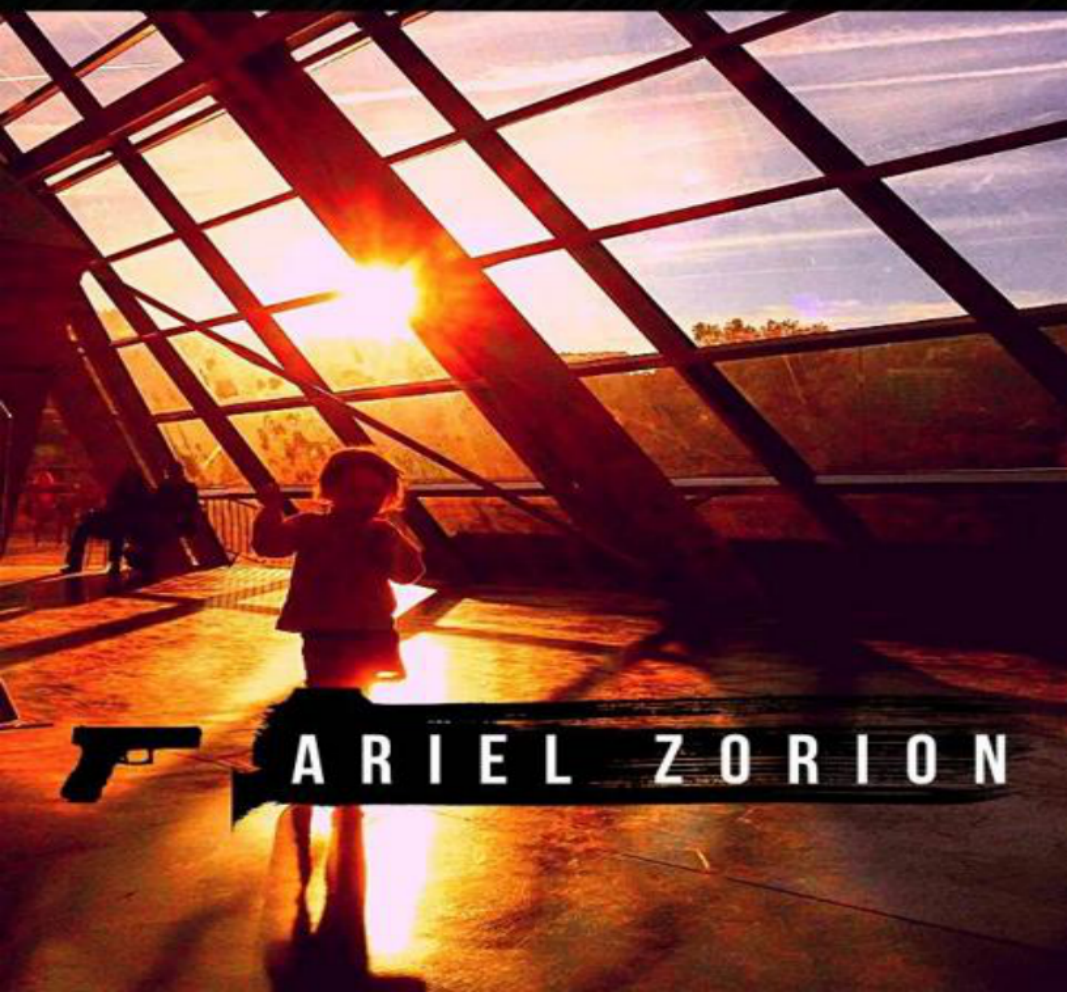
Saga Amanecer 2

AMANECERES OSCUROS



ARIEL ZORION

SAGA
AMANECER 2

ARIEL ZORION

© Ariel Zorion

Ariel zorion Copyright Imagen de portada: fotografía gratuita de Pixabay en Canva (Pixabay License: Gratis para usar bajo la licencia de Pixabay. No es necesario reconocimiento).

© *Ariel Zorion* Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación de la escritora o han sido usados de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier semejanza a personas, vivas o muertas, así como a sucesos reales, locales u organizaciones son pura coincidencia o se han usado exclusivamente de forma figurada para construir la trama, sin guardar relación alguna con la realidad.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida en forma alguna sin permiso expreso de la autora.

Instragram: @ariel_zorion Web: https://www.arielzorion.com

Mail: arielzorion@arielzorion.com

Para Rocío
Eres una de las maravillosas joyas que han traído los libros a mi vida. Gracias por ser como eres y por estar ahí siempre. Ojalá este libro que sale en el día de tu cumpleaños te haga sentirte feliz.

Para mis lectores cero, siempre.
Sin vosotros no lo lograría.

Para los empeñados en soñar
que podemos hacer del
mundo un lugar mejor.

Nota de la autora

Querida lectora o lector:

En primer lugar, quiero avisarte de que esta es una historia en dos partes. La primera es esta que tienes en tus manos. La segunda no se hará esperar demasiado. Estará disponible en febrero de 2024.

Seguro que ya sabes lo que está avanzando el mundo de la ingeniería genética en los últimos tiempos. Este libro no pretende ser, ni muchísimo menos, un análisis científico. Es una novela de ficción, no lo olvides. Por eso, quiero remarcar que algunas de las cosas que se plantean aquí no están basadas en evidencias científicas ni han salido de experimentos en la vida real, sino que son fruto de mi imaginación y se han utilizado para dar consistencia e intriga a la trama.

Sin embargo, sí que debo decir que el Proyecto Genoma Humano y el CRISPR/Cas9 me han servido de inspiración. Hace ya bastante tiempo que empecé a leer cosas apasionantes relacionadas con este tema, al igual que con otro que en la actualidad está intentando descubrir y plasmar todo el cableado y las conexiones neurales de un cerebro sano, que no es otro que el Proyecto Conectoma Humano. Ambos han demostrado lo que puede lograr la cooperación entre instituciones del ámbito público y privado.

Es absolutamente admirable lo que la ciencia puede llegar a conseguir. El campo de la edición genética y la biotecnología parece ser una potencial revolución en el mundo de la medicina.

No dudes en buscar información al respecto. Hay artículos muy interesantes en la web y libros que lo explican de forma muy clara para la gente de a pie que no tenemos formación científica.

En cualquier caso, al final del libro te dejaré unas breves pinceladas por si te interesa seguir investigando por tu cuenta.

Disfruta de la lectura.

Gracias por estar aquí.

A.Z.

Sinopsis

¿Puede la ingeniería genética crear una raza nueva?

¿Es posible evitar ciertas enfermedades editando una serie de genes?

¿Hasta dónde llegaría alguien para demostrar su teoría?

¿Puede el ser humano convertirse en Dios?

¿Existe algún caso que justifique matar a otra persona?

¿Hasta dónde alcanzan los límites de la ética?

Una investigación compleja se cruzará en el camino del nuevo director de la Unidad de Análisis de Conducta cuando todavía está intentando afrontar un desafío para el que cree no estar preparado. Dirigir al equipo estrella de la agencia no es asunto baladí, sobre todo si pasas por el síndrome del impostor.

Habitualmente seguro de sí mismo, el agente italiano está preocupado por tomar el mando de un grupo en el que sabe que ha habido ciertas dificultades en un pasado más o menos reciente. Son personalidades complejas y fuertes y tiene que lograr ganarse su confianza.

Sin embargo, ese problema se verá relegado a un segundo lugar cuando tengan que enfrentarse a un caso que requerirá de sus mejores habilidades para resolverlo.

*

El comienzo

“Todos nacemos locos.
Algunos continúan así siempre”.
(Samuel Beckett)

Prólogo Vida.

Muerte.

No hay estadio intermedio.

Tal vez sí.

Evolución.

Involución.

Somos creadores.

Somos dioses.

Quizás es ese paréntesis en el que parece que el tiempo se ha congelado porque, sin darte cuenta, de repente estás dentro de una situación que te desborda. El mundo ha dejado de avanzar. Se para. Se enrosca sobre sí mismo. Se atasca. Justo después, parece que no solo no progresa, sino que la vida retrocede.

Y se apaga.

Porque la vida, de vez en cuando, se trunca sin más.

La vida, en ocasiones, se convierte en un tortuoso camino lleno de dolor que te araña la planta de los pies a cada paso, dejándolos en carne viva.

La vida, a veces, se convierte en una jodida víbora que te muerde y te inocula su veneno cortándote la respiración y hasta las ganas de vivir.

Entonces, tienes que tomar decisiones drásticas que crees que jamás te plantearías, porque no hay camino intermedio, no hay grises ni hay nada. Blanco o negro. Sin matices. No hay ética. No hay lugar para la moral. Solo tú ante el peligro, buscando soluciones novedosas, examinando el camino que todavía no ha sido explorado.

Inventando.

Reinventándote.

Pero es que la vida es así. A veces saca de ti algo que jamás pensaste que podría existir en tu interior. Porque esa visión abominable del ser humano no puede formar parte de ti.

No puede ser real.

CAPÍTULO 1

Una nota

Finales de enero. Año actual.

Acababa de finalizar su primera sesión como formadora externa del FBI. Había sido una dura prueba para ella. No estaba acostumbrada a aquello. Fue policía de calle durante muchos años, de las de estar en la arena y con alergia a los despachos. Pero todo aquello había quedado atrás. Su vida necesitó de un cambio.

Por su bien.

Por salud.

Para sobrevivir.

Después de un tiempo de búsqueda infructuosa, gracias a las influencias de su pareja dentro de la Agencia Federal de Investigación y, cómo no, a su dilatada experiencia en homicidios, logró una colaboración como *freelance* que al menos le permitía seguir trabajando en el campo que conocía.

Ahora se dedicaba a dar clase. Quién se lo hubiera dicho en el colegio, cuando ninguno de sus profesores apostaba nada por ella y decían que se pasaba todo el tiempo en la luna. Al final le había demostrado al mundo, y sobre todo a sí misma, que cuando te empeñas en algo, más tarde o más temprano lo consigues. Ella se empecinó en llegar a lo más alto en el Departamento de Policía de Los Ángeles y, gracias a su trabajo duro, lo logró.

La clase había ido bien. Pasados los nervios iniciales, se sintió cómoda y segura de sí misma. Al poco de comenzar la sesión, se percató de que Bill había entrado en el aula y se había sentado en las filas de atrás. Aquello le sacó una sonrisa y le dio más seguridad todavía. Él siempre solía respaldarla en todo. Había sido así desde que le conoció muchos años atrás.

Le hicieron alguna pregunta incómoda aunque esperable respecto a su más que conocida relación con el Asesino del Ocaso, pero nada que no supiera manejar. Hasta que al finalizar la sesión, una joven se acercó hasta su posición. Parecía un tanto inquieta. Hablaba con ella un poco nerviosa. Aquello puso a Kisha en alerta.

—Inspectora Jennings, soy Marjorie Phillips. Estoy en la academia. Me he incorporado hace muy poco —comenzó a decirle, dando demasiados rodeos, según le pareció a Kisha—. No me gustaría… No me… —intentó, sin que acabaran de salirle las palabras.

Bill observaba todo desde la tribuna en la que estaban el resto de alumnos desalojando ya el aula. Entonces, él empezó a bajar los escalones para acercarse también, extrañado por la situación. En aquella conversación había algo raro.

—Dime lo que sea sin rodeos, Marjorie —le pidió la que fuera inspectora jefe del departamento de homicidios de la policía de Los Ángeles.

—Tengo algo para usted —pronunció por fin, extendiéndole una nota.

«*Arderás en el infierno*», firmado por M.J.

Eso era todo lo que contenía.

Kisha miró a Bill con evidente preocupación.

A él le pareció ver miedo en sus ojos.

CAPÍTULO 2

un trabajo

Finales de octubre. Año anterior.

El sol del amanecer le pilla aquel día todavía en el despacho. Es un amanecer apagado, oscuro, de un sol que pierde la batalla entre las densas nubes. Parece que, como él mismo, el astro rey también se siente atrapado.

Sabe que se exige demasiado y que todo necesita su tiempo, pero aun así, quiere estar a la altura de lo que se espera de él. Tiene ante sí un reto de los complejos, de los que te llevan hasta la extenuación y demandan lo mejor de ti. No vale con dar el cien por cien cuando lo que se espera es que rindas al doble de tu capacidad.

Al menos, eso es lo que él siente.

Quizás está exagerando.

Nunca le ha importado dedicar todas las horas que fueran necesarias al trabajo, pero ahora también le gustaría poder entregarle tiempo a su vida personal. A lo mejor es eso lo que más le frustra, no poder disfrutar como se merece de lo que tantos años le ha costado conseguir.

Anhela que con el paso de las semanas esto sea una realidad y pueda tener más tiempo libre. Aquel cambio tan radical no entraba en sus planes, sino que se había colado por la puerta de atrás y ya no había forma de echarlo.

En cuanto le presentaron al equipo, supo que no confiaban en él. No hacía falta ser experto en nada. Fue solo una primera toma de contacto, pero más que suficiente. Es comprensible. Al fin y al cabo, le han puesto ahí los jefes sin tener antecedentes dentro de la Unidad. Poco importa en estos casos que seas un agente experimentado con una larga trayectoria a tus espaldas cuando te perciben como un intruso.

Él mismo se siente un impostor ocupando ese cargo.

Dirigir la U.A.C. sigue pareciéndole un desafío que está por encima de sus posibilidades, pero está decidido a no dejar que nadie piense algo semejante. Es un sentimiento que se va a guardar para sí. Siempre ha tenido claro que es fundamental destilar seguridad y confianza en uno mismo para lograr que los demás se fíen de ti. Y eso es algo que se le da muy bien. Al igual que se le da bien afrontar retos que parece que están fuera de su alcance. Aunque este puede que sea excesivo. Y además, no ha sido él quien se lo ha planteado, sino que ha venido impuesto desde fuera. Eso cambia las reglas del juego y, no solo eso, también la motivación al respecto. No obstante, es profesional y hará su trabajo lo mejor que sepa.

Y pueda.

Por lo tanto, ya que está más que seguro de que su equipo le ha investigado a fondo antes de conocerle y ya le han hecho el oportuno perfil psicológico, Bill, por su parte, ha decidido hacer lo propio. Tiene un margen limitado de tiempo, pero lo conseguirá. Ellos solo tienen que investigar a uno y él a cinco. No importa. Al final, va a conocer hasta el nombre de la primera mascota que tuvieron de pequeños y se va a asegurar de que se den cuenta de que no les teme. Al fin y al cabo, el jefe es él.

Trenton y Janice le parecen los dos miembros más difíciles. Como dice la expresión tan manida, los huesos más duros de roer. De hecho, por lo que ha podido sacar de aquí y de allá, está bastante seguro de que fueron los que iniciaron el polvorín que acabó con la destitución de su antecesor.

Son personalidades alfa muy fuertes, lo que provoca en ocasiones rencillas entre ellos, aunque también crean alianzas cuando les interesa. Cabe la posibilidad de que se vieran con opciones para ocupar su puesto en ese momento, con lo que ganarse su confianza va a ser una tarea realmente ardua. Si no está espabilado, igual se encuentra con alguna zancadilla inoportuna.

Tal vez, en su caso, la estrategia sea la de dividir para vencer. Ganarse a uno de ellos, llevárselo a su terreno. Pero no puede arriesgarse hasta que no lo tenga claro. Si la caga en eso, se acabó su trayectoria al frente de la Unidad, quizá incluso dentro del FBI. Es consciente de que eso cabrearía mucho a los jefes.

Tim es otro cantar. Es un chico joven. En cierto sentido le recuerda a Russell, unos de los agentes con los que trabajó en San Francisco, y no solo por su juventud y su pelo rubio, sino porque parece el más desenfadado y cercano. Y es de agradecer. Es agradable contar con una cara amable entre tanto frente abierto.

Amanda es en apariencia más reservada. Es observadora y no le gusta hablar hasta que no tiene absolutamente claro lo que tiene que decir. Da la sensación de que está analizando a los que le rodean constantemente. A pesar de ser consciente de que le ha estudiado con suma atención, intuye que puede congeniar bien con ella. Lo presiente, aunque no tiene ninguna certeza al respecto. Pero a Bill no se le da mal conectar con la gente. Al menos, eso es lo habitual. Ahora mismo, sabe que ella sigue en esa fase de análisis, al igual que los demás. Tal vez por eso no ha decantado su postura.

Y finalmente está Parish…

Su teléfono vibra encima de la mesa. Su sonido hace descarrilar sus cavilaciones, cosa que agradece. Está cansado de darle vueltas y más vueltas a aquel tema. Acaba de recibir un mensaje.

«*Acabo de despertarme y veo que hoy tampoco has venido a dormir.*

Me recuerda demasiado a mis malos hábitos del pasado. Espero que estés bien. Te echo de menos. K.»

En ese momento, Bill cierra los ojos. Él también la echa de menos. Esto no es lo que había imaginado para los dos cuando, en un principio, se trasladaron a vivir a San Francisco, antes de que los de arriba decidieran que él era el hombre que querían para dirigir esa división en concreto. Se suponía que iban a tener una vida en común. Se suponía que, por fin, podrían estar juntos.

Y lo estaban, era cierto.

Pero, a la vez, no, porque llevaba ya varias jornadas en las que casi vivía en las oficinas. A veces una distancia de pocos metros puede parecer más insalvable que todo un océano. Se prometió a sí mismo que aquella situación iba a cambiar. No podía permitirse seguir viviendo así.

Cerró la carpeta y cogió su americana, la cual reposaba en el respaldo de su mullida butaca con ruedas. Ya bastaba por aquel día. Si continuaba así, no aguantaría mucho más. Pasaría por casa, aunque solo fuera un par de horas. Necesitaba resetear. Coger energía para continuar.

Al día siguiente le esperaba una reunión clave con el equipo. La semana próxima, tendría que desplazarse a Washington para otra con los jefes. Querían que les rindiera cuentas de sus primeras impresiones. Y en un par de meses o tres, ya le han dicho que celebrarían otra nueva reunión de seguimiento. Al menos está sobre aviso: no le van a quitar el ojo de encima. Menos mal que no fue él quien solicitó el cargo.

Aproxima la butaca a la mesa y pone en orden las carpetas y el resto de papeles. Necesita ese atisbo de organización en medio del caos en el que se siente. Se dirige a la puerta. Pone la mano sobre el interruptor que apaga la luz de su despacho y se gira antes de irse. Justo antes de salir, un pensamiento le cruza por la cabeza.

Quantico, por el momento, le parece una trampa de la que no sabe cómo salir.

CAPÍTULO 3
Un niño

Octubre. Año anterior.

La llamada del colegio llegó un par de horas después de que se hubiera iniciado la jornada escolar. El pequeño Matty no había ido aquel día a la escuela. Se veían en la obligación de comunicárselo a los Servicios Sociales. Eso era lo que le dijo la directora del centro educativo por teléfono. Aunque no era posible. Ella misma lo había dejado en la puerta del edificio. Bueno, no exactamente en la puerta, pero sí muy cerca.

—Señora Preston, se lo juro, Matty ha ido al colegio hoy. Yo misma me he encargado de llevarle. Tiene que haber algún error —argumentó la madre con desesperación.

—Caroline, lo siento. De verdad. Pero esto ya lo hemos hablado muchas veces antes. Además, lo escuchaste igual que yo en la reunión con la trabajadora social. Si faltaba un solo día al colegio, debía avisarles. No tiene por qué haber consecuencias. Únicamente es información para que hagan el seguimiento. Si van a tu casa, hay una causa justificada para su ausencia y todo está en orden, problema resuelto. No tienes de qué preocuparte si es así —le explicó despacio, lo que provocaba la sensación de que remarcaba cada palabra.

A la mujer le pareció que la directora hablaba con cierto sarcasmo, como si diera por hecho que no era así, que nada estaba en orden y que, por supuesto, había descuidado sus responsabilidades como madre. Vale, era cierto que en el pasado fue así. Tuvo sus problemas. Aquello terminó con una denuncia y con el niño en un hogar de acogida de manera temporal.

—Pero es que Matty no está en casa, porque lo llevé al cole. Se lo juro —insistió desalentada. Su hijo tenía que estar en la escuela, ¿dónde si no?

—Caroline, los bedeles me han dicho que el niño no ha entrado. Nadie le ha visto llegar. La tutora ha sido la que me ha avisado. Estaba preocupada. Además, dice que no estás siguiendo las pautas que te dio y que no ayudas al crío con los deberes, tal y como habíais acordado.

Eso sí era cierto. No le daba tiempo a ponerse con él a estudiar. No podía con todo. Le estaban exigiendo demasiado. Muchas veces tenía que quedarse solo en casa porque ella se veía obligada a trabajar en lo que le saliera. Y lo más triste de todo era que ni con todo ese esfuerzo, lograba pagar las facturas.

—Yo… Tiene que estar allí, se lo juro. Tal vez se ha perdido —respondió, obviando la segunda insinuación que le había hecho la directora.

—Pero acabas de decirme que lo has traído tú misma hasta la puerta del centro. Si ha sido así, no puede haberse perdido. ¿Acaso le has visto entrar?

Caroline se quedó en silencio. Acababa de pillarla en una verdad a medias. Eso no era bueno. Nada bueno. Ahora sí que estaba en un lío.

—Bueno, casi. Le he dejado a media manzana de allí —reconoció por fin. No tenía sentido ocultarlo más.

—Mmmh. Entiendo —sentenció la directora al otro lado de la línea. El tono de voz era lo suficiente incisivo como para que Caroline lo detectara.

Acababan de devolverle la custodia del pequeño y se había prometido hacer las cosas bien esta vez. Pero nadie se lo ponía fácil. Su camello le había interceptado el paso cuando iba con su hijo de camino al centro escolar y tuvo que dejar que el niño se fuera solo los últimos metros. Le había dicho en incontables ocasiones que no debían verla con él, especialmente cuando iba acompañada de Matty. Eso le traería problemas. No obstante, para el traficante aquello fue una excusa más para presionarla. Pensaba que así lograría que le comprara una “papelina”, con tal de quitárselo cuanto antes de encima. Desde luego, no tenía ni el menor escrúpulo.

Por otro lado, Caroline se había prometido dejar la droga. Quería ser una buena madre. Quería tener una vida decente. Accedió a entrar en el centro de desintoxicación y seguir el tratamiento para algo. El trabajador social que llevaba su caso en aquel momento había sido muy insistente y le puso unas condiciones muy claras. Ella había hecho muchos sacrificios ya y había sufrido mucho precisamente durante el proceso para lograr desengancharse. No imaginaba lo duro que podía ser pasar el mono de esa forma y todas las consecuencias que aquello tenía.

Pero la vida no era fácil, sobre todo para una ex drogadicta que había pasado por la trena. No le resultaba sencillo encontrar un trabajo, mucho menos uno estable que le proporcionara los ingresos mínimos con los que vivir con cierta dignidad y darle a su pequeño una vida normal. La droga volvía a ser demasiado tentadora, una ventana a una realidad al margen en la que uno se sentía bien por unos instantes y se olvidaba de sus problemas. Y a pesar de la tentación que supuso, había sabido esquivarla… De momento.

Y ahora recibía esa llamada.

No era justo.

Parecía que el universo se la tenía jurada.

¿Y dónde demonios estaba su pequeño?

CAPÍTULO 4

Un Equipo

Últimos días de octubre. Año anterior.

Kisha le observaba mientras desayunaban aquella mañana. Había llegado a casa cuando ya había amanecido. Se pasaba el día en las oficinas del FBI, enterrado en un montón de papeleo, cosa que no era ni mucho menos una de sus actividades favoritas, pues él no era un burócrata, sino un agente al que le gustaba la investigación. Pensaba también en lo paradójica que es la vida en algunas ocasiones. Ella había tenido que luchar con uñas y dientes por lograr sus objetivos y, en cambio, Bill había llegado a lo más alto sin quererlo.

Estaba más callado de lo normal, dándole vueltas a su café, como si dentro de aquel líquido oscuro se encontrase la solución. Apenas había dormido aquella noche. En realidad, esa estaba siendo la tónica general desde que llegaron a Quantico unos días antes. Imaginaba que la situación no tardaría en normalizarse. Tiempo al tiempo. Algunas veces nos cuesta acostumbrarnos a los cambios, en especial si no son elegidos por nosotros.

Ella se daba cuenta de que estaba atravesando momentos difíciles y sufría por él. Bill siempre había sido el más fuerte de los dos, el más estable. Pero ya le había manifestado que no se sentía preparado para esa función. Estaba sufriendo el síndrome del impostor del que tanto se habla. O eso era lo que ella creía. No obstante, conocía perfectamente su valía y estaba convencida de que Bill podía hacer muy bien el trabajo que le habían encomendado. Encontraría la forma de solventar aquello con éxito. Solo necesitaba que le espolearan un poco.

—No te reconozco —dijo ella de pronto.

Él levantó la vista. Se dio cuenta de que se había quedado ensimismado. Parte de culpa la tenían la falta de horas de sueño. Pero solo una parte.

—¿Qué? —le preguntó para intentar averiguar a qué se refería.

—Para ya de rumiar —espetó escueta y con expresión dura.

—¿Perdona? Cada vez te entiendo menos —dijo el italiano riéndose esta vez. Le hacía gracia el gesto tan serio que había puesto Kisha—. Más vale que no intentes mandarme como cuando eras la jefa de homicidios. De todos modos, por aquel entonces tampoco te hacía demasiado caso, supongo que de eso ya te diste cuenta.

Ella le respondió dándole un toque en el hombro.

—¡Ouch! —se quejó Bill con una sonrisa.

—¡No seas quejica que casi ni te he tocado!

Entonces él la atrajo hacia sí y la sentó en sus rodillas. Ella le echó

los brazos al cuello y le miró a los ojos.

—Lo vas a hacer bien, ¿vale? Te los vas a meter en el bolsillo.

—No es tan fácil, Kisha. Son un equipo complejo.

—Y tú eres un italiano muy sexi —bromeó.

—Italoamericano. En realidad nací en Washington, así que… —respondió, desviando el tema de conversación.

—Sé que son un equipo complejo. Eso te lo compro. Son huesos duros de roer, pero te las has tenido que ver con muchos así a lo largo de tu carrera. Y a estos les has estudiado bien, mientras que con la mayoría te las has apañado sin tener que usar un manual de instrucciones como ahora. Además, ellos en realidad no te conocen a ti.

—Claro que sí. Recuerda que son analistas y especialistas en perfiles psicológicos. Ya te digo que saben hasta el color de mis calcetines.

—Bueno, eso es muy fácil porque siempre los llevas negros. Eres muy poco original —bromeó Kisha.

—Te has levantado muy chistosa hoy, ¿verdad?

—En serio, Bill. No debes temer nada.

—No tengo miedo, Kisha. No es eso. Pero creo que no soy el adecuado para este trabajo. En realidad, tengo poca experiencia dirigiendo equipos. Salvo el que tuve en San Francisco, nunca estuve al cargo de ningún otro.

Ella le estudió con la mirada. No acababa de creerse que dijera lo que acababa de oír. Aquello le estaba afectando de verdad, incluso a nivel personal.

—Me parece mentira que todavía no te des cuenta de que precisamente tu mayor cualidad es lograr sacar lo mejor de cada uno y que la gente trabaje unida.

—El problema en esta ocasión es que he llegado a un polvorín con ganas de estallar. Van a buscar los elementos propicios para que salte por los aires y demostrar que yo no debería estar ahí. No olvides que soy el intruso.

—Me lo imagino, pero también estoy segura de que ya has ideado una estrategia y de que no se lo vas a poner fácil. Sospecho que ya has decidido por quién vas a empezar para intentar lograr una alianza.

Bill soltó una carcajada. Sí, tenía razón. Le había dado vueltas a una idea que creía que le podía salir bien.

—Parece que sí me conoces.

—¿Y bien?

—Tim parecer la mejor opción. En la entrevista individual noté que surgió buena sintonía entre nosotros. Puede ser una buena baza, aunque su influencia es limitada. Es el más joven de todos y, a pesar de que lo valoran y lo aprecian, no es un peso pesado. También soy

muy consciente de que Trenton y Janice van a ir a por mí. Solo les faltó decírmelo directamente.

—No estoy tan segura. Ya sabes lo que se suele decir: perro ladrador, poco mordedor.

—No lo tengo tan claro. Creo que los dos aspiraban a conseguir mi puesto.

—Es posible. Pero hay algo más… —señaló de manera críptica.

—¿A qué te refieres?

—A que no deberías olvidar que son agentes de la ley y que se metieron en este trabajo por una razón muy concreta. Por la misma que tú y yo decidimos trabajar en esto —señaló sabiendo que no hacían falta más palabras para que Bill la comprendiera—. Además, ya forman parte de la élite del FBI. Apuesto algo a que están deseando poder trabajar de manera tranquila y hacer lo que les gusta. No sabes en realidad qué pasó para que las cosas terminaran desencadenando la destitución del jefe de la unidad.

—La dimisión. Me dijeron en su día que le destituyeron, pero he averiguado que, en realidad, fue él quien dimitió, aunque puede que le forzaran a ello.

—Lo que sea, me es indiferente —prosiguió—. Puede que estén con la guardia levantada, pero también son agentes de vocación. Tú mismo lo dijiste en su momento.

Eso era cierto. Se trataba de un equipo en que lo que más destacaba era precisamente la cantidad de horas que habían dedicado a su trabajo, a pesar de saber que, una vez superado el límite de horas extra, no iban a cobrar por ello. No obstante, el sueldo que tenían sí estaba acorde a lo que se les exigía.

Por otra parte, aquella unidad en concreto requería de un alto nivel de compromiso con el trabajo, puesto que era frecuente que les llamaran de alguna oficina de policía de la otra punta del país y tuvieran que estar trabajando allí durante semanas. Eso afectaba directamente a su vida personal. Sin embargo, no había quejas al respecto. Al menos, no estaban recogidas por escrito si así había sido.

—Ojalá volvamos a tener esta conversación en un par de meses —deseó Kisha con sinceridad—. Incluso antes. Estoy convencida de que hablaremos de algo muy diferente y me darás la razón.

CAPÍTULO 5
Una conversación

Verano. Año anterior.

Conocía a alguien que seguramente sabría qué hacer.

Conocía a alguien que tenía los medios.

Conocía a alguien con un anhelo por encima del resto.

Conocía a alguien que tenía una ambición desmedida y que haría lo que fuera necesario, sin importar los límites.

Sí, desde luego que conocía a alguien que podía tener la solución en sus manos, pero también sabía que sería abrir una puerta que detrás escondería cosas que uno no quisiera descubrir. Y lo peor de todo es que intuía que esa puerta se abría en un solo sentido. Una vez traspasada, ya no habría vuelta atrás.

Suspiró como si eso le sirviera para aclararse.

No tenían más opciones.

No veían otra salida.

Habían probado todo aquello que podía considerarse convencional. Habían acudido a todos los lugares en los que supusieron que les podrían ayudar. Tocaba dar un paso más. No podían conformarse y ya está. Había que luchar, buscar caminos inexplorados. La ciencia, al fin y al cabo, avanza así, adentrándose en lugares en los que no ha estado nadie antes.

Llegó a la puerta para empleados del Smithsonian. Estaba siendo un día extremadamente caluroso. Tenía la boca seca. Su lengua parecía de esparto. Tendría que haber cogido una botella de agua antes de dirigirse hacia allí. Se detuvo un momento. Sacó un pañuelo del bolsillo delantero de sus pantalones. Se secó el sudor que perlaba su frente. Su nivel de estrés seguía en ascenso. Empezaba incluso a faltarle el aire.

Se suponía que se iban a encontrar ahí. Era lo acordado. Un mensaje de última hora, sin embargo, implicó un cambio de planes.

«*Nos vemos dentro. Ve por donde va el público. Es más seguro*».

Sospechó que el motivo era pasar desapercibidos lo máximo posible. El recinto estaba atestado de turistas que aprovechaban el descanso estival para acercarse a conocer aquella joya cultural. Entre tal gentío, era fácil perderse y convertirse en otra persona sin rostro más, un simple número para la estadística del día.

Dio la vuelta al famoso museo.

El calor caía a plomo. Apenas había sombras bajo las que buscar

cobijo en su camino hacia la escalinata de la entrada principal. Envidió el buen ánimo de las personas con las que se cruzaba y que iban en la misma dirección que él.

Entró por la puerta principal, tal y como le había pedido. Tenía los sentidos alerta. Es lo que sucede en situaciones extraordinarias, especialmente si entrañan algún riesgo, que estamos más receptivos a todo y no perdemos detalle. Cada estímulo, por pequeño que sea, se agranda y se amplifica de tal manera que resulta imposible ignorarlo. El tintineo de algo que cae al suelo. Una imagen que se mueve deprisa en esa área de visión que queda fuera del foco central y que te hace girar la cabeza de forma instintiva.

Se dio cuenta de que debía tranquilizarse. Si seguía así, lo único que lograría sería llamar la atención, justo lo contrario de lo que perseguía. Le recibió el Moai de la entrada con cara seria. Sintió que le juzgaba, pero obviamente eso no era posible. Solo estaba proyectando sobre aquella figura inerte sus propios pensamientos.

Deambuló por la estancia principal esperando a su contacto. Había excesivo ruido. Muchas familias con niños entusiasmados por todo lo que estaban contemplando. Los envidió por esa genuina felicidad y despreocupación. Aquello le recordó una conversación de varios días antes. Sintió el mismo nudo en el estómago, un poco más apretado ahora quizá.

—Esto es desesperante. Tenemos que hacer algo. No podemos dejarlo estar sin más y conformarnos. Nunca nos lo perdonaríamos —le dijo con determinación en la mirada.

—Ya has oído a los especialistas. No hay nada que hacer. Solo nos queda esperar —contraargumentó, confiando en que se conformase con aquello. Era una estupidez pensarlo. Nunca lo haría.

—¿Te estás oyendo? No puedo creerme que digas algo así. Nunca imaginé que te resignaras sin más. No eres ese tipo de persona. O no lo eras, al menos —dijo con clara intención de hacer daño, mostrando su decepción.

Aquello hizo que se quedara reflexionando. Había puertas que nunca deberían traspasarse. Como mínimo, no debían ser atravesadas por el momento, hasta que hubiera más conocimiento sobre ello y una regulación que controlase bien todos los aspectos. Eso era lo que pensaba. Eso era de lo que intentaba convencerse sin éxito. Apelaba a la ética, a los plazos y a la necesidad de un riguroso control. Pero era un intento absolutamente infructuoso, pues enseguida le vino a la mente quién podía tener alguna solución para su problema.

Conocía a ese alguien que podía ayudarles.

Sabía de un hombre que tenía complejo de Dios. Si le hacía aquella proposición que tantos quebraderos de cabeza le estaba dando, no dudaba ni por un instante que la aceptaría sin más. Podía mostrar

algún reparo, pero no sería más que pura fachada.

Existía la posibilidad de destapar la caja de los truenos. Si alguien lo descubría, sería el final de su carrera. Y posiblemente ese constituiría el menor de sus problemas. ¿Valía la pena arriesgarse? Mejor no hacer esa pregunta en alto. Sabía con certeza la respuesta de antemano. Necesitaba meditarlo más, a solas, valorar todos los riesgos, los pros y los contras.

El final de aquella conversación en casa concluyó acompañado con días de silencio y miradas torvas. Con desaires, malos humos y decepciones. También con noches sin dormir por la preocupación, hasta que una mañana, aquella agitación sería sustituida por otra nueva después de otra conversación.

—Conozco a alguien que puede ayudarnos —dijo con el semblante contraído, consciente del paso que acababa de dar.

—Pues llámale cuanto antes. El tiempo se nos agota.

Y ahí estaba, esperando a aquel hombre que podría ofrecerles una solución, pero que también les conduciría por un camino tortuoso.

Sin embargo, nunca imaginó el precio tan alto que iban a tener que pagar.

CAPÍTULO 6

Una duda

Finales de enero. Año actual.

Kisha alternaba la mirada entre la nota que tenía en sus manos, Bill y la joven que se la había entregado. ¿Qué significaba aquello? ¿Era algún tipo de amenaza? Lo que quedaba claro como el agua es que «*Arderás en el infierno*» no sonaba nada amigable. ¿Y quién demonios era M.J.?

—¿Quién te ha dado esto? —preguntó la ex inspectora. Escrutaba con la mirada a la chica. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Tal vez la hubieran amenazado para lograr que cumpliera el encargo.

—En realidad, me lo han entregado en la entrada. Uno de los de seguridad me ha dicho que habían dejado un mensaje para la profesora que impartía la primera clase de esta mañana y me ha preguntado si yo me dirigía al aula.

Kisha seguía sin entender los motivos por los que se la veía tan azorada. Si se lo había entregado alguien de dentro, no tenía razones para estar así. Justo entonces llegó Bill abajo del graderío y ella se la entregó para que la leyera.

—No tienes de qué preocuparte, si es así, ¿vale? No has hecho nada malo— la intentó tranquilizar la ex inspectora. La chica agachó la cabeza. Entonces le entraron las dudas. Tal vez sí hubiera hecho algo—. ¿Qué me estás ocultando?

—En realidad, me lo han entregado dentro de este sobre —dijo mostrando uno en el que aparecía el nombre de la docente—. No sé por qué motivo lo he abierto y lo he leído. Supongo que me pudo la curiosidad.

Bill y Kisha se miraron. Resultaba increíble que se hubiera atrevido a semejante osadía y a una violación tan clara de la privacidad de otro ser humano. Se suponía que esa chica iba a ser una agente de la ley. Desde luego, no era un buen comienzo allí.

—¿Sueles abrir la correspondencia personal de otros? —preguntó Bill alucinado y con gesto duro.

—No, en serio, no lo hago nunca —aseguró la joven. Era consciente que aquello podía significar el final de sus opciones dentro del FBI.

—Pues entonces no comprendo por qué…— continuó diciendo Bill con una expresión reprobadora.

—No importa —le cortó Kisha mirándole a los ojos—. Ahora creo que eso es lo de menos.

—Lo siento muchísimo, de verdad —se disculpó la chica de una

manera que parecía sincera.

—No te preocupes, pero que sea la última vez. Podrías haberte metido en un problema serio —la reprendió la ex inspectora. Se veía que estaba arrepentida. No consideraba necesario seguir ahondando en aquello.

—No volverá a pasar, lo prometo.

Entonces la chica les describió con todo detalle quien le había entregado la nota. Cuando le dieron permiso, se dio la vuelta y se dirigió a la salida del aula en cierto modo aliviada porque no hubiera tenido más consecuencias, aunque desde luego era consciente de que la había cagado pero bien. Ahora tanto la profesora como el que creía que era el nuevo jefe de la Unidad de Análisis de Conducta se habían quedado con su cara y no por algo bueno precisamente.

Kisha leía una y otra vez el mensaje que tenía entre sus manos. Hacía ya mucho tiempo que no se veía envuelta en un caso que apuntara directamente hacia ella. No obstante, parecía que ese tipo de cosas no iban a desaparecer nunca de su vida. Daba igual que se trasladase a la otra punta del país. Siempre había alguien dispuesto a amargarle la existencia.

—¿Te suena de algo M.J.? —le preguntó a su pareja.

—No me viene a la cabeza ningún caso en el que hayamos trabajado y que el sospechoso tuviera esas iniciales.

—Puede que no fuera un sospechoso. Puede que sea una víctima o un familiar de alguna —sugirió Kisha.

—El abanico de posibilidades ahora mismo es amplio, eso desde luego. De todos modos, más nos vale meter cuanto antes la nota y el sobre en una bolsa de pruebas. Habrá que buscar huellas y cualquier posible rastro que pueda haber quedado impregnado —propuso Bill.

—Tenemos que hablar con los que están al cargo de la seguridad en la entrada. Tal vez nos puedan dar una descripción de la persona que ha dejado la nota. Desde luego, es muy osado atreverse a traerla precisamente aquí, que esto parece una fortaleza.

El agente del FBI reflexionó sobre lo que acababa de decir. Desde luego que era un atrevimiento y ese hecho precisamente podía decirles algo de la personalidad del individuo.

—Nos está desafiando, tal vez.

—Desde luego que lo hace. Y no siente ni el menor temor a que le atrapen —aseguró Kisha.

Se dirigieron inmediatamente hacia la entrada del edificio para interrogar al que le había entregado el sobre a la joven agente. Pero no hubo suerte. Llegó mezclado con más correspondencia. Según le explicó el responsable de la seguridad de la entrada, había pasado el control de posibles sustancias y no parecía tener nada sospechoso. De lo contrario, se habrían desecho de aquel sobre enseguida o lo habrían

trasladado al departamento correspondiente para que lo investigaran.

La persona encargada de dejar la correspondencia en los casilleros de los agentes no pudo encontrar ninguno a nombre de Kisha Jennings, puesto que no era personal del FBI. Ni siquiera le sonaba el nombre, así que buscó la mejor forma de hacérsela llegar preguntando a unos y a otros. Finalmente, dio con alguien que le dijo que sí sabía quién era la tal Kisha y que se encargaría de hacérsela llegar de alguna manera. La forma en la que se le había ocurrido era entregárselo a uno de los posibles alumnos. Se les distinguía normalmente con facilidad, puesto que la mayoría eran muy jóvenes.

Por el momento, no tenían más pistas.

Tendrían que investigarlo por si detrás de ese mensaje había una amenaza real.

CAPÍTULO 7

Un interrogante

Octubre. Año anterior.

Ya estaba hecho. La directora iba a llamar a los Servicios Sociales. No tardarían en ponerse en contacto con ella. No había marcha atrás ni posibilidad de una huida hacia delante. Era el resumen de la historia de su vida. Un callejón sin salida tras otro. Tocaba aguantar el chaparrón y ver qué le deparaba el destino.

Empezó a temblar de pies a cabeza. Volvía a comenzar la misma historia de tiempo atrás, cuando le quitaron a su hijo. Entonces se dio cuenta de algo. Lo más importante de todo. De hecho, en aquella conversación de lo que menos habían hablado era de dónde estaba Matty. Y la realidad era que no tenía ni la menor idea de su paradero.

Se sintió fatal al ser consciente de ello. Estaba tan absorta en sus preocupaciones, que casi se olvida de que tanto ella como los responsables del colegio desconocían dónde se encontraba el crío en aquel instante.

Los temblores se intensificaron. ¿Dónde se hallaba su pequeño? ¿Y si alguien se lo había llevado? Tenía que avisar a la poli. Sacó el teléfono. Marcó el 911. Dudó. Observó el botón de llamada. Parecía que parpadeaba ante sus ojos vidriosos e inquietos. ¿Qué pasaría si contactaba con ellos y les contaba lo sucedido? No podía hacerlo. Seguro que pensaban que le había hecho daño a su propio hijo.

Decidió que lo mejor sería que lo buscase ella por su cuenta. Quizá había hecho pellas y se había ido a jugar al parque. A Matty le encantaban los columpios. Era un crío muy juguetón. Sí, seguro que era eso. Lo buscaría allí en primer lugar. Le recordaría que tenía que portarse como un niño mayor y ser más responsable.

Le asaltó otra idea. Debía avisar en el trabajo, porque no podría ir. Salvo que encontrase al crío enseguida. En todo caso, llegaría tarde, eso seguro. Lo que le faltaba. Otro problema más que añadir a la larga lista de los que ya tenía. Las letras del alquiler sin pagar, el aviso de desahucio por ellas, el segundo aviso de corte de la electricidad… A veces pensaba que lo mejor para acabar con todo era quitarse de en medio. Era desesperante. Pero ahora tenía algo que hacer que no podía demorar.

En primer lugar, rodeó la manzana del colegio, por si se hubiera escondido por allí. No hubo suerte. Tal vez había sido una idea absurda, pero debía intentarlo.

—Matty, Matty, ¿dónde estás? Soy mamá —iba diciendo en alto según caminaba y miraba hacia todos lados, como si aquello sirviese

para algo.

Acto seguido, se dirigió al parque más cercano. Trató de convencerse de que allí sí le encontraría. Sin embargo, una cosa era lo que su mente trataba de decirle y otra muy distinta lo que su cuerpo creía.

Su corazón cada vez latía más acelerado.

Sus manos sudaban.

Su espalda permanecía rígida.

Sus piernas trataban de controlar aquel temblor que apenas le permitía andar.

Su garganta poco a poco se cerraba, cortándole hasta la respiración.

Su estómago se contraía.

Todo le estaba trasmitiendo un mensaje claro que contradecía al cerebro: Matty no está bien.

Decidió regañarle por haberse escapado del colegio, pero luego lo pensó mejor. Con lo preocupada que estaba solo quería abrazar a su pequeño. Lo único que le importaba de verdad es que estuviese a salvo.

En cuanto llegó, observó que el parque estaba casi desierto a esas horas, excepto por alguna mamá que empujaba un carro de bebé. Volvió a dudar si llamar a la policía. Aún era pronto para hacerlo. Entonces se le ocurrió que, a lo mejor, Matty había vuelto a casa al ver que su mamá se despistaba.

Sí, eso era. No entendía cómo no lo pensó antes.

Nunca fue demasiado lista, tal vez por eso no lo había pensado antes.

Se dio prisa, toda la que pudo. Sus piernas sin apenas masa muscular no le permitían correr, pero hacía todo el esfuerzo que podía. No vivían demasiado lejos de allí. En diez minutos estaría en el pequeño apartamento en el que residían. Ahora sí que le iba a dar un par de azotes por haberle provocado ese disgusto. Además, en el trabajo le había caído una buena bronca. Podían acabar despidiéndola por aquello, se lo avisó el jefe cuando habló con él. Nadie se ponía nunca en su lugar. Nadie la creía. ¿Por qué demonios se iba a inventar que su hijo había desaparecido?

Llegó al portal. De los nervios, se le cayeron las llaves al suelo, con tan mala suerte que rodaron hasta una alcantarilla. No era demasiado profunda, pero lo suficiente para que quedaran fuera de su alcance. No tenía nada a mano para poder sacarlas. Pidió ayuda desesperadamente a la gente que pasaba por allí. Parecía una desquiciada y nadie le hizo ni el menor caso.

—¿Qué te sucede, Caroline? —le preguntó el portero, que llegaba en ese preciso instante de hacer unos recados.

—Se me han caído las llaves de casa y no puedo cogerlas. ¡Y en esta maldita ciudad nadie quiere ayudarme! — exclamó desesperada. Acto seguido, comenzó a llorar desconsolada. Había llegado al límite de su aguante.

Hay ocasiones en las que el detalle más insignificante hace desbordar el vaso.

—Tranquila, ¿vale? Yo te ayudo. Y si no, te abro la puerta de casa y luego las sacamos —se ofreció aquel hombre.

—Sí, por favor. Necesito comprobar si Matty se encuentra dentro. Me han llamado del colegio y dicen que no está allí. Y no lo entiendo, porque le he llevado. Debería estar con el resto de los niños —dijo de forma acelerada, prorrumpiendo en lágrimas.

—Calma, calma. Todo se arreglará, ya lo verás. Lo primero, vayamos al piso entonces y veamos si está allí el pequeño Matty —la tranquilizó el hombre, a pesar de estar casi seguro de que el crío no se encontraba en el edificio.

Había estado en la portería desde primera hora de la mañana y solo había salido un momento para hablar con el del kiosko y preguntarle por su mujer, la cual se encontraba enferma. Probablemente sería capaz de recitar qué vecinos se habían marchado ya y quiénes seguían en casa. No es que lo hiciera por cotillear, sino casi como mero entretenimiento, puesto que no tenía mucho más que hacer. Además, eso solía resultar útil cuando venían el cartero o los repartidores de alguna empresa, por poner un par de ejemplos.

En tan solo un par de minutos, se encontraban ya delante de la puerta de la vivienda. Metió la copia de la llave en la cerradura y esta cedió con suavidad. Los goznes, por su parte, protestaron pidiendo su dosis de aceite.

Tal y como sospechaba, Matty no estaba en el apartamento. No había ni el menor rastro de él.

CAPÍTULO 8

Una Entrevista

Finales de octubre. Año anterior.

Salió de casa con tiempo. Le gustaba ser el primero en llegar a la oficina. Ese día no iba a ser posible, teniendo en cuenta que se había ido del trabajo cuando ya casi amanecía. Al menos, había dormido prácticamente dos horas, en parte gracias a que vivían cerca del cuartel general. Hasta pudo desayunar con Kisha. No estaba mal para lo intensas que estaban siendo aquellas primeras jornadas.

La conversación con ella le vino bien. No era habitual en él tener tantas dudas. Se estaba dejando amedrentar por sus propios gigantes que no eran otra cosa que molinos de viento como en el caso de aquel famoso hidalgo. Se acabó. Siempre había creído en él. En sus posibilidades. En su capacidad. En su experiencia. No iba a dejar que le robasen eso. Si no salía bien, siempre habría otras opciones. El mundo no se acaba ahí. Hay un universo de posibilidades esperando.

Dejó el coche en la plaza que tenía asignada. Tomó el ascensor. Sus ojos se perdían en el suelo, dirigiéndose a ninguna parte en concreto porque la suya era en ese momento una mirada introspectiva, de reencuentro consigo mismo, con quien era y siempre había sido. Respiró hondo. Las puertas del elevador se abrieron en la planta asignada para unidades especiales como la suya. Había un ambiente relativamente relajado. Salió esbozando una sonrisa y saludando a los que iba encontrando a su paso.

Vio a los miembros de su equipo hablando informalmente en la sala general en la que estaban las distintas mesas de trabajo. Trenton estaba apoyado sobre uno de los escritorios. Se reía a carcajadas de algún chiste que acababa de hacer Janice, por lo que pudo adivinar. Los demás estaban sentados en torno a él. Tenía madera de líder, eso estaba claro. Era momento de enfrentar sus dos escollos más importantes para poder dirigir la U.A.C. tal y como le gustaría.

—Buenos días —saludó nada más acercarse, mirando uno a uno. Algunos le respondieron con un leve gesto de cabeza—. En veinte minutos nos reunimos. Trenton, ¿puedes venir a mi despacho?

Este le miró entrecerrando los ojos. Se notaba que desconfiaba de las intenciones de Bill. El de más alto rango esbozó una leve sonrisa, para rebajar la posible tensión.

—Claro.

Entraron en su oficina y le invitó a que se sentara.

—Pareces cansado, jefe —le dijo Trenton con toda la intención. El agotamiento de los últimos días se reflejaba en el rostro del agente

italiano con claridad.

—Sí, lo estoy —confesó—. Llevo muchas noches durmiendo lo mínimo. Quería ponerme al día cuanto antes. Supongo que la fatiga empieza a pasarme factura.

Durante unos segundos se mantuvieron las miradas. No obstante, no eran intimidatorias, sino solo para evaluar el estado de ánimo del que estaba enfrente. Al final, el segundo no pudo resistirse, a pesar de que veía las cartas del nuevo jefe del equipo.

—¿Y bien? —inquirió ahora sí desafiante. Su lenguaje corporal transmitía un mensaje muy claro.

—No quiero problemas, Trenton. No sé qué sucedería anteriormente a mi llegada y no quiero saberlo. Eso forma parte de un pasado al que yo no pertenezco. Mi único objetivo es que las cosas funcionen. Si tienes algo que decirme, mi puerta siempre estará abierta. No quiero secretos. Hablemos cara a cara. Siempre.

El agente reflexionó unos segundos sobre lo que Bill acababa de decir. Desde luego, era directo. Eso le gustaba. Su lenguaje corporal indicaba que no iba a rehuir sus responsabilidades y los posibles enfrentamientos, si llegaba el caso y estos fueran necesarios. Le miraba directamente, el cuerpo hacia delante, las manos entrelazadas sobre el escritorio. Le estaba diciendo claramente que no se iba a acobardar. Tendría que poner a prueba si también estaba siendo del todo sincero.

—Vale. ¿Quieres que te diga ahora lo que pienso o me espero a la reunión?

—Quiero que me lo digas ya. Cuanto antes, mejor.

—No deberías estar aquí. Esta no es tu liga.

Bill se quedó mirándole fijamente. Suspiró.

—¿Sabes una cosa? Que yo también lo pienso.

—Pues entonces renuncia —dijo de forma afilada.

—No, ni mucho menos. Seguro que ya conocías mi respuesta porque me has estudiado a fondo, como yo a ti. En cualquier caso, cuando el FBI te pide que hagas algo, lo haces, aunque no te guste. Y yo lo voy a hacer. No soy de los que se rinden.

—No entiendo tu postura. Si crees que no eres apto para este puesto, es una hipocresía empeñarse en algo que está por encima de tus cualificaciones.

—Es posible. Es más, es justo lo que yo pensaba al principio, pero cuando me pidieron que dirigiera la unidad, me dijeron algo que ahora veo muy razonable. Este equipo no precisa más perfiladores. Ya tiene a los mejores. Lo que necesita es alguien que pueda hacer funcionar el engranaje y eso se me da muy bien —expresó con un tono de soberbia que no era habitual en él.

—Tendrás que demostrarlo.

—Estoy deseando hacerlo.

Entonces Trenton se levantó y se dispuso a abandonar el despacho de Bill. Se acercaba la hora de la reunión con los demás.

—Una cosa más antes de que te vayas.

—¿Qué?

—No soy el enemigo. Espero que eso lo tengas muy claro.

El otro se encogió de hombros y abandonó el despacho.

Las cosas habían ido mejor de lo que esperaba. Cualquiera que hubiera presenciado la entrevista que acababan de mantener, igual disintiera en esa observación, pero Bill estaba convencido de ello.

Ahora tocaba reunión con todos. Ya había salvado el obstáculo más peliagudo. Lo había visto en la mirada de Trenton. No era mal tipo. Estaba quemado por cosas que nada tenían que ver con Bill, pero le dio la sensación de que, en realidad, le había caído bien. Recibió algunas señales intangibles que, de hecho, le transmitieron que había buena química entre ellos, a pesar de que las poses que mantenía intentaban proyectar lo contrario.

Se llevarían bien.

Solo hacía falta tiempo.

El siguiente problema que tenía que afrontar ahora era Janice. Posiblemente se sintiera infravalorada porque a ella no le hubiera pedido hablar en privado en primer lugar. Lo haría después de la reunión general.

De todos modos, el camino no se hace dando un único paso.

CAPÍTULO 9
Una Reunión

Finales de octubre. Año anterior.
Mismo día, instantes después.

Respiró hondo antes de salir del despacho. Llegaba el momento de la verdad. Habían tenido alguna reunión previa, pero en las anteriores estuvo Matthew Moore, el director de la oficina de Quantico. Bill había tenido un margen de casi una semana desde su llegada para instalarse, adaptarse y prepararse para el trabajo. Había exprimido el tiempo al máximo, pero no podía retrasar lo inevitable.

Entró en la sala de reuniones. Los cinco agentes le esperaban charlando unos con otros de una manera que parecía distendida. Todavía no había detectado los puntos de fricción entre ellos, suponía que necesitaría más tiempo y más contacto personal con el equipo para lograrlo. Todos tenían su *tablet* sobre la mesa. Eso facilitaba mucho las cosas, puesto que solo debería compartir a través de la intranet de la agencia los archivos que había preparado.

Bill estaba más nervioso de lo que se atrevería a reconocer delante de nadie más. Sin embargo, le sorprendió el pensamiento que se le cruzó por la mente en ese instante, lo que le hizo sonreír. En su cabeza se había formado la comparación de ese nerviosismo con el que sienten los músicos antes de saltar al escenario en los momentos previos de un concierto multitudinario. Puede que no fuera exactamente igual, pero a él le valía el símil, pues sin duda su público era de lo más exigente. Se sintió una estrella de rock por un instante.

—Buenos días. Antes de comenzar la reunión, os informo de que me gustaría mantener una entrevista en privado con cada uno de vosotros. Quiero que las cosas fluyan y que, por encima de todo, seamos un equipo en el que haya confianza entre nosotros para decirnos las cosas. No obstante, entiendo que todo lleva su tiempo. —Hizo una breve pausa antes de seguir. Tomó aire antes de continuar—. No quiero saber nada de lo sucedido en el pasado si no es estrictamente necesario para evitar o solucionar algo que ataña al presente. Me encantaría poder empezar de cero, esa es la verdad. Sabéis igual que yo que esta unidad es una de las más prestigiosas del FBI y debemos demostrar que merecemos esa calificación. Quien no quiera o no sepa estar a la altura, es mejor que renuncie. —Miró a Trenton, pues aquella frase tenía mucho sentido según lo que acababan de hablar. Bill estaba dispuesto a demostrar que estaba más

que capacitado para el puesto y que lo de menos era cómo había llegado hasta él—. Obviamente estoy aquí para dirigir el equipo, pero quiero que entendáis que solo soy un compañero más con unas funciones un tanto diferentes.

Hizo nuevamente una pausa, un poco más larga esta vez, para observar los rostros. Trenton todavía mantenía esa expresión de suficiencia, aunque le parecía que había conseguido agrietar su caparazón. La sinceridad suele lograr ese efecto. Janice era la que permanecía con una expresión más dura, un tanto desconfiada. Tim y Amanda le escuchaban con atención. Parish, por su parte, parecía rehuirle la mirada.

«*¿Por qué lo hace? ¿Por qué no me mira a la cara?*», se preguntó. Desde luego aquello le dificultaba leer lo que estaba pensando.

—Cualquier problema, cualquier roce, cualquier circunstancia que os haga sentir incómodos, quiero conocerla enseguida para poder poner una solución. No podemos dejar que algo se enquiste por falta de comunicación. Puede que ahora os cueste confiar en mí, pero estoy seguro de que, con el tiempo, veréis que soy un hombre de palabra y que cumplo con lo que digo. Siempre. Sin excepción—. Con la mirada recorrió una vez más al resto de los miembros de la unidad antes de continuar—. Bien, dicho esto, os he enviado a vuestras *tablets* una serie de archivos que me gustaría que revisáramos juntos con relación a la organización y funcionamiento de la unidad. A continuación, aunque ya me he leído los expedientes, os agradecería que me contéis vuestro punto de vista de las investigaciones que permanecen abiertas. Sería fundamental que establezcamos un orden de prioridades para poder abordarlas cuando el tiempo nos lo permita. Sé que eso será poco frecuente, pero no podemos consentir que los criminales crean que nos la han jugado y que se van a ir de rositas sin más.

CAPÍTULO 10

UNA DEnuncia

Octubre. Año anterior.

No había el menor rastro del niño en el diminuto apartamento en el que residían. La madre insistía en que tenía que estar ahí, que tal vez se hubiera escondido en alguna parte del edificio. Se negaba a creer la información que le proporcionaban sus ojos.

El portero rápidamente se dio cuenta de que el estado de ansiedad de la mujer no cesaba de ir en aumento. Conocía sus problemas con las drogas, pero también consideraba que era una buena chica a la que las cosas no le habían salido bien. Se sintió profundamente entristecido por ese nuevo revés que estaba sufriendo la madre de Matty.

—¡Caroline, Caroline! Préstame atención, por favor —repitió mientras la agarraba por los hombros para procurar que le escuchara—. Tenemos que llamar a la policía.

—¡No, eso no! Me acusarán, dirán que es culpa mía, que soy una mala madre y que no sé cuidar de mi hijo. No puedo llamar a la policía. Entonces sí que me lo quitarán para siempre y me estoy esforzando mucho para estar con mi pequeño.

La mujer lloraba desesperada. Sin embargo, el señor Rubens, el portero, no veía otra salida posible. Si aquel niño se había perdido, era la policía quien debía hacerse cargo. Estaban perdiendo un tiempo que podía ser muy valioso. Además, podría haberle pasado algo peor.

Esperó con paciencia mirándola con ojos comprensivos. Ella tenía que llegar a la misma conclusión que él. No podía forzarla. No obstante, si seguía negándose en redondo, no le quedaría otra opción que la de avisar él mismo. Sin embargo, suponía que sería mejor para la madre que fuera ella la que diera el paso. No creía que jugase en su favor el hecho de que hubiera intentado retrasar la búsqueda oficial del niño delante de los Servicios Sociales ni de la Fiscalía de Menores.

Caroline siguió llorando unos minutos más con el rostro entre sus manos. Se sentía devastada por el dolor. Cuando el señor Rubens observó que los hipidos empezaban a disminuir, volvió al ataque. Tenía que lograr que entrara en razón.

—Caroline, estoy tratando de ayudarte, créeme. Pero no tenemos alternativa. No podemos dejar de avisar a la policía. Luego, si te parece bien, imprimiremos unas fotos del niño y saldremos por ahí a preguntar si alguien le ha visto. Pero estoy seguro de que lo más conveniente es denunciar su desaparición cuanto antes.

La madre pareció quedarse un *shock* por unos segundos.

Denunciar.

Desaparición.

Esas dos palabras se escucharon con eco dentro de su cabeza. Aquello sonaba muy fuerte y muy serio. Y sobre todo, muy grave. Su Matty quizá había desaparecido. DESAPARECIDO. No podía estar viviendo esa pesadilla, ya era suficiente con su drama del día a día. Mientras ese carrusel de pensamientos pasaba por su mente, negaba una y otra vez con la cabeza, maldiciendo su mala estrella, como si así aquella tormentosa realidad pudiera esfumarse.

El portero le ofreció su teléfono con el número de la policía ya marcado. Solo tenía que darle al botón de llamada cuando estuviese preparada. Caroline temblaba como una hoja. No era capaz de parar de llorar. Aquello no podía ser real. No podía estar sucediéndole ese horror.

Por fin atendió a razones. El señor Rubens tenía razón. No debía demorar más aquello. Necesitaba ayuda para encontrar a su niño. Puede que le quitaran nuevamente su custodia, pero lo más importante en aquel momento era hallar a su Matty sano y salvo.

Apretó el símbolo de llamada y esperó con el teléfono pegado a su rostro. Un par de tonos después, alguien contestó al otro lado y tomó nota de lo sucedido. Enviarían una patrulla de manera inmediata.

Caroline colgó y le entregó el móvil al portero. Después, se dejó caer al suelo, resbalando su espalda pegada a la pared.

*

Algunos cambios

“Lo que conocemos es una gota,
lo que no conocemos es un océano”.
(Isaac Newton)

CAPÍTULO 11

Un trabajo

Finales de enero. Año actual.

Si tiempo atrás le hubieran preguntado si iba a disfrutar haciendo ese trabajo, no lo hubiera creído posible. Había sido duro echar a andar. Resultó complejo también ganarse la confianza del equipo, pero por fin estaban hallando un punto de equilibrio en el que parecía que todos se encontraban cómodos.

La nota que recibió Kisha en su primera sesión como formadora fue una preocupación añadida. Parecía una clara amenaza hacia ella. Se empeñó en investigarlo por su cuenta y Wynona la estaba ayudando. Al menos así la joven pelirroja se mantenía entretenida mientras esperaba una respuesta acerca de si iba a ser admitida o no en la academia. Su situación no era buena. Desde que Tyrell se incorporó como analista informático del FBI en Nueva York, no había logrado sacar adelante tantos casos y su carrera como detective privada parecía cada vez más verse abocada a su fin.

Kisha no había querido que él se entrometiera. Ella argumentaba que necesitaba estar centrado en el desafío que tenía delante y que no podía permitirse el lujo de despistarse con asuntos menores. Sin embargo, la realidad era que seguían sin tener demasiadas pistas. Él había insistido en que, si dentro de un par de semanas continuaban sin resultados, vería qué se podía hacer.

Podría no ser nada importante, tal vez una broma de mal gusto. No obstante, por experiencias pasadas, sabía que lo que parece inofensivo puede convertirse en un peligro muy real que no hay que soslayar. Aún así, no quería obsesionarse con aquel tema. Tenía otras cosas en las que pensar.

En cuanto al trabajo de campo, habían estado con casos bastante sencillos de resolución rápida. Eso les permitía un margen de maniobra para retomar ciertas investigaciones que seguían abiertas, especialmente en el de asesinos en serie a los que no se les había dado caza. Eran anteriores a la llegada de Bill Zucherinni a la unidad.

Tres eran los que les preocupaban especialmente. Uno había actuado habitualmente en zonas rurales de Vermont asesinando a ancianas en sus hogares. La población de la zona estaba aterrorizada conociendo la presencia de aquel depredador. Se había desatado una especie de histeria colectiva que dificultó el trabajo de las fuerzas del orden. Por desgracia, a pesar de que estuvieron muy cerca de atraparle, se les escabulló en última instancia. No volvieron a tener rastro de él.

En segundo lugar, en Boston habían notificado que recientemente habían hallado los restos de varios cadáveres antiguos que estaban estudiando los antropólogos forenses. Algunos sospechaban que podrían ser obra de Frederick Cranston, el conocido como “Devorador de Corazones”, uno de los asesinos más despiadados de los últimos años. El nivel de crueldad de este criminal había conmocionado al mundo. Después de torturar a sus víctimas de forma cruenta y salvaje, les sacaba el corazón y se lo comía.

Frederick Cranston llevaba en la cárcel once años. Si aquellos cadáveres no eran de él, podía haber un asesino suelto al que no habían dado caza. Por el momento, la policía de Boston seguía haciéndose cargo del caso, pero no estaba de más hacer el seguimiento por si finalmente necesitaban su ayuda.

Finalmente, en Nevada no habían logrado atrapar a un asesino cuyo objetivo eran mujeres embarazadas. A algunas las había atacado incluso a plena luz del día, acuchillándolas en la barriga. Parecía un asesino poco organizado e impulsivo pero, aun así, había logrado escapar, lo que resultaba incomprensible.

Bill tenía sobre su mesa aquellos casos. No debían olvidarse de ellos. Eran tipos peligrosos que podían seguir libres, salvo que estuvieran entre rejas por otros motivos o bajo tierra porque el destino hubiese sido justo por una vez y hubiera quitado de en medio a tres malas personas.

El trabajo dentro de la Unidad de Análisis de Conducta desde luego era duro. Él era un agente con muchos años de experiencia en el FBI y había visto ya cosas terribles. Sin embargo, este equipo se enfrentaba con frecuencia a los criminales más crueles capaces de aberraciones impensables. Muchos de ellos, además, tenían una inteligencia muy superior a la media, lo que los hacía más peligrosos y difíciles de atrapar.

Un error implicaba que un monstruo quedase libre.

CAPÍTULO 12
UNA reflexión

Agosto. Año anterior.

Desde que leyó en la revista *Cell* aquel artículo sobre el científico español Francisco Mojica de la Universidad de Alicante que había sido el primero en descubrir y estudiar las secuencias CRISPR, se obsesionó con las posibilidades que abría aquello para la ciencia. Llevaba muchos años dedicado a la investigación. Había colaborado en varios estudios sobre nanotecnología aplicada a la medicina y le parecía un campo apasionante. Pero los avances no siempre iban al ritmo que su inquieto cerebro necesitaba.

Además, estaba el tema de la regulación legislativa en cada paso que daban, así como la lucha por las patentes de los distintos laboratorios. Estaba bastante cansado también de todas aquellas reticencias éticas que algunos mentecatos puristas defendían. Comprendía que tenía que haber algunos límites, pero no se le puede poner puertas al campo.

Por eso, aquella llamada tan sorprendente había despertado en él un hambre renovada. Podría tener la oportunidad de ir un paso más allá. Tal vez pudiera hacer aquello que la mayoría no se atreve a realizar.

Tendrían la reunión en el Smithsonian en un par de días. Le parecía un lugar adecuado teniendo en cuenta el tema que iban a tratar. El instituto smithsoniano era todo un símbolo para los científicos y un referente en el país, así que sin duda le parecía el sitio ideal donde mantener una conversación de ese tipo.

Su forma de ser le había enseñado desde que era niño que el miedo de otros puede ser una fuente de alimentación estupenda para los que no tienen escrúpulos. Temor era lo que había exudado aquella voz al otro lado del teléfono. Un miedo genuino a perder algo valioso. Por supuesto que estaba dispuesto a ayudar, pero no iba a ser a cambio de nada. La pregunta que le surgía ahora era si pagarían el precio que aquello les iba a costar.

Barajó si hablar de ello en aquella reunión inicial o, por el contrario, esperar a los primeros resultados para presionar. Era fundamental calcular las consecuencias de cada caso para valorar qué sería más aconsejable. Al fin y al cabo, todos tendrían que guardar silencio en la misma medida pues cada uno de ellos pondría en riesgo

algo importante.

Lo siguiente que tenía que preparar era un lugar seguro en el que poder trabajar. Eso podría ser algo más complicado. Necesitaba un entorno aséptico y bien desinfectado. Tal vez pudiera utilizar alguno de los laboratorios de la universidad, pero tendría que justificarlo de alguna manera.

Debía pensar en todo aquello y atarlo bien.

Se le ocurrió algo que podría significar la diferencia.

Él también conocía a alguien.

CAPÍTULO 13
UNa desaparición

Octubre. Año anterior.

Habían pasado quince días de la desaparición del pequeño Matty, cuando la policía recibió una nueva denuncia. En este caso, se trataba de un niño bastante más pequeño que el anterior que ya había cumplido los ocho años. Según los datos recogidos en el documento en el que se informaba de la última vez que se vio al pequeño, ponía que se trataba de un crío de poco más de dos años.

Los padres eran ambos sospechosos y se temía que se hubieran deshecho de él. Estaban siendo investigados por los Servicios Sociales por supuestos malos tratos denunciados por un vecino. Joey nunca acudió a ninguna escuela infantil, por lo que no había podido tener el oportuno seguimiento que los profesionales de estos centros hacen del bienestar de sus alumnos. Tampoco acudía al pediatra a hacer las oportunas revisiones. No se había podido demostrar nada, pero ahora que no había ni rastro del pequeño, la policía pensaba que podrían haberlo asesinado y hecho desaparecer el cadáver.

Tenían a los padres en sendas salas de interrogatorio. Llevaban allí varias horas, mientras esperaban a que se les pasara el colocón que tenían. Eran fumadores de crack, pero en el piso habían encontrado alguna que otra sustancia más.

—¿Qué hacemos? ¿Pasamos ya y les hacemos unas cuantas preguntas? Los chicos han estado buscando por todos lados y no hay ni rastro del crío —dijo uno de los detectives encargados del caso.

—Sí, tienes razón. ¿Por cuál empezamos?

—Por la madre. Por eso del instinto maternal y eso. Por si le queda un mínimo de él —ironizó con una sonrisa ladina.

—Odio esto, tío —se lamentó su compañero. Su cara de disgusto reflejaba que aquel asunto le revolvía las tripas. Tenía un hijo de edad similar y no podía entender que alguien pudiera querer hacerle daño a un ser tan inocente.

—¿El qué?

—Que haya buenas familias deseando tener hijos y que bazofia como esta los tengan y no se preocupen de criarlos. ¿Qué habrá pasado con el niño?

—No lo sé. Venga, es hora de averiguarlo —dijo dándole una palmadita en el hombro para intentar reconfortarle.

Los dos policías se dirigieron a la sala en la que se encontraba la madre. Su aspecto era deplorable. Tenía las cuencas de los ojos hundidas y, bajo ellas, unas marcadas manchas oscuras les daban un aspecto tétrico. Le faltaban varios dientes. El pelo lo tenía enmarañado y sucio. Los huesos se le marcaban a través de la camiseta raída que llevaba puesta. Los brazos daba pena mirarlos de lo extremadamente delgados que estaban. Tenía las huellas del crack claramente visibles en su cuerpo.

Comenzaron el interrogatorio, aunque supusieron que lograrían sacar pocas conclusiones o ninguna de aquella conversación.

CAPÍTULO 14

UN EXPERIMENTO

Septiembre. Año anterior.

Se trataba de una enfermedad rara, de esas para las que apenas existe investigación. Los médicos habían desahuciado a su hijo. No había cura para él. Podían ponerle algún tratamiento que le ayudaría a tener unas condiciones de vida más aceptables, pero eso era todo. Con sesiones de fisioterapia y también con alguna medicación podría experimentar algún tipo de mejoría. No obstante, insistían en que era algo irreversible. Sería mejor que lo aceptaran.

Por supuesto, no se conformaron con una única respuesta, sino que pidieron múltiples opiniones de distintos profesionales de la salud. La mayoría coincidían en lo mismo: había tratamiento para lo que tenía el pequeño Walter, pero no remedio.

Los padres estaban devastados, totalmente hundidos y desesperanzados. Atravesaron una fase de desierto emocional, en la que desaparecieron las ganas de disfrutar y de vivir, porque no era justo que su pequeño y risueño Walter tuviera que vivir encerrado en un cuerpo que no merecía.

Hubo meses en los que la desesperación podía con todo, colonizaba su día a día y se convertía en reina absoluta de su realidad. Solo el niño con su alegría contagiosa lograba arrancarles una sonrisa. Entonces se les ocurrió una idea poco convencional que implicaba a un hombre mucho menos convencional aún. Sabían de su ego y de lo peligroso que este podía ser, así como de su complejo de Dios que le había llevado a discutir con frecuencia con compañeros de profesión de manera ardua. Sin embargo, también era cierto que era muy bueno en su campo, una persona brillante de las que solo se da un caso una vez en cada generación. Era un visionario. Si alguien podía encontrar una cura para Walter, no tenían dudas en que ese era él.

Aquel día era el primero en el que acudían con el niño a conocerle. Debían llevar todos los informes y pruebas diagnósticas de las que disponían, así como de todas las terapias y tratamientos que había seguido. Era neurocientífico y un experto también en ingeniería biomédica con una larga trayectoria en su campo. Había trabajado en

investigaciones relevantes y publicado incontables artículos científicos en las revistas más prestigiosas, lo que le convertía en un referente en su campo.

El trato personal con él… Bueno, eso era harina de otro costal. Era prepotente, soberbio e intratable, así que podían esperarse cualquier cosa de él. Además, algo en lo que coincidía toda la gente que se había relacionado con él en algún momento, era que tenía cero empatía. Perseguía sus objetivos y le importaban poco los sentimientos de los demás. Solo tenía en cuenta aquello que le servía a su causa.

—¿Estás nervioso, cariño? —preguntó la madre con el corazón encogido.

—No, ¿por qué? —respondió el pequeño con sinceridad. Desde el primer momento en el que le diagnosticaron la enfermedad, demostró ser un niño muy valiente. En cada visita a los distintos médicos y profesionales de la salud se había comportado de manera ejemplar, haciendo todo lo que le decían sin protestar.

—Es normal estar asustado, Walt. No pasaría nada —le animó su padre, por si solo estaba tratando de protegerles y evitar que sufrieran.

La respuesta del niño les dejó boquiabiertos.

—Yo creo que sois vosotros los que lo estáis. Pero tenéis que estar tranquilos, ¿vale? No me va a pasar nada malo. Es otro médico más.

Los padres del crío se sonrieron entre ellos. Tenía razón, ellos eran los que estaban muertos de miedo, aterrorizados ante la posibilidad que aquel en el que habían volcado sus últimas esperanzas también les dijera que no había nada que se pudiera intentar. De lo que hablasen a continuación podía depender el futuro de su hijo.

Justo en ese momento llegó el hombre misterioso. Tenía un aspecto fiero. Sus ojos eran acerados, con una mirada penetrante acostumbrada a doblegar voluntades. Su rostro era duro, con una amplia mandíbula cuadrada y una barba oscura. De hombros anchos y corpulento, todo en su aspecto transmitía la sensación de que era alguien con quien no convenía jugar.

Puso una mueca siniestra que debía ser un intento de sonrisa.

Tenía ante sí el objeto de su próximo experimento.

Entonces sí que el pequeño Walt tuvo la impresión de que sentía algo muy parecido al miedo.

CAPÍTULO 15

Una visita

Primeros días de febrero. Año actual.

Tocaba visita a la oficina central del FBI en Washington para poner al día a los jefes de cómo estaban las cosas por Quantico. El edificio Edgar Hoover se encontraba en la avenida Pensilvania, la cual unía la Casa Blanca y el Capitolio. Era una de las arterias principales de la ciudad y, debido a su situación estratégica, estaba siempre bastante controlada por los servicios de seguridad del país.

Salió a primera hora desde Quantico. El día estaba despejado, con un cielo azul luminoso que recordaba a los días de verano, salvo por el hecho de que un viento helador te cortaba la piel y constataba que seguía siendo invierno. El trayecto era corto, unos cuarenta y cinco minutos en coche, aunque dependía de cómo estuviera el tráfico dentro de la capital.

En realidad, no entendía la premura para celebrar aquella reunión en ese momento. Se habían visto unas semanas atrás y no había habido demasiados cambios desde entonces. Las piezas poco a poco iban encajando y el equipo cada vez funcionaba mejor. Poco importaba. Con los jefes todo parece ser para ayer, como si las cosas no pudiesen esperar un instante mejor.

Llegó en el tiempo estimado a la ciudad que le vio nacer. A pesar de ser de allí, nunca había experimentado un sentimiento de pertenencia. Tal vez porque siempre había sentido que era una ciudad a la que le faltaba un alma propia. Todo parecía reducirse a asuntos de política y burocracia, como si no existiera nada más allá.

Unos enormes carteles publicitarios le sacaron de sus cavilaciones cuando estaba ya cerca de las oficinas centrales y se detuvo en un semáforo. En ellos se anunciaba una conferencia sobre ingeniería genética y edición con CRISPR/Cas9 como futuro inmediato para la prevención y la cura de enfermedades. El evento lo conduciría el que parecía ser un famoso doctor especialista en neurociencia, medicina e ingeniería biomédica. Bill pensó con una sonrisa que aquello le habría encantado a la “friki” de Miranda McDermott, una de las agentes del FBI con las que trabajó en San Francisco. Tal vez la llamara para comentárselo.

Llegó a las inmediaciones del edificio central de la Agencia Federal de Investigación. Enseñó su identificación para que se abriera la barrera del parking. Se dirigió a la tercera planta del subterráneo, donde ya había aparcado en más ocasiones y sabía que había plazas reservadas para las visitas y para oficiales del FBI que acudieran de

forma incidental.

Subió en el ascensor y se cruzó con algunos agentes, pero no le sonaba la cara de ninguno. Era lógico, teniendo en cuenta que hacía ya mucho tiempo desde que trabajó allí, casi al inicio de su carrera. No obstante, sí había tenido la posibilidad de estar en contacto con determinados compañeros con relación a algunos casos.

Subió a la planta en la que estaba el despacho de Lionel Stone, el director del FBI en Washington. La secretaria le comentó que le esperaban, pero le pidió que aguardase a que le comunicara a su jefe que ya había llegado.

Unos minutos después, le hizo pasar. Junto a Lionel se encontraban también Henry Baker, el subdirector, y Matthew Moore, director de la oficina de Quantico. La presencia de este último le sorprendió. No le había comentado nada acerca de su asistencia. No comprendía los motivos. Entre ellos parecía haber buena relación. Al menos, la comunicación era fluida. Moore había estado haciendo el seguimiento de la evolución de la Unidad que ahora dirigía Bill. En principio, parecía estar satisfecho con los resultados del primer mes. Como mínimo, en ningún momento le había comunicado lo contrario.

—Bill, muchas gracias por venir —dijo el director Stone, mientras él y los demás se ponían en pie y le invitaba a sentarse con ellos en la mesa de reuniones.

—Un placer —contestó, en lugar del "*no creo que tuviera otra opción*" que le pasaba por la mente en ese momento. Era la segunda reunión que mantenían en relativamente poco tiempo. No tenía muchas ganas de perder el tiempo.

Se resignó.

No le quedaba más remedio.

Tuvieron unos momentos de charla distendida, hablando de temas que nada tenían que ver con el trabajo. Tal vez procuraban que Bill se sintiera cómodo y confiado para hablar. Por el momento, el italiano no tenía mucho que contarles.

—Matthew ya nos ha comentado que el ambiente en la delegación de Quantico ha mejorado sustancialmente, al menos en tu sección —señaló con agrado Henry Baker.

—Me alegro de que lo perciba así, pero no hay que relajarse —afirmó, mirando a Matthew, quien le sonreía—. Nos queda mucho trabajo por hacer. No deja de ser un grupo que ya tenía su propia dinámica de funcionamiento. Hay ciertos vicios que pueden regresar si no estamos atentos.

Lo decía con sinceridad. A pesar de que él mismo era consciente de que se había producido un cambio notable dentro de la unidad y de que reinaba un buen ambiente de cordialidad y cooperación, no quería ser excesivamente optimista y bajar la guardia. No por el

momento.

—Venga, Bill, no seas tan modesto. Creo que debes estar satisfecho.

—Y lo estoy. Por supuesto que sí. Aunque, haciendo un símil, diría que estamos en la fase de enamoramiento. En esa etapa, todo parece ir bien. Pero luego vienen las situaciones que ponen a prueba la relación. Y ahí es donde debemos estar alertas y con los cinco sentidos.

—¿Cómo van las cosas con Trenton y Janice? Supongo que ya te habrás dado cuenta de que son los dos agentes con los que más cuidado debes tener.

—Sí, es obvio que son personalidades alpha y que pueden reventar la situación, pero no son los que más me preocupan ni mucho menos. —Aquello sorprendió a los presentes. Tal vez lo acontecido en el pasado fuera lo que provocara esas reticencias hacia ellos—. Es más, creo que mientras se encuentren cómodos en el equipo y se sientan valorados, pueden aportar mucho y funcionar muy bien. Son dos agentes muy valiosos. Son muy perspicaces y tienen mentes ágiles. No creo que vayan a ser foco de conflicto. Es Parish quien más me preocupa.

Los tres le miraron sin saber con certeza a qué se refería. El anterior jefe de la U.A.C. no había hecho referencia a este agente. Estaban convencidos de que no había tenido implicación en lo sucedido en el pasado. Sin embargo, también sabían que había llegado a la Unidad de Análisis de Conducta por medios distintos a como lo habían hecho el resto.

—No comprendo —dijo Lionel—. No creía que Parish fuera conflictivo.

—En principio no lo parece, pero es el más inestable. Intuyo que algunos de los problemas del pasado los generó él, aunque tampoco tengo pruebas de ello ni quiero entrar en eso. De momento está respondiendo, pero voy a tenerlo bajo estrecha vigilancia.

Los tres se miraron entre ellos esta vez. Parish había sido casi una imposición. No obstante, aunque tal vez su capacitación no estuviera a la altura del resto, confiaban en que hiciese su trabajo sin montar revuelo. De hecho, le habían encargado la relación con los medios de comunicación como tarea primordial, no tanto la investigación de campo ni la participación en la elaboración de los perfiles de los criminales.

—Muy bien —zanjó el director Stone, recordando que tendría que hablar con alguien a continuación para informarle de las novedades—. Nos ha sido de gran ayuda tu visita, Bill. ¿Qué te parece si celebramos estos buenos resultados preliminares almorzando?

—Por supuesto —respondió, pensando con disgusto en la ingente cantidad de tareas que le aguardaban en Quantico. Tendría que

robarle nuevamente horas al sueño.

No acababa de ponerse al día.

La visita se había alargado más de la cuenta, en parte debido al almuerzo y la sobremesa posterior. Supuso que querían que no tuviera motivos para pensar en abandonar su puesto. Habían sido unos meses duros, pero era cierto que cada vez estaba más satisfecho con los resultados. El trabajo con aquel equipo era tremendamente desafiante, aunque también aprendía mucho con ellos.

Con estos pensamientos accedió a la planta del parking en la que había aparcado su coche. Al salir del ascensor, escuchó el arranque de una moto. En principio, no le dio ninguna importancia. No tenía por qué significar nada.

"*Estaré de vuelta en una hora aproximadamente*", le escribió a Kisha, para que supiera que ya regresaba. Justo entonces, levantó la vista del móvil y se percató de que la moto que había oído instantes antes giraba hacia los pisos superiores del parking a una velocidad que le resultó excesiva.

Llegó hasta su coche. Abrió el maletero para introducir su maletín. Después, se dirigió a la puerta del conductor. Entonces, algo captó su atención. Tal vez su vista le engañaba, puesto que le pareció ver una persona en el suelo con la espalda recostada sobre una columna.

Cerró la puerta del coche y se acercó hasta allí. Al aproximarse, se dio cuenta de que era una mujer. Debía ser una agente, pues tenía a la vista su identificación. Su cara estaba cubierta de sangre y parecía haberse desmayado. Aceleró el paso hasta ponerse a su lado para socorrerla. A pesar de tener el rostro un tanto desfigurado, le pareció que era una de las negociadoras del departamento de Adam Moldoon, aunque era incapaz de recordar su nombre.

—¡Eh! ¡Oiga! ¿Qué le ha pasado? —dijo intentando hacerla volver en sí cuando estuvo a su lado. Trató de incorporarla y le tomó el pulso. A pesar de hallarse inconsciente, tenía el latido firme.

Acto seguido, Bill llamó a emergencias y contactó con la centralita del FBI para que se lo comunicaran a su jefe, pues él sabría a quién de su familia avisar para cuando llegase la ambulancia.

Enseguida Moldoon le devolvió la llamada y habló con él. Le pidió que se quedara con ella hasta que él bajase. Apenas tardó unos minutos en llegar.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Adam Moldoon.

—No tengo la menor idea. Me la he encontrado así. La he visto por casualidad, ya que en esta zona no hay demasiada luz —respondió Bill.

Esperaron juntos a la ambulancia que llegaría poco después. La

agente era Naomi Saylor. Con razón le resultaba su rostro familiar, pues coincidieron tiempo atrás en una convención de la agencia.

Cuando por fin se llevaron a la joven al hospital, llamó a Kisha para explicarle que llegaría más tarde. Las cosas se habían torcido en un momento. Es lo que sucede con los imprevistos, que no los ves venir.

Tiempo después se enteraría de que la agente había sufrido una agresión en relación a un caso que estaba investigando.

CAPÍTULO 16

Una familia

Noviembre. Año anterior.

Sora recordaba los tiempos en los que todavía eran una familia, antes de que los problemas entrasen en casa sin llamar a la puerta y sin avisar. Con las dificultades, suele ser así. Se presentan sin más y arrollan con todo como un tornado que destroza de forma indiscriminada lo que encuentra a su paso.

Las deudas de su hija y su yerno se habían ido multiplicando. Esto les había llevado a una situación límite. Ella no pudo ayudarles, puesto que su pensión no daba para más. Subsistía de milagro con lo que cobraba, siempre haciendo malabares a final de mes y pidiendo ayuda en algún comedor de beneficencia en momentos de extrema necesidad.

Por eso, no pudo hacerse cargo de su nieta cuando la tragedia les azotó fuerte y sus padres murieron en un accidente de tráfico. Pensaba en aquello y se sentía destrozada, víctima de la mala fortuna y la sinrazón. No solo había perdido a su hija y al marido de esta, sino que debía conformarse con visitar a su nieta en un hogar de acogida una vez por semana.

Sora cayó en una depresión después de todo aquello. No contaba con nadie más en el mundo. Había pasado de tener una familia a no tener nada. La maldita mala suerte se lo llevó todo por delante.

Aquella tarde, se acercó al hogar de acogida para ver a la pequeña Hailey. La llevaría al parque y le compraría alguna chuchería. La niña le preguntaría como siempre por qué motivo no podía quedarse con ella. Pero no podría contestar, porque sus ojos se llenarían de lágrimas y la impedirían hablar. Entonces, Hailey le pediría que no llorase más y seguirían hacia el parque como si nada.

Así solían ser los ratitos que pasaban juntas.

Pero aquel día todo fue diferente.

Llegó a la casa en la que su nieta residía con otros quince niños de distintas edades. Como siempre, la recibió uno de los cuidadores con amabilidad. La puso al día de las últimas novedades, por ejemplo, de cómo le había ido en el colegio desde la visita de la semana anterior y de la reciente revisión médica. Enseguida bajó corriendo la pequeña y se abalanzó sobre su abuela.

Salieron a la calle y tomaron el camino habitual. Había un callejón por el que llegaban antes al parque, así que atajaron por allí. A Sora le dolían las piernas y estaba deseando sentarse en uno de los bancos que había al lado de los columpios para poder descansar. Iba ataviada con

un grueso abrigo, puesto que hacía bastante frío y estaría quieta un buen rato mientras su nieta jugaba. Después, irían a tomar chocolate caliente a una cafetería cercana que era bastante económica. Ya las conocían gracias a que se convirtieron clientas frecuentes, así que solían tratarlas muy bien. Pero aquel día las echarían de menos, porque esa tarde sus planes se truncaron cuando alguien golpeó a la anciana en la cabeza y se llevó a la niña.

CAPÍTULO 17

Una llamada

Mediados de febrero. Año actual.

Habían pasado ya dos semanas desde su visita a Washington. De momento, las aguas seguían su cauce. La relación con los miembros del equipo no hacía más que mejorar. Bill estaba ahora seguro de que confiaban en él. Sin lugar a dudas, Kisha tenía razón cuando hablaron aquella mañana varios meses atrás, justo antes de que tuviera esa primera reunión crucial con ellos.

La realidad era que no sabía muy bien cómo lo había logrado, pero se había convertido en un hecho. Es más, era frecuente que acudiesen a su despacho para hacerle alguna consulta, pedirle consejo o confiarle un tema personal. Eso solo lo haces con alguien que sientes que es de fiar.

Procuraba que, una vez a la semana, se reunieran fuera de la oficina a tomar algo de manera informal. En algunas ocasiones, habían quedado media hora antes de la entrada en la oficina para desayunar juntos, aunque la mayoría de las veces lo hacían al acabar su turno. La excepción era cuando regresaban de algún viaje, pues durante esos días compartían la mayor parte del tiempo y estaban deseando descansar y desconectar.

Ya hacía casi cuatro meses desde que arribara a Quantico y, aquello que sintió como una ratonera al principio, ahora empezaba a considerarlo su hogar.

El único que seguía sin inspirarle confianza era Parish. Había algo en él que le hacía parecer un pez fuera del agua. No terminaba de encajar. Daba la impresión de que su mirada contenía cierto recelo y animadversión en ocasiones. No habían servido demasiado, hasta la fecha, las conversaciones que Bill mantuvo en privado con él.

Tim y Amanda fueron de su agrado desde el principio. Aunque ambos tenían una personalidad más tranquila y, en apariencia manejable, la realidad revelaba que sus ideas eran muy claras. No obstante, les gustaba remar a favor del equipo y mostraron buen talante desde el minuto uno.

Trenton y Janice habían demostrado con creces ser agentes leales. Se había dado cuenta de que a los dos les gustaban las cosas bien hechas y eran muy exigentes. De hecho, no habían dudado en ponerle a prueba en más de una ocasión. La verdad era que podían serlo, puesto que ambos cumplían con su trabajo de manera intachable. Cuando llegase el momento y sintiera que la confianza estaba ya bien cimentada, tal vez les preguntaría por su versión de los hechos en

cuanto a lo sucedido en la unidad meses atrás. Aunque no quería inmiscuirse ni que aquello afectase al funcionamiento actual, no estaba de más conocer errores del pasado para que no volvieran a repetirse.

Bill recordó en ese instante una conversación que tuvo con Janice casi al principio. Ella intentaba medirle y poner a prueba la teoría que se había formado sobre él.

—Has dicho que te gustaría que me sincerara contigo. No sé si es algún tipo de estrategia, si lo estás haciendo con todos o con cada uno de nosotros es distinto. Reconozco que me está costando un poco calarte, Bill. Y eso que, en un primer momento, creía que tenía tu perfil psicológico muy claro.

—¿Ah sí? Me interesaría escucharlo —insinuó el italiano con verdadera curiosidad.

—Te puedo ofrecer la versión corta, aunque si prefieres la larga…

—Empecemos por la corta y, si necesito más aclaración, te pido la larga.

—Muy bien. Creía que eras un lameculos estirado que querías caer bien a todo el mundo. Y por supuesto, un tipo que haría cualquier cosa por conseguir lo que quiere.

Bill no pudo reprimir una sonora carcajada. Desde luego, Janice no era de guardarse para dentro sus pensamientos. En eso se asemejaba demasiado a Kisha, a pesar de que esta había progresado bastante en esto y parecía meditar y filtrar algo más sus comentarios.

—Para ser una de las mejores perfiladoras del equipo, no has acertado ni una. Siento decírtelo —se regodeó.

—Bueno, admito que no me esforcé demasiado, pero hay algo en lo que sí acerté.

—¿En qué exactamente? Porque no me reconozco en nada de lo que has dicho. Y espero que en poco tiempo concuerdes conmigo.

—Lo dudo, ya que has conseguido enchufar a tu novia a toda costa. Y eso no me gusta ni un pelo—. Bill se removió incómodo ante aquella afirmación. Entendía que lo viese así y no le faltaba razón. Pero aun así, quería aclararle las cosas al respecto—. Y no solo eso, también sé que has colado a dos más. Al analista de Nueva York, aunque he oído que el tío es un portento, así que *chapeau* por eso, y a una ex policía que arrastra con ella cierta polémica.

Bill se echó hacia delante en la mesa.

—Y ahora tu cambio de postura me dice que lo que acabo de decir te incomoda. He pinchado en hueso.

—Sí, es cierto. No me siento del todo orgulloso de lo que acabas de decir. Pero quiero argumentarlo. Creo que lo entenderás.

—Sorpréndeme —dijo Janice, en su caso, recostándose hacia atrás en la butaca. Parecían bailar una danza que solo ellos entendían.

—Sobre lo de Ty no hay nada que decir. Tú misma has reconocido que el tío es un crack. Y no te voy a negar que preferiría que estuviera en Quantico, porque creo que nos podría ser muy útil. Cuando le conocí, me di cuenta de que era un portento que estaba siendo infrautilizado. Así que sí, puede que Tyrell ganara, pero el FBI más.

—Te lo compro.

«Muy fácil. A saber qué me espera después», pensó Bill.

—Sobre Kisha… Bueno, no tengo ningún inconveniente en reconocer lo que dices. Fue mi condición para aceptar el puesto, que por cierto no lo pedí yo. Estaba a gusto en San Francisco y te aseguro que no me había planteado nada más. No obstante, he trabajado con ella casi veinte años y opino que puede aportar mucho a los agentes jóvenes. Tiene larga experiencia en grandes crímenes y era muy buena en su trabajo. No todo el mundo llega a jefa de homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles, seguro que en eso estás de acuerdo conmigo. Y por último, hace unos años el propio FBI la reclamó para trabajar en la agencia, concretamente en este equipo, seguro que eso no lo sabías —confesó observando el gesto de su compañera y comprobando que efectivamente desconocía ese hecho.

Aquel fue un momento duro. Cuando Kisha recibió aquella carta que con tanto anhelo había esperado, se encontraba en su peor momento anímicamente y fue cuando dimitió de su puesto en Los Ángeles y se trasladó a vivir a Carmel-by-the-Sea. Lo que Bill no sabía era que su puesto lo ocupó Parish.

—No necesitas explicarme más, en realidad, Bill. He ido a algunas de sus clases y le he hecho preguntas bastante jodidas. Debo darte la razón. La tía sabe de lo que habla. No solo es guapa, también inteligente.

Ahora fue Bill el que se recostó sobre el respaldo. Los miembros de su equipo no paraban de sorprenderle.

—Y te confesaré que no he sido la única —continuó Janice—, por si te queda la duda. Es más, apostaría a que todos hemos pasado por su aula para saber si estaba a la altura.

—Sois una panda de…

—Sí, lo somos, ja, ja, ja —respondió riéndose de buena gana, lo cual fue correspondido por Bill.

—Y sobre Wynona Wrangler… —trató de explicarse el italiano.

—No necesito saber más. Puedes estar tranquilo. Confiaré en tu instinto. Al fin y al cabo, tiene que pasar por el mismo filtro de selección que el resto. Veremos si lo logra. Tú solo le has allanado el camino limpiando su expediente en la policía de Nueva York. Todo lo demás, se lo tendrá que ganar solita. Sin embargo, te confieso que no me gustó que llamases a filas a Trenton antes que a mí. Puedo ser igual o más peligrosa que él. Me sentí un pelín infravalorada —señaló,

al tiempo que acercaba sus dedos pulgar e índice de la mano derecha en un explícito gesto.

—Por alguno tenía que empezar —se defendió sin éxito Bill.

Se mantuvieron las miradas durante unos segundos, todavía estudiándose y midiéndose. La agente entornó los ojos, valorando si continuar con aquella metafórica batalla o dejarlo estar.

—¿Lo ves, italiano? —dijo finalmente Janice.

—¿El qué? —preguntó intrigado.

—Por eso considero que eres de fiar, porque no has dudado en confesarme tus pecados, a pesar de que podría usarlos en tu contra. Y también por eso creo que me equivoqué. No eres un lameculos, sino un tío honesto. Y eso me gusta de ti. Pienso que eres de esos con los que uno siempre puede contar.

—Por supuesto. No lo dudes —afirmó rotundo.

Entonces, ella se levantó y se dispuso a salir de su despacho. En el último momento, se giró.

—Una cosa más.

—Te escucho.

—En realidad nunca he creído lo que te dije al principio. Bueno, salvo lo de que eres un poco estirado. Eso lo sigo opinando, con tu traje y tus camisas tan bien planchadas siempre y ese aspecto impecable —hizo con sorna un gesto como de vomitar que a Bill le pareció divertido—. De hecho , te confieso que solo quería ver tu reacción.

—Pues me alegro, si es así. Espero haber aprobado el examen.

Ella le miró unos segundos. Bill se preguntó qué más rondaría por aquella mente hiperactiva.

—Un hombre capaz de amar tanto a alguien como tú lo haces tiene que ser por fuerza buena persona —aseveró, en alusión a su relación con Kisha—. Además, sé a ciencia cierta que eres muy leal a los tuyos. ¿Quieres oír ahora mi perfil de verdad?

—Claro.

—Provienes de una buena familia, de gente trabajadora y luchadora, hechos a sí mismos. Por eso para ti es importante alcanzar tus logros como resultado de tu esfuerzo. Eres un hombre honesto, seguro de sí mismo en la mayor parte de las ocasiones, aunque procuras irradiar autoconfianza incluso si no la sientes para que los demás perciban que están a salvo. Honrado, de férreas convicciones y valores. Defensor de los tuyos por encima de todo. Eres ambicioso, pero no estás dispuesto a lograr tus objetivos a cualquier precio, pues para ti hay límites que no se pueden sobrepasar. Creo que has sufrido el síndrome del impostor cuando llegaste aquí y por eso estuviste días sin abandonar la oficina ni siquiera para ir a dormir, porque debías demostrar tu valía. Eres trabajador, autoexigente y demasiado

perfeccionista. Con buenas habilidades sociales y encanto personal, cosa que sabes y aprovechas porque en realidad eres un seductor nato. Una pena…

—¿Una pena por qué? —preguntó sinceramente intrigado.

—Porque los buenos siempre estáis pillados.

Bill se quedó con la boca abierta ante aquel comentario.

—Y que no se te suba a la cabeza, italiano. En realidad, no me interesas.

Y entonces sí salió de su despacho con una sonrisa burlona dibujada en el rostro.

Bill cabeceó divertido ante los últimos comentarios de su subalterna. En otros tiempos, le habría parecido una mujer sumamente atractiva, no solo por su físico, sino en especial por ese carácter indómito que también le había cautivado de Kisha. Pero ahora que tenía a la persona que quería a su lado, no se planteaba nada más.

Sonó en ese instante el teléfono fijo de su despacho. La operadora le pasó una llamada exterior.

—Agente Especial Bill Zucherinni —respondió al descolgar.

—Buenos días, soy Brendan Tootsie, jefe del departamento de policía de Baltimore Oeste. Creo que necesitamos la ayuda de su unidad.

—Le escucho.

CAPÍTULO 18

Una pregunta

Diciembre. Año anterior.

El volumen de trabajo en los últimos tiempos no paraba de crecer. El problema añadido era que el personal seguía siendo el mismo, o incluso menos, puesto que había personas que se daban de baja por alguna circunstancia, otras que simplemente abandonaban el trabajo porque emocionalmente era demasiado para ellas o aquellas que lo hacían porque les salía algo mejor y no eran remplazadas.

Era una profesión desafiante en la que tenías que echar muchas horas y el sueldo no era precisamente suntuoso. Pero era su vocación. Por ello, en los últimos tiempos tenía una insatisfacción creciente porque creía que no lo estaba llevando a cabo como debería. La realidad no era esa, sino que su tiempo y recursos eran limitados y hacía lo que podía con lo que tenía a su disposición.

En aquel instante, debido a que se acercaba el cierre de año y era el momento de empezar a preparar las estadísticas de las intervenciones realizadas y todo lo demás para los políticos de turno, se había topado con algún aspecto que le había puesto en alerta.

Le sorprendió encontrar en la base de datos el caso de un niño que tuvo en atención directa hacía algún tiempo, antes de que le asignaran aquellas tareas de supervisión que ahora desempeñaba. Quería pensar que se trataba de un error, pero no era factible, sobre todo porque adjunta al expediente estaba la denuncia presentada a la policía. El pequeño Matty de ocho años había desaparecido.

Aquel caso le resultó muy duro cuando tuvo que realizar la primera intervención. Desde el colegio alertaron de que el niño acudía a la escuela de manera muy irregular y en condiciones deplorables. Parecía desnutrido y se detectaban a simple vista evidencias claras de falta de higiene. Además, tenía una afección médica que no estaba siendo atendida debidamente, ya que sufría de fenilcetonuria, una enfermedad que requería seguir unas pautas muy específicas para evitar problemas de salud graves.

Cuando acudió Kurt como trabajador social al domicilio junto con un agente de la policía local, se encontró a la madre semi inconsciente con una aguja en el brazo. Por aquel entonces, el pequeño Matty contaba solo cuatro años.

Había trabajado mucho con esa madre para que pudiera recuperar la guardia y custodia del crío en buenas condiciones. Se había volcado con ella durante el proceso de desintoxicación, en la búsqueda de empleo y en ofrecerle unas pautas de crianza adecuadas. Estaba muy

satisfecho con lo conseguido en el pasado. Caroline se había esforzado mucho, a pesar de mostrarse tan reacia y tan agresiva con él al principio cuando comenzó la intervención social.

Parecía que ella había logrado revertir la situación. Era de esos pocos casos de verdadero éxito por la evolución tan positiva que observaron en ella, comprometiéndose en su recuperación y siguiendo los pasos que le marcaron. Así estaba la situación cuando el caso se lo pasaron a otra trabajadora social en el momento que él ascendió a jefe de zona.

¿Qué podría haber sucedido para que la propia madre hubiera denunciado la desaparición de su hijo? Esa era la pregunta que se hacía en aquel instante. Hablaría con la persona encargada del caso cuando sucedió y con la madre para averiguar la máxima información posible. Después, acudiría a la policía con el objetivo de que esta le completase los datos y se ofrecería a ayudar en lo que pudiese. Aquello se lo tomaba casi como algo personal, puesto que había dedicado incontables horas.

Empatizó con aquella mujer a la que la vida no paraba de vapulearla, hasta que cayó en las drogas de forma irremediable buscando una salida.

Suspiró decepcionado y entristecido.

La vida, a veces, no hace más que darte reveses.

CAPÍTULO 19

Una conferencia

Principios de marzo. Año actual.

En un par de días tendría lugar la conferencia para la que llevaba tanto tiempo preparándose. Había mucho revuelo al respecto. No le sorprendía. Su nombre iba asociado a la polémica. Eran términos indisolubles de una ecuación. Debía reconocer que le gustaba. Le daba cierto morbo. Tal vez era por ese ego que tenía y ese complejo de superdios con el que siempre le habían etiquetado. Nunca le había resultado ofensivo. Al contrario, lo entendía como un cumplido. Si alguien se atrevía a ser Dios, desde luego ese era él.

Llevaba desde finales del verano experimentando con aquel niño que sufría de una distrofia muscular poco frecuente. Una de esas enfermedades raras para las que apenas hay investigación. La ley de la oferta y la demanda aplicada a la salud. El mundo funciona así. No importan las vidas, importa el dinero. Tampoco iba a ponerse quisquilloso con el tema. Él tenía sus propios objetivos y no ocultaba que hacía lo que fuese necesario para lograr lo que se proponía.

Estaba jugando claramente fuera de la ley, haciendo algo que sería tachado de imprudente e irresponsable por toda la comunidad científica. Y le daba igual. Tenía sus propias normas. Le habían puesto una oportunidad en las manos para hacer prácticamente lo que quisiera. Habría sido una estupidez desaprovecharla.

Lo que todavía no había decidido era si hablaría de los avances hasta el momento o si sería demasiado precipitado. Si lo comentaba, evidentemente no haría referencia al caso concreto con el que trabajaba ni al resto del proyecto en el que se había embarcado. Eso sería un suicidio profesional. Pero tal vez sí podía realizar insinuaciones combinadas con ciertos datos.

Ese era uno de sus principales problemas. La impulsividad, la falta de control y la dificultad para la represión de sus reacciones. Estaba deseando darle a conocer al mundo sus avances, pero era demasiado pronto para saber si los buenos resultados serían estables en el tiempo y qué otros efectos podrían traer a medio o largo plazo.

La distrofia muscular que padecía Walter era una enfermedad debida a mutaciones en el gen de la distrofina, lo que provocaba la ausencia de esa proteína fundamental para el mantenimiento de la fibra muscular. Las “tijeras” moleculares del CRISPR/Cas9 le permitían precisamente realizar magia y cortar la parte defectuosa, modificarla y sustituirla por un gen debidamente editado y corregido. Esa era la principal característica de la proteína cas9, su capacidad

para extirpar lo que no sirve de manera barata y sencilla.

Le daba mucha rabia pensar que todo iría mucho más rápido si el resto de sus compañeros de profesión tuvieran la mente más abierta y, sobre todo, fueran más valientes. Al no ser así, había tenido que recurrir a otros recursos y acudir a personas con una ambición similar a la suya. Ahora incluso se alegraba de ello.

Revisaba una y otra vez sus apuntes mientras la duda seguía bailando dentro de su cabeza. Un dilema. Hablar o no de aquello. Ceñirse solo a las investigaciones hechas con bacterias y con animales o dar el paso adelante que lo cambia todo, que significa un antes y un después, el punto de inflexión.

El punto de no retorno.

Destapada la caja de los truenos, ya no habría vuelta atrás. Debía valorar, además, no solo lo que les supondría aquello a los padres, cosa que en realidad le importaba poco, puesto que había aspectos más relevantes que su opinión. Podían retirarles la guardia y custodia del menor por someterle a un tratamiento no reconocido por la F.D.A., el organismo encargado de velar por productos y procedimientos seguros en el ámbito de la alimentación y la salud en Estados Unidos. Podían incluso terminar en la cárcel. El principal escollo era que él mismo podría sufrir indeseadas consecuencias similares a esa.

Y había otro tema que era insoslayable. Sus actuales socios podían molestarse por hablar de ello sin contar con su opinión antes. Había otro proyecto en marcha que quizá sufriese un traspié por su exceso de ambición. Además, podrían retirarle la financiación y buscar a otros científicos con tan pocos escrúpulos como él para seguir adelante con lo que habían empezado. Si llegaban a ese extremo, tenía muy claro que se encargarían de eliminar todos los cabos sueltos y él sería el principal.

Ahora lo entendía con claridad. Tocaba esperar.

Miraba el título que había presentado para aquel evento que se celebraría en pocos días. Se sentía decepcionado al releerlo.

"*Edición genética. ¿Futuro o presente de la medicina? Los avances en bioingeniería con CRISPR/cas9*".

Ahora hasta el nombre de su conferencia le parecía anodino. No trasmitía todo lo que llevaba asociado detrás, todo el esfuerzo, todos los avances, todo lo que podría suponer esto en el futuro que muchos ni siquiera se atrevían a imaginar.

Tal vez la creación de una nueva raza libre de enfermedades.

Tal vez el fin del envejecimiento.

Si lograba cortar los telómeros que decrecen según nos hacemos mayores y los sustituía por otros que pudieran continuar manteniendo su tamaño en cada replicación, quizá terminase con el deterioro asociado al paso de los años.

Una eterna juventud.
¿Quién no aspiraría a ello?
Resopló conteniendo su indignación.
El mundo no estaba preparado para lo que él tenía que ofrecer.

*

Las piezas

“La ciencia se corrompe con facilidad
si dejamos que se estanque”.
(Edmund Burke)

CAPÍTULO 20

Una sospecha

Principios de enero. Año actual.

Hizo sus propias indagaciones al descubrir la desaparición de Matty. No podía dejarlo estar. Necesitaba conocer de primera mano qué había sucedido. Se maldijo por no tener más tiempo para dedicarle a ese asunto, pero el trabajo le absorbía demasiadas horas.

Habló con algunos responsables en el colegio, tanto con la tutora como con la directora del centro para que le contaran sus impresiones. Quería saber cómo había estado el pequeño en los últimos meses.

—Buenos días, señor Rendell —le dio la bienvenida la directora, mientras le ofrecía su mano para estrechársela.

—Buenos días, señora Preston. Creí que en el pasado ya habíamos acordado tutearnos, ¿no es verdad?

—Sí, es cierto. La costumbre supongo —respondió encogiéndose de hombros—. ¿Qué tal te va en tu nuevo puesto, Kurt?

—Para resumir, te diré que más o menos el mismo dinero y mucho más trabajo. Además, tengo que encargarme de más burocracia y mantengo menos contacto directo con la gente, así que, en realidad, no sé muy bien qué responder a tu pregunta —afirmó torciendo el gesto—. Es un poco lamentable decir esto, teniendo en cuenta que casi me obligaron a coger este ascenso —respondió esta vez con una sonrisa agradable y entrecomillando con los dedos la última palabra.

La directora también sonrió. Siempre le había caído bien aquel hombre. Era cierto que, de tan perfeccionista y exigente que era, les dio mucho trabajo con los casos que habían derivado, pero sin duda era porque se preocupaba de verdad por los críos y por las familias. No podía decir lo mismo de la última trabajadora social que estaba asignada a la zona en la que se encontraba el colegio, puesto que pasaba bastante más del tema. Por suerte, la había sustituido en los últimos meses un chico joven con muchas ganas de hacer bien las cosas, aunque por lo que pudo averiguar, era una suplencia temporal.

—Cuéntame el motivo de tu visita. ¿En qué puedo ayudarte?

—Verás, Catherine, haciendo el balance de final de año de casos atendidos e intervenciones, me encontré con la denuncia de la desaparición de Matty. Te puedes hacer una idea del impacto que supuso para mí enterarme de esto. Ya sabes que le tengo un cariño especial al crío, pues fue un caso en el que me impliqué mucho. Estaba convencido de que las cosas les iban bien.

—Y estaban yendo mejor, al menos. Matty asistía regularmente a clase, pero seguía faltando una supervisión más estrecha por parte de

la madre, puesto que muchos días no llevaba las tareas hechas y, en alguna ocasión, olvidaba en casa el almuerzo y algunos de los materiales básicos para trabajar.

—Bueno, ya sabes que la mujer tenía mucho encima.

—Lo sé. Y reconozco que la madre parecía estarse esforzando en hacer las cosas bien. Acudía a las tutorías a las que se le citaban y el niño venía puntual. Nunca perdía tampoco las revisiones con el pediatra, tan importantes especialmente en su caso. No obstante, nuestro trabajo era recordarle que debía seguir esforzándose un poco más cada vez. No queríamos que volviera a las andadas por confiarnos demasiado.

—Lo entiendo —asintió, valorando la información que le acababa de facilitar—. ¿Y el día que Matty no vino, qué sucedió?

—Sinceramente lo desconozco. Cuando la llamé, me dijo que había traído al niño al cole, pero luego la pillé en una mentira. Lo acompañó hasta un par de calles de aquí y confió en que el pequeño llegaría. Las malas lenguas dicen que la vieron con un tipo de dudosa reputación que creen que era su camello, pero no te lo puedo asegurar.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Kurt evidentemente disgustado.

—No te lo puedo decir. Contactamos con el trabajador social que lleva el caso en la actualidad, supongo que eso ya lo sabrás.

—Sí, lo he visto en el informe.

—Y no se ha vuelto a saber nada del crío. Como si se lo hubiera tragado la tierra en cuestión de minutos. Es horrible —dijo revelando con su tono de voz una profunda tristeza.

Kurt estaba consternado y no solo por ese caso, sino porque recientemente había descubierto que estaba desaparecida otra niña que residía en uno de los hogares de acogida de su zona. En ese caso, además, la abuela fue agredida brutalmente. Aunque todo eso no se lo contó a la directora, puesto que eran datos confidenciales que no podía compartir con ella.

—Si quieres y puedes esperarte a ver si tiene alguna hora o hueco libre, aviso a la tutora de Matty para que hables con ella. Es una chica joven con muchas ganas de trabajar. Está siempre muy pendiente de sus alumnos.

—Estaría bien. Muchas gracias.

—Si me das unos minutos, lo organizo. Igual puede alguien sustituirla mientras habla contigo.

—De veras que te lo agradezco, Catherine.

—Te aviso de que sigue estando muy afectada por este caso. Le tenía mucho cariño a Matty.

—Me lo imagino. Es un niño que se hace querer.

Y así lo hicieron. Estuvo haciéndole preguntas a la tutora del

pequeño, pero esta no pudo aportarle información adicional que le resultara de utilidad. Abandonó el colegio con una sensación extraña, tal vez era decepción mezclada con pena, no lo sabía explicar. La cuestión era que la injusticia con la que la vida parece cebarse, en ocasiones, con las personas más vulnerables le dejó una sensación de vacío en su interior.

Después, dirigió sus pasos hacia la oficina de policía que recepcionó la denuncia. Cuando terminase allí, lo siguiente que haría sería visitar a la madre de Matty, con la que mantenía una relación cordial, a pesar de los comienzos difíciles que tuvieron cuando él dio parte en la fiscalía de menores y recomendó que le retirasen de forma temporal la custodia del pequeño.

Empezaba a anidarse en su pecho una sospecha que no sabía si tenía algún tipo de fundamento, pero quería comentarlo con el agente que le atendiera.

Subió los cuatro escalones de piedra que daban acceso al interior. Abrió la pesada puerta no sin esfuerzo, lo que le hizo pensar en que aquel lugar no estaba preparado para facilitarle a las personas en apuros la entrada, pues todo parecían obstáculos. Entró y se encontró con la típica actividad febril de una comisaría de aquella zona. Sin más dilación, se dirigió al mostrador.

CAPÍTULO 21

Un nombre

Finales de febrero. Año actual.

Prefería ocultar la preocupación que le había producido aquella nota. Había pasado ya por bastantes experiencias complicadas como para no darle importancia. Sin embargo, Bill tenía que estar centrado en su trabajo, puesto que era un cargo de suma responsabilidad. No podía distraerlo con algo que posiblemente era un asunto menor.

Kisha llamó a Wynona Wrangler, la joven detective privada que conoció meses atrás en el transcurso de una investigación en Nueva York que apuntaba directamente hacia ella. Wynona se había convertido en una de sus mejores amigas desde entonces y contaban con su absoluta confianza. Además, esta seguía esperando una respuesta por parte del FBI con relación a su admisión en la academia. Su pasado en la policía de la Gran Manzana no la estaba ayudando en absoluto, por mucho que Bill hubiera dado buenas referencias de ella. Ya imaginaba que no sería coser y cantar, pero tenía la esperanza de que todo se resolviera antes para poder saber qué hacer a continuación.

La joven pelirroja mantenía activa su licencia de detective privado, aunque ya no seguía con el alquiler de aquel bajo en el que trabajó al principio con Tyrell. La realidad era que no le salían demasiados casos y resultaba un gasto innecesario. Por suerte, Ty seguía ayudándola en la sombra cuando lo necesitaba. Lo suyo era una amistad bien cimentada que había crecido durante alguno de los momentos más difíciles para ambos.

Por lo tanto, cuando Kisha la llamó para pedirle ayuda, no lo dudó ni un momento. Tampoco tenía demasiado que perder. Le envió escaneada la nota que le entregaron a la ex inspectora en la primera sesión que impartió como formadora, por si a Wynona le sugería algo que no se le hubiera ocurrido todavía a ella.

La joven neoyorkina se trasladó unos días a Quantico y ambas estuvieron haciendo indagaciones. Visitaron incluso las oficinas postales y las de distintos servicios de mensajería por si allí hubieran registrado la recepción de aquella misiva. No obtuvieron resultados. Cada vez se hacía más plausible que el sobre se hubiese enviado desde dentro del edificio. Parecía algo absurdo, salvo que alguien quisiera gastarle una broma pesada. En ese caso, ya habría dado la cara, ¿no?

Las pesquisas las llevaron a un callejón sin salida. No había huellas útiles en la nota, salvo las de la joven que se la entregó, las de Bill y la propia Kisha. La impresora no dejó marcas especiales, con lo que no

contaban con pistas que les llevaran a saber qué marca y modelo se había usado. El papel y el sobre eran corrientes, comprados en cualquier papelería de la zona.

Daba la impresión de que aquella carta había aparecido sin más en el montón de correspondencia de aquel día, surgido de la nada. Bill insistía en que no debían dejar pasar ese tema sin más, puesto que podía ser una amenaza real. Además, se mostró disgustado cuando le sugirió dejarlo estar y olvidarse de ello, puesto que en el pasado había sido objeto de más de una amenaza que no tenía nada de baladí. En el fondo, ella estaba de acuerdo, pero también era cierto que quería llevar por una vez una vida normal, sin más preocupaciones que las del resto de la gente.

No había vuelto a recibir ninguna misiva más, ni había sentido que la siguieran o percibido amenaza alguna. Decidió que lo mejor era dejarlo estar por el momento. Le costó una discusión con su pareja, porque él no estaba de acuerdo.

—Me parece mentira que te lo tomes tan a la ligera después de todo lo que hemos vivido en el pasado —le recriminó.

—Estoy harta, Bill. No pienso pasarme la vida preocupada. Es hora de avanzar —postuló la californiana.

—No digo que lo hagas. Y entiendo perfectamente lo que quieres decir. Pero tenemos que llegar hasta quien la envió y conocer sus motivos. No puede salir indemne de esto sin más.

—Me da igual, en serio. Ya ha pasado mucho tiempo y no ha sucedido nada. Olvidémoslo. Tú tienes demasiadas cosas en qué pensar y yo estoy cansada de mirar continuamente a mis espaldas.

Dio por zanjada la conversación aquella noche. Por si él quería seguir discutiendo, utilizó lo que siempre le funcionaba. Se acercó a él y le envolvió con sus brazos. Bill opuso una leve resistencia, pues no quería dejar aquel asunto sin más. Había sufrido mucho por ella en el pasado. Ya intentaron hacerla daño en demasiadas ocasiones. No quería volver a pasar por algo similar nunca más.

Y cuando ya se habían casi olvidado del tema, puesto que habían transcurrido un buen número de días en los que se volcó en la preparación de sus clases y otros asuntos laborales, le vino a la mente un nombre.

¿Tendría algo que ver con la nota?

No podía ser.

No tenía sentido.

Había pasado demasiado tiempo.

Si era quien pensaba, ¿por qué ahora?

¿Y para qué?

CAPÍTULO 22
Una conversación telefónica

Principios de marzo. Año actual.

Bill respondió al teléfono mientras se hallaba perdido en sus cavilaciones acerca de cómo estaba evolucionando el equipo desde que llegara a Quantico. Por eso quizás le costó un poco entender por qué desde el departamento de policía de Baltimore Oeste le estaban pidiendo ayuda. El caso que le planteaban era preocupante, eso no podía negarlo.

—No estaba muy convencido de dar el paso de llamar a la Unidad de Análisis de Conducta, pues ni siquiera estoy seguro de que sea el tipo de casos que atienden —le dijo Brendan Tootsie, el oficial al mando de aquella estación de policía. A Bill le pareció que era una curiosa combinación la de ese nombre y ese apellido.

—Bueno, cuénteme de qué va y yo le traslado la información al equipo. Normalmente tomamos la decisión entre todos.

—Pensaba que solo trabajaban con casos de asesinos en serie, lobos solitarios, terroristas y cosas así —trató de averiguar.

—Bueno, quizá eso sea lo más habitual, pero no lo único. Cuénteme y veré qué puedo hacer —le animó a hablar el agente federal.

—En realidad, lo que voy a plantearle trasciende los límites de mi demarcación —introdujo el jefe Tootsie—. Si me ciño a lo que se refiere a mi comisaría, tendría que hablarle de tres casos. Pero gracias a la intervención de alguien externo a la policía, creemos que podemos estar ante la desaparición de más de cincuenta niños en los últimos cinco meses.

Aquel dato hizo que Bill se echara hacia delante en la mesa. ¿Cómo era posible que hubiesen desaparecido tantos niños en tan poco tiempo y nadie hubiera hecho nada al respecto hasta el momento? Debía tratarse de un error.

—No le comprendo, jefe Tootsie. Si dice que en su área tiene constancia de tres desapariciones, ¿adónde corresponden los, al menos, cuarenta y siete restantes?

—A distintas delegaciones de Baltimore y también a diferentes estados. Creemos que están desapareciendo críos en Virginia, Washington D.C. y Maryland.

Bill no salía de su asombro. Era una cifra escandalosa.

—Cuando dice creemos, ¿a quién se refiere?

—Es una larga historia, pero puedo decirle que Samuel Bennet, el Sheriff del condado de Harford, también lo piensa. No sé si podríamos vernos cara a cara, agente Zuccherinni. Si quedamos a medio camino entre Quantico y Baltimore, no nos llevará más de una hora de trayecto en coche a ninguno de los dos.

Bill reflexionó unos segundos. Decidió que se entrevistaría con él. Era lo mínimo que podía hacer. Le pediría a Trenton que le acompañara. Así contaría con otro punto de vista y podrían valorar la información que les ofreciera el jefe de policía en el viaje de regreso.

—Por mí no hay inconveniente. ¿Qué le parece mañana a primera hora? Conozco un sitio en Washington en el que podemos hablar con calma.

—Mándeme la ubicación y la hora y allí estaré.

CAPÍTULO 23

Un remordimiento

Marzo. Año actual.

El niño parecía experimentar mejoría. Su movilidad se había incrementado, así como la fortaleza de su musculatura. Era realmente alentador. Seguían siendo necesarias la medicación y, por supuesto, las sesiones de fisioterapia, pero había un cambio significativo. Era una enfermedad tan dura y tan cruel que había arrasado con las reservas emocionales de sus padres. Aquel rayo de esperanza era pura vitamina para ellos.

Recordó los dos primeros años de su hijo. Echando la vista atrás, ahora se daba cuenta de que sí hubo algunas señales que alertaban de que podía pasar algo, pero no les dieron importancia. Llevaba cierto retraso en el desarrollo del lenguaje y, sobre todo, le costó arrancar a andar. Sin embargo, no era el único de los niños de la escuela infantil al que le sucedía algo similar, aunque en su caso parecía más acusado.

Después llegó lo peor, el darse cuenta de que las cosas no iban como deberían. Las dificultades para hablar persistieron, pero no solo eso, le costaba levantarse del suelo y caminaba de una forma un tanto extraña. Se caía con frecuencia y lo achacaban a que, al igual que su padre, era un poco torpe en lo que a la actividad física se refiere. No querían ver, se pusieron una venda y buscaron excusas que les resultaban creíbles, a pesar de que en el colegio ya se lo hicieron notar. La diferencia con el resto de sus compañeros era más que significativa y cada vez parecía agrandarse más.

Con seis años, ya se hizo inevitable quitarse la venda y ver lo que sucedía. Fue un proceso tan doloroso que todavía ardían sus ojos y se llenaban de lágrimas al recordarlo. Intentaba convencerse de que el paso que dieron al acudir a aquel hombre era el correcto. Walt ahora estaba mejor. Se merecía tener una infancia lo más parecida a la de un niño normal. Pero, ¿se la daban realmente al someterle a aquel tratamiento experimental que no sabían si podría ayudarle de verdad? ¿Cuáles serían los efectos a largo plazo? ¿Habría alguna secuela? La ciencia estaba todavía lejos de saberlo, puesto que no había suficiente investigación al respecto en la actualidad.

Era difícil justificar en el centro escolar todas las ausencias prolongadas que iba acumulando a lo largo de ese curso. A pesar de que, obviamente, en la escuela eran conocedores de la condición médica de Walter, se había dado cuenta de que el tutor del niño empezaba a desconfiar.

Y había algo más.

No podía quitarse de la cabeza el remordimiento que sentía. El pequeño estaba pasando por un calvario. Se suponía que no debía ser así, sino algo sencillo. Se imaginó que con esa técnica nueva se curaría sin complicaciones, pero desde luego no estaba siendo así. En parte lo entendía. Era el integrante exclusivo de lo que se conoce como investigación de caso único, puesto que la muestra se reducía solo a él. Entendía a la perfección el método científico. Y era consciente de que su hijo estaba siendo un conejillo de indias que servía como sujeto de experimentación.

Por otro lado, había algo más que le rondaba en la cabeza. No tenía ninguna certeza de que fuera así, pero no paraba de darle vueltas. Sospechaba que algo más se estaba cociendo que él desconocía. Algo turbio. Tal vez estaba equivocado. No obstante, permanecería atento por si descubría algo.

Su mujer se había tornado más callada y opaca en ocasiones. La había pillado a veces hablando a escondidas por teléfono. Además, resultaba evidente que ya no le miraba de la misma manera, sino que había cierto reproche en sus ojos, especialmente cuando él le manifestaba sus dudas por lo que estaban haciendo.

—Quizá deberíamos haber buscado otros caminos. Puede que nos precipitáramos. No es como años atrás, ahora sí se le está prestando atención a esta maldita enfermedad.

En aquel momento, ella le miró con absoluta decepción en sus ojos. Lo que dijo a continuación no dejaba lugar a dudas acerca de lo que pensaba.

—Eres un pusilánime. Es nuestro hijo y es nuestra obligación hacer todo lo que esté en nuestras manos por él. Sabía que no serías capaz de dar la talla —señaló desencantada—. Me da igual si hay que traspasar ciertas barreras. No me importa. Haría todo lo que fuese necesario por mi pequeño. No se merece la vida que le ha tocado. Procuraré que tenga un futuro mejor. Estoy decidida a hacer cualquier cosa por él, ¿te queda claro? Así que no me vengas ahora con remordimientos y estupideces de las tuyas.

Acto seguido, se dio la vuelta y le dejó con la palabra en la boca. Entonces tuvo la certeza de que le estaba ocultando algo que no sabía si quería conocer.

CAPÍTULO 24

Un viaje

Principios de marzo. Año actual.

Trenton estuvo de acuerdo en acompañar a Bill. Incluso se sintió halagado de que se lo pidiera. Era una muestra de confianza incontestable. Desde finales de octubre hasta el presente, todo había cambiado de forma significativa. Le parecía mentira que aquel hombre de semblante aparentemente serio hubiera sido capaz de ganarse su respeto como lo había hecho.

Poco a poco fue descubriendo que Bill, en realidad, tenía un gran sentido del humor y era muy risueño fuera del terreno laboral. Era dicharachero y divertido cuando se sentía en un ambiente de confianza, pero en el trabajo procuraba mantener esa seriedad que creía necesaria, tal vez, para ser respetado.

La relación entre ellos era excelente en ese momento. Tenían una clara complicidad y se entendían a la perfección sin necesidad de mucha palabrería. Atrás quedaron las reticencias que Trenton tuvo al principio, cuando estaba convencido de que el agente de origen italiano no era apto para ese cargo. Había demostrado justo todo lo contrario. Tenía magníficas dotes para gestionar un equipo. Le gustaba su nuevo jefe. Reconocía que había sido capaz de enderezar el rumbo de una nave que iba a la deriva. Escuchaba y se hacía escuchar, algo que era difícil no valorar. Todos en cierta medida queremos sentir que nos tienen en consideración. Y él lo hacía de manera sincera.

Iba pensando en todo aquello hasta que algo captó su atención, olvidando todo lo demás.

—¡Qué interesante! —dijo de pronto Trenton cuando iban por una de las avenidas principales de Washington.

—¿A qué te refieres? —preguntó Bill que estaba en ascuas.

—A esa conferencia que anuncian en el instituto smithsoniano. Soy un fan de la ciencia, ya lo sabes. He leído mucha bibliografía acerca del proyecto genoma humano y de los avances que puede traer a la medicina el CRISPR/Cas9.

—Pues ilumíname, porque no entendido una gran parte de lo que acabas de decir. En primer lugar, ¿a qué conferencia te refieres?

—Se llama "*Edición genética. ¿Futuro o presente de la medicina? Los avances en bioingeniería con CRISPR/Cas9*".

Bill se dio cuenta en ese instante de que hablaba del mismo cartel

que le llamó la atención a él cuando acudió a Washington a reunirse con los jefes. Cuanto menos, resultaba curioso.

—No he leído nada al respecto.

—Bueno, pues podemos venir, si te interesa. A mí, desde luego, me apetecería muchísimo. El conferenciante, además, es un tipo muy polémico entre sus colegas científicos. Sus charlas son muy amenas y esclarecedoras. Es más, no tiene pelos en la lengua y es de los que me temo que, si no hubiera tanta regulación al respecto, traspasaría cualquier límite ético o moral que se le plantease sin despeinarse siquiera. Es una pasada escucharle. Yo le he visto en alguna conferencia ya y en varios TED a los que ha acudido.

Bill reflexionó sobre aquello. Parecía un tema atrayente, aunque él era lego en aquel asunto. Nunca estaba de más aprender.

—Antes de decidirme si acompañarte o no, me gustaría que me contaras un poco más sobre ello. Ahora mismo, te aseguro que todo lo que me has dicho me suena a chino —confesó con una sonrisa.

—El tema es largo, aviso.

—Todavía nos quedan unos minutos para llegar. ¿Qué te parece un resumen? —dijo Bill girándose levemente hacia él para no quitar la vista de la carretera más del tiempo imprescindible.

—Muy bien, lo intentaré. No te voy a decir lo que significan las siglas porque eso sí que te volvería loco.

—Si no es fundamental, entonces mejor no.

—Muy bien. A ver cómo te lo explico. Digamos que, de manera casual, un científico español detectó unas secuencias repetidas en el ADN de unas bacterias que estaba estudiando y aquello le llamó mucho la atención. Supuso que debían cumplir una función importante para la célula. Y estaba en lo cierto. Podría decirse que fue un visionario. De hecho, es a quien se debe el nombre de CRISPR.

—Suena interesante, de momento.

—Lo es y no sabes hasta qué punto. Hay toda una guerra de patentes alrededor, puesto que ha dado lugar a una técnica de edición genética que puede revolucionar el campo de la medicina.

—¿En qué modo? —preguntó intrigado.

—Bien, imagínate que te detectan un tumor y te diagnostican un tipo de cáncer. Ya sabrás que estos tumores se producen por errores en la replicación del ADN. Con el CRISPR/Cas9 lo que se hace es cortar el trozo de material genético que contiene el fallo y lo sustituye por la secuencia correcta.

—¿En serio?

—En serio. De hecho, se le conoce comúnmente como el "*cortapega*" genético. Puede ser una auténtica revolución pues se considera que sería el procedimiento más fácil y barato para curar un buen número de enfermedades.

Bill estaba alucinado por dos cosas. Por un lado, aquel tema le parecía asombroso. Por otro, le resultaba increíble que Trenton supiera tanto sobre aquello. No daba la sensación de ser un hombre demasiado interesado en esos temas, aunque había demostrado que era extremadamente inteligente.

Se dio cuenta con pesar de que se había dejado llevar por sus prejuicios, pues Trenton tenía un cuerpo muy trabajado en el gimnasio y eso le condujo a pensar que no le interesarían asuntos científicos como aquel. Cuántas veces caemos en pensamientos automáticos semejantes a ese. Y pese a la primera impresión que tuvo de él cuando le conoció, reconocía que no era como esperaba, puesto que, aun con su desconfianza inicial, Trenton siempre había demostrado compromiso con el equipo y ganas de remar a favor para que las cosas fueran bien.

Incluso sin saber qué sucedió concretamente para que obligaran a dimitir al anterior jefe de equipo, Bill se había dejado influenciar por aquello. El polvorín que creyó que iba a encontrar no era tal. Solo era un grupo de buenos agentes deseando hacer su trabajo con tranquilidad.

Giró a la derecha en la siguiente bifurcación. Habían llegado al lugar en el que quedaron con Brendan Tootsie.

CAPÍTULO 25
Un café

Principios de marzo. Año actual.

Segundos después, aparcaron el vehículo en las inmediaciones del lugar en el que habían quedado con el jefe de policía de Baltimore. Dejaron el coche en un parking público cercano y entraron en aquella cafetería que Bill conocía bien y en la que sabía que podrían hablar con calma y privacidad.

Nada más entrar, oteó el interior del local y enseguida vio al hombre con el que habían quedado. Se acercaron a la mesa e hicieron las oportunas presentaciones.

—¿Jefe Tootsie? —preguntó para cerciorarse.

—El mismo. Supongo que usted es el agente especial Bill Sucher… —respondió, intentando pronunciar su apellido. Siempre le sorprendía aquello. No era tan difícil.

—Zucherinni.

—Eso, se me había olvidado. Lo siento. No soy bueno recordando nombres. Ya sé que debería hacerlo por mi trabajo pero…

—No se preocupe. Me pasa con más frecuencia de lo que puede imaginar. Le presento a uno de los agentes de mi unidad, Trenton Sacher.

—Encantado —dijo este, ofreciéndole su mano derecha para estrechársela.

—Tienen dos apellidos poco comunes, supongo que lo saben. Sacher es un apellido originariamente francés —comentó Tootsie, aunque el suyo tampoco es que fuera de lo más corriente precisamente.

—Lo sé —contestó Trenton—. Pero fue adaptado al inglés hace ya varios siglos.

—Cierto. Bueno, no les entretendré con digresiones que no vienen a cuento. ¿Les pido algo para beber? —se ofreció, al tiempo que le hacía una señal con la mano al camarero para que se acercara a la mesa.

Pidieron tres cafés con leche y conversaron de algunas banalidades hasta que se los llevaron.

—¿Te parece bien si nos tuteamos? —le preguntó Bill.

—Perfecto. Creo que eso hace más fácil conversar.

Trenton asintió.

—Estamos muy intrigados, Brendan, con lo que me contaste ayer. Ya me parece descabellado que hayan desaparecido tres niños en tu distrito en tan poco tiempo, pero lo que sugeriste de en torno a cincuenta me parece desorbitado.

—Lo sé. De momento, estamos comprobando la veracidad de la información. Para ello, tengo a alguno de mis agentes contactando con otros departamentos policiales para verificar los datos que se hallan en nuestro poder.

—Me intriga mucho esa larga historia que decías que tenías que contarme con relación a este caso. Dijiste que creíais que habían desaparecido. ¿Quiénes lo creéis, aparte del Sheriff al que nombraste y tú mismo?

El policía suspiró sonoramente.

—Verás, Bill, creo que mi fuente es fiable, de acuerdo. Se trata de un trabajador social que supervisa los casos que se atienden en su demarcación, la cual coincide con la mía, más o menos.

—Sigo sin entender —le hizo ver el jefe de la U.A.C.

—Déjame que os lo explique —dijo mirando alternativamente a Bill y a Trenton—. Según me contó, en diciembre, cuando estaba haciendo los informes de cierre de año, se topó con un expediente en el que se recogía la desaparición de un niño con el que él había trabajado de manera estrecha en el pasado. Se denunció su ausencia en el mes de octubre.

—No lo entiendo —comentó Tretnton—. ¿Cómo es posible que siendo el supervisor de zona no se haya enterado hasta diciembre?

—Eso mismo le pregunté yo. Me dio varias explicaciones que me parecieron convincentes. Por una parte, ha asumido el cargo hace relativamente poco tiempo, por lo que está abrumado con la cantidad de trabajo que se le ha venido encima. Es un distrito con mucha problemática social y, por lo que me contó, su nuevo puesto implica abundante burocracia. Además, cada trabajador social gestiona sus propios casos y hace el oportuno seguimiento. Él no tiene que intervenir, salvo que haya alguna queja o demanda.

—Vale, hasta ahí lo entendemos —señaló ahora Bill—. Entonces, al hacer el informe de final de año se entera de que hay tres denuncias de desaparición, ¿correcto?

—Correcto.

—Ahora bien, ¿de dónde salen los otros posibles cuarenta y siete casos?

—De una corazonada.

—¿Está de broma? —preguntó incrédulo Trenton. No podía ser verdad que estuvieran ahí porque un trabajador social hubiera tenido una corazonada. Bastante lío atrasado tenían en su unidad, como para encargarse de algo así. No le parecía bien que alguien creyera que

podían dedicar una mañana a investigar un caso basado en un simple presentimiento.

Poco después se daría cuenta de que se había precipitado al pensar así.

—Me explico. Cuando descubrió que habían desaparecido tres niños de su distrito en un corto plazo de tiempo, se preguntó si habría pasado algo similar en otras zonas. Y ahí comenzó su búsqueda.

CAPÍTULO 26
Una decepción

Principios de enero. Año actual.

La actividad febril de aquella oficina de policía no le sorprendió. Estaba ubicada en un distrito en el que había bastante delincuencia y mucho tráfico de drogas. Lo sorprendente habría sido justo lo contrario, encontrar un espacio desierto con los funcionarios sin apenas trabajo que realizar. Sin duda, allí no había cabida para el aburrimiento.

—Buenos días, soy Kurt Rendell. Soy trabajador social —explicó, mostrando una identificación que así lo atestiguaba—. Me gustaría hablar con los agentes que estén al cargo de la desaparición de Matthew Anders.

El policía que estaba en la recepción se ajustó las gafas y se acercó a ver la identificación que le mostraba aquel hombre de mirada diáfana. Resultaba obvio que el agente no veía demasiado bien, puesto que a pesar del gesto realizado, entrecerró ligeramente los ojos para enfocar.

—Déjeme que pregunte, a ver si averiguo quién está al cargo y si pueden hablar con usted en este momento. Puede esperar ahí, si está más cómodo —le dijo, indicando un banco de cinco sillas de plástico de aspecto dudoso.

—Estoy bien aquí, no se preocupe. Esperaré.

—Como usted quiera.

El policía descolgó el auricular del teléfono fijo que tenía en el mostrador y marcó una extensión. Kurt escuchó cómo preguntaba al que le respondió al otro lado. Este debió hacer también las oportunas indagaciones. El hombre le miró alzando las cejas, haciendo un gesto con la mano para que aguardara un poco más.

—Muy bien. Se lo digo ahora mismo. Gracias, colega.

Kurt se acercó nuevamente, presuponiendo que hablaría con él en ese momento.

—Pues bien, me han dicho que los dos agentes que llevan el caso vienen de camino, así que podrá hablar con ellos en unos diez minutos, más o menos, salvo que surja algún aviso que tengan que atender.

—De acuerdo. Esperaré entonces. Muchas gracias por su ayuda.

Los diez minutos se convirtieron casi en cuarenta, pero Kurt estaba

decidido a no irse de allí hasta que lograse hablar con ellos. Cuando les notificaron a su llegada que les estaba esperando, lo llevaron a una sala de interrogatorios desocupada para poder hablar sin interrupciones y en privado.

Kurt les hizo un resumen de lo que sabía hasta la fecha.

—Sentimos decirle que no hemos encontrado ni rastro del niño. Primero barajamos la posibilidad de que, debido a que la madre era drogadicta, tal vez algún camello estaba extorsionándola por alguna deuda y se había llevado al niño. Pero no averiguamos nada al respecto. También pensamos que igual estaba colocada y le había hecho algo. Le hicimos el test de drogas y dio negativo.

—Yo mismo supervisé su rehabilitación en su momento. Me sorprendería mucho que fuera así.

—Sí, bueno, ya sabe. Gran cantidad de gente que parece estar desenganchándose bien acaba recayendo otra vez. No es fácil salir de eso —dijo el agente más joven.

Kurt sabía que tenía razón. En sus primeros años, trabajó en un centro de desintoxicación y el porcentaje de éxito no era halagüeño. Muchos recaían pasados los meses.

—Recorrimos la zona por la que se le vio por última vez —continuó explicando el policía—. Preguntamos por el vecindario por si alguien había visto algo, pero no hubo suerte. El niño se esfumó, sin más. Barajamos la teoría de que se lo llevaron en un coche o una furgoneta. Era un crío menudo, así que supongo que no les costaría demasiado.

Kurt estaba desolado. Todo indicaba que había sido algo realmente sencillo, cosa que le indignaba poderosamente. Los policías le estuvieron contando algo más acerca de las entrevistas que habían realizado, incluido el casero del edificio en el que vivían madre e hijo.

Aunque ya se estaba haciendo tarde, se dirigió hacia donde residía Caroline, la madre de Matty. Tardó unos quince minutos andando desde donde se encontraba la oficina de policía.

Cuando llegó, el portero le recibió con mirada desconfiada. Había entrado sin llamar, puesto que justo en el momento que Kurt llegaba, salía una señora de edad avanzada.

—Amigo, ¿puedo ayudarle en algo? —indagó con cara de malas pulgas.

—No, gracias, vengo a ver a una amiga —respondió de forma inocente.

—Me parece muy bien, pero aquí tendemos a no dejar pasar sin más a la gente. Le agradecería que llamase al portero automático de la persona que viene a visitar y, si ella le abre, entonces yo no le pondré ninguna traba.

Kurt pensó que aquel hombre era un hueso duro de roer. Eso

estaba bien. Era evidente que le importaba hacer bien su trabajo.

—Mire, le seré sincero —dijo al tiempo que sacaba del bolsillo de su pantalón la cartera en la cual guardaba su identificación—, soy trabajador social. Llevé durante mucho tiempo el caso de Matty y Caroline. Me he enterado de lo sucedido y quiero ayudar, eso es todo.

El hombre revisó de manera minuciosa la identificación que le mostró. Cuando se cercioró de que era veraz o, al menos, lo parecía, se relajó y comenzó a hablar.

—Yo estaba con ella cuando llamó a la policía para poner la denuncia. En realidad, fui quien la animó a que lo hiciera. No quería llamar, decía que pensarían que es una mala madre y que le quitarían al crío para siempre. Fue muy triste, la verdad. Pero había que hacerlo porque no había ni rastro de él.

—¿Cómo se encuentra ahora?

El hombre dudó qué decir a continuación.

—¿Qué consecuencias tendrá para ella que se lo diga?

—Ninguna. Yo ya no llevo su expediente. Solo quiero ayudar. Pretendo investigar por mi cuenta lo que ha pasado, a ver si logro averiguar algo y encontramos al pequeño Matty. Ese es mi único objetivo.

—Pues, si le soy sincero, desde luego necesita que alguien la eche un cable porque ha vuelto a las andadas, ya sabe a qué me refiero —dijo con un gesto que evidenciaba a qué podía estar aludiendo—. Desde que el niño no está, se ha consumido y ha recaído. Es lamentable lo que les ha pasado.

Kurt sintió que una losa pesada le caía encima. Después de todo el trabajo y del esfuerzo, Caroline había vuelto a la casilla de salida.

—Aun así, me gustaría verla —insistió.

El señor Rubens le acompañó hasta la entrada de la vivienda en la que estaba Caroline. Después de un largo rato llamando a la puerta y diciéndole que había venido alguien a verla, finalmente esta se entreabrió. La mujer escudriñó a través de una pequeña rendija quiénes eran sus visitantes. Cuando les reconoció, la abrió del todo.

Kurt se quedó estupefacto al ver el aspecto que tenía el interior del piso. El desorden era manifiesto y había suciedad por todas partes. Caroline estaba incluso peor que cuando tuvieron que retirarle la custodia de Matty. Él se sintió desolado de ver que todo el esfuerzo realizado había terminado por ser en vano. La vida había decidido quitarle esa segunda oportunidad que se ganó arrancándole a su pequeño.

Caroline estaba tan colocada que apenas podía hablar, mucho menos era posible sacarle información que tuviera cierta coherencia. Solo lloraba y repetía sin cesar «*alguien me ha robado a mi pequeño*».

Kurt sintió una determinación que no había experimentado antes.

Llegaría hasta el fondo de aquella cuestión, costase lo que costase.

CAPÍTULO 27

Una Corazonada

Principios de enero. Año actual.

Por aquel día había tenido bastante. Se dirigió a un bar a tomarse una cerveza. Todavía tenía que investigar lo sucedido con las otras dos desapariciones de niños en su distrito. En el caso de la pequeña Hailey, estaba bastante claro que se trataba de un secuestro, puesto que la abuela fue golpeada cuando iba con la niña, quedando inconsciente. Después, no se supo más de la pequeña.

Por lo que le habían contado en la comisaría cuando llamó, la abuela fue trasladada al hospital y permaneció ingresada varios días debido a la fuerte contusión. Fueron los cuidadores del hogar de acogida los que interpusieron la denuncia al ver que la niña no había regresado a la hora pactada.

En el caso del pequeño Joey, todo era mucho más confuso. Los padres estaban absolutamente colocados cuando la policía habló con ellos y no eran capaces de determinar cuándo había sido la última vez que vieron a su hijo.

Tres niños en situación de extrema vulnerabilidad habían desaparecido en su zona. Entonces volvió con más fuerza aquella corazonada que ya tuviera en su momento y que, poco después, desechó. Tenía que comprobarlo. No podía quedarse con esa duda en su interior.

Dejó un billete de diez dólares sobre la barra junto con la cerveza casi intacta. Desde luego, una propina excesiva. Tenía que meterse en la base de datos e investigar si se habían producido más desapariciones como aquellas en otras áreas de Baltimore. Si encontraba más coincidencias, llamaría a sus colegas para que le contaran lo sucedido.

Sin embargo, cuando regresó a la oficina, estaba esperándole el concejal de asuntos sociales del ayuntamiento con un encargo urgente. Se trataba de algo en relación a un proyecto que querían poner en marcha.

Kurt se sintió frustrado ante toda aquella burocracia que retrasaba, e incluso paralizaba en algunos momentos, lo verdaderamente importante. No le quedaba más remedio que posponer lo que más le preocupaba en aquel instante.

No lograba concentrarse. Aquella corazonada no le dejaba en paz. ¿Y si estaban desapareciendo niños en situación de desventaja delante del personal de servicios sociales que llevaba los casos? Tenía la esperanza de equivocarse y de que las tres desapariciones de las que

tenía constancia fueran las únicas.

Rezaba porque fuera así.

En ningún momento llegó a imaginar que su corazonada le llevase tan lejos y descubriera algo de tal magnitud.

CAPÍTULO 28

Una monstruosa realidad

Finales de enero y principios de febrero. Año actual.

Había ido encontrando ratos sueltos en los que investigar, muchos menos de los que le hubiera gustado. Estaba bajo tal montaña de trabajo, que apenas podía sacar la cabeza para ver la luz. Sin embargo, el motivo era demasiado importante como para dejarlo aparcado. Dedicaría todas las horas que fuesen necesarias porque, si no lo hacía él, nadie más lo haría.

Al principio, no halló nada relevante en los archivos. No era sorprendente. La cantidad de información que había en la base de datos era tan inmensa, que aquello que él pretendía localizar era como buscar una aguja en un pajar. Además, el programa que manejaban, no filtraba por términos como desapariciones, secuestros o algo similar, puesto que no eran archivos policiales. Era demasiado restrictivo y solo funcionaba bien si utilizabas las palabras claves adecuadas.

Hubo un momento en el que estuvo a punto de rendirse. Bastante tenía ya con sus tareas como para empezar una cruzada que no sabía si llevaría a algún lado. De vez en cuando, llamaba a las comisarías por si contaban con novedades sobre los niños desaparecidos de los que tenía constancia, pero lamentablemente no había avances.

Cuando ya enero daba sus últimos coletazos, se encontró con un expediente que le llamó la atención. En este caso, se trataba de dos gemelas con síndrome de Rett. Ambas habían desaparecido a finales de diciembre, cuando la madre estaba a cargo de ellas. Era una madre negligente, que tenía varios expedientes abiertos por ese motivo, pero a la que no le llegaron a retirar la tutela de las menores porque no había suficientes pruebas de ello ni se había considerado necesario llegar a ese extremo.

La denuncia inicial vino por parte del colegio, como suele ser frecuente, pero cuando la visitaron en el hogar, todo parecía perfectamente normal. Se le había asignado una trabajadora social que llevaba el caso y les hacía el seguimiento. Tomó nota del nombre para llamar a su demarcación y preguntar por ella para pedirle información del caso.

Poco a poco, como si la suerte hubiera cambiado de pronto, halló otros seis expedientes de críos de los que no se había vuelto a saber nada desde hacía tiempo. Todos habían desaparecido entre los meses de noviembre y diciembre. Justo después que Matty, Joey y Hailey.

Todos aquellos niños tenían detrás una historia familiar cruda y

todos estaban en seguimiento por alguna demarcación de Servicios Sociales de Baltimore.

Aquello le animó a seguir adelante con sus pesquisas. No obstante, dentro de su pecho anidó un miedo visceral a descubrir una realidad todavía más tenebrosa que la que estaba destapando. Diez niños supervisados por asuntos sociales y que hubieran desaparecido en Baltimore en tan poco tiempo le resultaba un hecho espeluznante. Se preguntó si aquello era un mal endémico de la ciudad o trascendía sus límites fronterizos.

Llamó a los trabajadores sociales encargados de cada caso para conocer un poco la situación previa de los pequeños. Habló también con las comisarías que habían registrado las denuncias. No había rastro de ninguno. Las investigaciones estaban ubicadas en distintos departamentos de policía. Cada uno de ellos estaba tras la pista de uno o dos niños como máximo, salvo la de los tres casos que él conocía. Era en cierta medida comprensible que no hubieran saltado las alarmas. No habían cruzado los datos y no tenían la menor idea de que estaban sucediéndose desapariciones en un breve espacio de tiempo en distintas áreas de la ciudad.

Aquello hizo que se planteara una nueva pregunta. ¿Y si estaban ocurriendo cosas similares en otras localidades del mismo estado?

Valía la pena intentarlo.

CAPÍTULO 29

Una cifra

Principios de marzo. Año actual.

Bill y Trenton escuchaban con atención el relato del jefe Tootsie. Les parecía increíble que una sola persona hubiera ido atando los cabos a raíz de una simple corazonada.

—¿Qué hizo entonces? —preguntó intrigado Trenton.

—Varias cosas. Hay que reconocer que este hombre, cuando persigue algo, no ceja en el intento hasta que lo consigue —reflexionó el policía con cierta admiración—. En primer lugar, lo que hizo fue hablar nuevamente con los diferentes agentes que estaban investigando las distintas desapariciones para darles a conocer que podían estar relacionadas.

—¿Fue entonces cuando descubrió los restantes casos? —indagó Bill.

El jefe de policía hizo una breve pausa antes de responder.

—No estoy orgulloso de lo que voy a decir, pero la realidad es que ninguno le dimos demasiado crédito. No en ese instante, al menos. Baltimore tiene un nivel de delincuencia muy alto y no damos a basto.

—Lo comprendo, pero estamos hablando de niños —señaló el jefe de la U.A.C.

—Lo sé. Y seguíamos investigando los casos, cada uno en nuestra zona, pero no aparecía ningún hilo del que tirar. Nos pareció descabellado lo que sugería. No había base para pensar que estuvieran relacionadas las distintas desapariciones. Además, seguro que sabéis cuántos niños desaparecen al año en Estados Unidos.

—Más de trescientos sesenta y cinco mil el último año —respondió Trenton con seguridad—. No obstante, ahí se contabilizan todos los menores y se incluyen en el recuento aquellos cuya notificación se produce más de una vez, por ejemplo, cuando se han escapado de casa y vuelven.

Brendan Tootsie se quedó boquiabierto. No imaginaba que el número fuera de ese calibre.

—Entonces, disculpadme, pero creo que hasta era normal que no nos alarmásemos con esas cifras. No es que me esté justificando, pero…

Los dos agentes le miraron con dureza. En realidad, no querían entenderlo, aunque no podían evitar hacerlo. Cuando los recursos son limitados y las demandas están muy por encima de lo que puedes abarcar, terminas por atender lo más urgente o, como mínimo, lo que más ruido hace en cada instante, relegando otros asuntos de manera

inevitable. Esos niños que habían desaparecido podían estar en cualquier parte.

Peor aún, podían estar muertos.

No merecía la pena juzgar y culpabilizar a aquel hombre. Lo que necesitaban era que les diera más datos y saber qué es lo que esperaba de ellos.

—¿Qué sucedió después? —le animó Bill a continuar.

—Por supuesto, este hombre, Kurt Rendell, siguió investigando por su cuenta. Debo reconocer que tiene mérito lo que ha hecho. Se puso a buscar en las bases de datos en las que tenía acceso gracias a su trabajo. Indagó acerca de más casos de niños desaparecidos de los que estaban en seguimiento por los Servicios Sociales de distintas localidades. Tiene acceso a esos datos gracias a que es un supervisor de zona, puesto que, de lo contrario, solo podría haber consultado los expedientes que tuviera asignados.

—Comprendo —asintió Bill.

—¿Y qué descubrió? —preguntó esta vez Trenton.

—Por un lado, encontró que en Maryland se habían denunciado más desapariciones en ese mismo plazo de tiempo. Al menos, otros dieciséis casos.

—¿En los mismos meses?

—Exacto. Pero no se conformó con eso. Como ya les he dicho, tenía una corazonada.

*

Toma de decisiones

“La ciencia que se aparta de la justicia,
más que ciencia debe llamarse astucia”.
(Cicerón)

CAPÍTULO 30
Una cabezonería

Mes de febrero. Año actual.

Kurt se sintió profundamente decepcionado cuando, después de todo el esfuerzo realizado y de poner al corriente a los diferentes agentes, estos le contestaron que las investigaciones seguirían siendo independientes. No veían motivos para desplegar un dispositivo. Nada sustentaba que los casos estuvieran relacionados. Lo sentían mucho, pero las cosas funcionaban así. Sin más evidencias, poco podían hacer.

Atravesó un momento de desolación en el que pensó en rendirse. Al fin y al cabo, él solo era una gota en medio del océano. ¿Qué podía hacer para cambiar las cosas? Realmente poco. Él no era nadie importante, nadie a quien quisieran escuchar. Solo era una pieza más del sistema, otra cifra sin rostro.

Tal vez olvidaba que, a veces, una sola gota hace que rebose el vaso.

Sin embargo, enseguida se convenció de que no podía quedarse de brazos cruzados. Si lo hacía, era como abandonar a esos niños y a sus familias. Él no era así. Creía en su trabajo, por mucho que, a veces, en los momentos más bajos y más decepcionantes, llegase a pensar que no servía para nada, que no era más que un engranaje más de la gigantesca maquinaria de la burocracia.

Tendría que darle algo más a la policía para lograr que estos reaccionasen. Tal vez si volvía a intentarlo pero, esta vez, con mayor peso en la información que aportara, quizás entonces le hicieran caso. Además, en una de las comisarías sí que recibió la atención del jefe de policía. Se trataba del departamento de Baltimore Oeste. Se dio cuenta de que aquel hombre sí mostraba preocupación por lo que le transmitía, pero parecía estar sobrepasado por la cantidad de denuncias que se producían a diario.

Aquella noche lo habló con su pareja. Necesitaba desahogarse y que alguien le insuflara ánimo.

—Kurt, tienes que dormir más y descansar. Últimamente apenas te veo. Entre mis cambios de turno y que tú no paras de echar horas en el trabajo, ha llegado un momento en el que parece que vivimos en una pensión más que en un hogar.

—Lo siento, Don. Esto me está absorbiendo la energía. Me falta tiempo para todo lo que tengo que hacer.

—¿Sigues con lo de los niños desaparecidos?

Kurt asintió con la cabeza.

—Ya. Lo comprendo. Es una mierda, desde luego. Esos pobres críos ya han tenido bastante en la vida y encima ahora alguien se los ha llevado.

—Bueno, no podemos estar seguros de que alguien se los haya llevado en todos los casos, pero desde luego tiene pinta de que es así.

—¿La policía ha averiguado algo? —preguntó su pareja.

Kurt resopló mostrando su indignación.

—La policía parece pasar del tema. Y no lo entiendo, te lo juro. Hablamos de niños de los que no se ha vuelto a saber nada. Debería ser la prioridad número uno.

—Lo sé, lo sé. Sin embargo, cariño, igual tienes que pensar que no es que no quieran hacerlo, sino que no llegan a todo. Este jodido mundo está muy mal. Cada día se cometen más delitos.

—¿Vas a ponerte de su parte? —le preguntó con disgusto.

—Por supuesto que no. Pero tú también me dices que hay casos de familias desestructuradas a los que no llegáis a atender porque os faltan recursos. Y da igual lo que tú le cuentes a tus superiores. No dais más de sí. Alguna vez me lo has dicho, o los niños en el hogar están medio muertos de inanición, o no os dan más recursos para llegar a esos casos que se encuentran un poco en el limbo porque, aunque no son bien atendidos por sus familias, tampoco están desahuciados.

Kurt miró hacia otro lado. Esa era una parte de su trabajo que detestaba. Todo se reducía al dinero y a los malditos presupuestos que nunca llegaban a cubrir ni mínimamente las necesidades de asistencia social que había en su zona.

—Tengo que dar con algo para conseguir hacer salir del letargo a la policía. Además, hace tiempo que tengo la intuición de que está pasando algo gordo detrás de esto, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

El trabajador social pensó un segundo cómo decir aquello. Era su pareja y confiaba plenamente en él, pero tampoco quería que le tomase por paranoico.

—A que están desapareciendo niños de unas características muy concretas en Baltimore y tengo la intuición de que en todo el estado. No sé, Don, pero de verdad que me da la sensación de que se está cociendo un asunto muy feo detrás de todo esto. ¿Por qué tantos pequeños vulnerables? Y me apuesto algo a que hay críos desaparecidos de los que no tenemos constancia. Tal vez, habrá niños de los que nunca sepamos que se han esfumado.

—Pues no te rindas. Sigue investigando. Igual puedes hablar también con otros supervisores de los estados colindantes, por si

trasciende a Baltimore y el estado de Maryland. Eso sí que sería algo que no podrían obviar. También puedes acudir a los medios de comunicación si siguen sin hacerte caso.

Don le había dado dos grandes ideas. Si lograba que compañeros en un cargo similar hicieran alguna indagación acerca de casos similares acontecidos en sus estados, entonces tendría algo tan grande que ningún organismo podría mirar para otro lado. La opción de acudir a los medios también era una gran idea. No hay nada que asuste más que convertirse en el objetivo de la prensa.

Y así lo hizo.

Gracias a toda la información que localizó en las búsquedas que había realizado en la base de datos, aprendió a través de qué palabras clave podía hacer un filtro más efectivo. Ahora invertía mucho menos tiempo en llegar a información similar. Si encontraba algo sustancioso, ya tendría argumentos suficientes para convencer a sus homónimos de otras localidades y estados para que le ayudasen.

Pronto descubrió que, efectivamente, se estaban dando más casos dentro del mismo estado en otras localidades más pequeñas. Amplió la búsqueda a los estados colindantes y, poco a poco, fueron apareciendo más casos en Virginia y en Washington D.C. Aquello era apabullante.

Comenzó a recopilar toda la información posible e imprimirla. Con los años había aprendido que, cuanto más gorda es la carpeta de expedientes, parece que más caso te hacen. Iba a llevar una tan grande que necesitaría un carro con ruedas para transportarla.

Kurt era un hombre muy agradable y simpático. Estaba seguro de que podría convencer a otros compañeros para que le echaran una mano. De las tareas más tediosas se encargaría él. Solo necesitaba un hilo del que tirar para encontrar el resto de la información que precisara.

Vinieron días de extenuante trabajo de documentación y recopilación de datos. Pero, por encima de todo, lo más agotador fue descubrir a cuántos pequeños se les estaba dando por perdidos sin hacer nada por evitarlo.

Había que detener aquello.

Había que detenerlo ya.

CAPÍTULO 31
Una intención

Principios de marzo. Año actual.

Las aguas se habían calmado. La ex inspectora Jennings había dejado de pensar en aquella nota que le entregaran el pasado mes de enero. Sin embargo, alguien en la sombra no pensaba dejarlo estar. Esa nota era solo un mensaje. El primero de muchos. Hacía tiempo que llevaba tramando el segundo paso. Y sobre todo, su objetivo final.

Kisha seguía impartiendo sesiones de formación a nuevos agentes, no solo en la academia de Quantico, sino también en delegaciones de policía de otros estados. En estos lugares, acudían también oficiales con años de experiencia que querían seguir mejorando en su trabajo. Le estaba resultando una ocupación sumamente enriquecedora.

Descubrió que aquella era una tarea que le entusiasmaba. Además, colaboraba con algunos departamentos pequeños y algunas oficinas del Sheriff que requerían sus servicios como asesora. Bill la había ayudado a abrirse camino, pero en realidad, las formaciones dentro del FBI solo constituían una pequeña parte de las labores que realizaba en el presente.

Aquella persona en la sombra responsable de la primera misiva, seguía sus pasos de cerca. Estaba estudiando sus movimientos y cuándo sería más adecuado dar la siguiente estocada. De momento, no había ninguna prisa.

Kisha llevaba a cabo muchos viajes sola, en los que pernoctaba en distintos hoteles con niveles de seguridad variable. Algunos de ellos eran moteles de carretera a los que era muy fácil acceder sin ser visto. Las opciones se multiplicaban con cada desplazamiento.

No obstante, no entraba en sus planes atacarla por el momento. Solo tenerla controlada y conocer sus movimientos.

Meterla un poco de miedo otra vez, quizás.

Observar su reacción.

Valorar las repercusiones.

Mantener las distancias.

Se trataba de, progresivamente, ir sembrando el terreno, desestabilizarla. Conocía algo con relación a sus problemas mentales del pasado, el tratamiento seguido con un reputado psiquiatra de California, su debilidad con el alcohol en los momentos difíciles… Podía parecer que estaba bien, pero uno nunca se acaba de recuperar

de esas cosas del todo. Siempre hay una posibilidad de recaída.

Había que intentar llevarla poco a poco al límite. Ella era una herramienta para otro fin mayor. Tal vez no tuviera la culpa, tal vez no se lo mereciera… Pero ese no era su problema.

Tendría que coordinar bien los tiempos.

Hacer todo aquello sin ayuda no era sencillo, aunque tampoco tenía prisa.

CAPÍTULO 32

Un experimento

Principios de marzo. Año actual.

Se encontraba revisando algunos datos de la investigación que estaba llevando a cabo cuando sonó el teléfono que le habían dado. Era uno de prepago en el que solo tenía un número grabado. No se trataba de un *smartphone*, sino de un sencillo móvil de los de tapa que ya prácticamente ni se fabricaban. Le habían dicho que esa era la única línea de comunicación segura. No debían hablar ni a través del fijo que tenía en su despacho ni de su teléfono personal.

Le daba la impresión de que aquello era exagerado. No sentía que estuviera haciendo nada malo, pero hacían que pareciera algo sórdido que había que ocultar. No era estúpido, no pensaba airearlo sin más. Entendía que todo lleva su tiempo y que la sociedad no estaba preparada para escuchar lo que él tenía que contarles. No obstante, seguía valorando si hablar de su experimento con el caso del pequeño que sufría distrofia muscular.

El padre era un remilgado. A pesar de que fue él quien le contactó en un primer momento, no tenía arrestos y ya se había percatado de que, en cierta medida, se arrepentía de la decisión tomada. Era un desagradecido. Lo que le parecía más triste es que trabajara en un campo relacionado con el suyo y que no se diera cuenta de la grandeza de lo que hacían. Además, era su hijo. ¿Qué más podía pedir cuando estaban consiguiendo un cambio notable en su enfermedad? Se encontraba muy cerca de descubrir qué tenía que hacer concretamente para curarlo de manera definitiva. Al menos, eso era lo que creía.

La madre, por el contrario, era otra historia. No le tenía miedo a nada. Se había comprometido desde el principio y se había convertido en un activo de gran valor. De hecho, ella estaba facilitando mucho las cosas. Además, era una mujer atractiva. Todo unido había llevado a que tuvieran una aventura que estaba resultando de lo más excitante. El pardillo de su marido ni se olía lo que ocurría y no solo en lo referente a su escarceo amoroso.

En un pasado no muy lejano, cuando ellos comenzaron sus respectivas carreras en campos conectados, incluso había llegado a experimentar cierta admiración por lo que hacía. Era un hombre brillante con una capacidad para ver más allá. Ahora se avergonzaba de haber sentido dicha admiración por aquel panoli sin personalidad alguna.

—¿Qué sucede? —dijo contestando al teléfono.

—Está preparado.

—¿El laboratorio y la sala de cirugía? Ya sabes que tiene que estar todo lo necesario.

—Todo. Y tenemos a los críos.

—Perfecto. ¿Cuándo empezamos?

—Esto es para ayer, ya lo sabes. No hay tiempo que perder. Te queremos aquí cuanto antes. Tendrás que dejar tu puesto en la universidad unos meses.

—Veré cómo me las arreglo, pues no puedo abandonar mi trabajo en estos momentos. Además, tengo la conferencia en unos días. Levantaría sospechas si desaparezco sin más. Acabaré el curso y este año compaginaré las dos labores. Será lo mejor por ahora.

—Sobre ese tema también queríamos hablar. Me refiero a la conferencia —aclaró, haciendo una pausa—. Ten mucho cuidado con lo que dices. Confiamos en que no te vayas de la lengua.

—No soy ningún estúpido, más vale que no lo olvidéis. Igual que os conviene recordar que sin mí no tenéis nada. Yo soy la clave de todo esto.

El otro resopló al otro lado de la línea, posiblemente aguantando un exabrupto. El doctorcito tenía un ego tan grande que le convertía en una persona intratable. No les gustaba esa dependencia. En cuanto tuvieran formados a otros científicos, se desharían de él si se convertía en un estorbo. Desde luego, no parecía alguien fácil de controlar.

Del mismo modo, estaban valorando quitar de en medio a la persona que les había facilitado los datos de los niños y cómo encontrarlos.

—Te llamo en unos días para concretar los detalles —respondió sin más.

Y colgó.

CAPÍTULO 33
Una conexión

Principios de marzo. Año actual.

Hay ocasiones en que la voluntad de una sola persona es suficiente para lograr un cambio. Si Kurt Rendell, un aparentemente simple trabajador social, se hubiera ceñido a realizar su trabajo sin más, en ese preciso instante esa conversación entre la policía de Baltimore y el FBI no se estaría produciendo. Pero el empeño de un solo hombre había llevado a que las desapariciones que le habían quitado el sueño estuvieran siendo puestas en conocimiento de una sección muy específica de la Agencia Federal de Investigación.

—Cuando dices que tenía una corazonada, ¿a qué te refieres? —indagó Trenton, quien cada vez estaba más interesado en lo que les contaba aquel hombre.

—Kurt insiste en que entre todas estas desapariciones debe de existir algún tipo de conexión.

—Pero no tiene base para hacer tal afirmación —prosiguió el agente del FBI.

—En cierto modo, no. Sin embargo, no me podéis negar que es demasiada casualidad que en ese plazo de tiempo hayan desaparecido tantos niños de estas características concretas en tres estados colindantes. Es como si alguna organización estuviese actuando y tuviera su sede por aquí cerca. Podría tratarse de tráfico de menores, por ejemplo —afirmó con suma preocupación. Había estado barajando esa opción desde el último día que habló con el trabajador social. Tal vez los niños ya estuvieran rumbo a otras naciones. El puerto marítimo de Baltimore era de los más importantes de todo el país. Su actividad de transporte transoceánico era tremenda. Cada día partían innumerables barcos y arribaban buques procedentes de infinidad de destinos.

—Sigo sin entenderlo —afirmó Trenton que no solía creerse las cosas sin más—. Vale, comprendo que han desaparecido muchos niños en poco tiempo y, por supuesto, resulta sospechoso. Pero eso no significa que estén conectados.

—Yo empiezo a creer que sí. Las desapariciones han ido rotando de sitio. —Los dos agentes le miraron sin comprender—. Me explico. Cuando existían varias denuncias en una misma zona que podían levantar ciertas sospechas en la policía, las desapariciones se

trasladaban a otra área. Después de los tres casos de los que mi comisaría tenía constancia, no hemos recibido ni uno más, pero sí se han producido en localidades cercanas que tienen un departamento de policía aparte, así como en otras demarcaciones de Baltimore en las que nosotros no tenemos jurisdicción.

—¿Sugieres que hay alguien de la policía implicado en esto? Ya que si no te he entendido mal, los supuestos captores, si es que podemos hablar de secuestros, cambian de zona porque imaginan o saben que no existe comunicación entre los distintos departamentos —aclaró Bill.

—Podría ser. O también cabe la posibilidad de que sea alguien que trabaja en algo relacionado con los servicios sociales. Según me informó Kurt, la mayor parte de estos niños son chavales abandonados o sin familia y, los que sí la tienen, están en una situación lamentable. Tal vez quien se los lleva lo hace porque considera que nadie los echará de menos.

—Pero dijiste que una niña desapareció cuando iba con su abuela, a la que por cierto golpearon —apuntó Trenton, a quien le gustaba que todos los detalles estuvieran bien atados.

—Pudo ser un error. Al fin y al cabo, la cría vivía en un hogar de acogida porque no se podía hacer cargo de ella. Tal vez no esperaban que fuera su abuela a visitarla.

—O puede que precisamente aprovechasen ese momento para llevársela —sugirió el agente del FBI.

—Es una posibilidad —afirmó Brendan Tootsie, tomando en consideración algo en lo que todavía no había pensado. Sin lugar a dudas, según sabía, podía ser una opción factible. La mujer estaba delicada de salud y la atacaron en un pasaje con poca visibilidad por el que cruzaba con su nieta en dirección al parque al que siempre la llevaba cuando iba a buscarla. Eso podía significar que controlaban sus movimientos.

Bill respiró hondo. Aquello tenía mala pinta, no lo podía negar. Miró a Trenton. Necesitaba ver en su expresión qué opinaba él. Confiaba mucho en su instinto. Se había convertido en poco tiempo en su hombre de confianza.

—¿Y por qué nos ha llamado a nosotros? —le preguntó Bill—. Podía haber ido a la delegación del FBI que hay en Baltimore.

El jefe Tootsie dudó qué responder. No le faltaba razón. Debería haber acudido a ellos. Sin embargo, había oído que los de la Unidad de Análisis de Conducta eran especialistas en la resolución de investigaciones difíciles.

—No lo sé. Supongo que, al final, me convencí de que este caso era demasiado grande y requeriría de la intervención de agentes muy especializados. No me pueden negar que tienen pinta de ser delitos

muy organizados y pensados. Además, sé que no hay cuerpos. No hablamos de asesinatos, al menos que sepamos. Pero desconocemos qué ha sucedido con todos esos pobres niños. Yo me arrepiento de no haber sido más incisivo con mis agentes para que buscasen a los pequeños con mayor ahínco, recurrir a los medios de comunicación o lo que hiciera falta. Estamos hablando de medio centenar de desapariciones.

Se hizo el silencio entre los tres hombres. Brendan Tootsie miraba a los dos agentes del FBI esperando una respuesta. Finalmente, Bill habló.

—Como ya te dije por teléfono, tengo que discutirlo con mi equipo. Este tipo de cosas me gusta decidirlas con ellos.

—Lo comprendo, pero tú eres el jefe y, además, el director de la unidad, por lo que tengo entendido. Tienes potestad para tomar una decisión aquí y ahora —señaló de manera incisiva el jefe Tootsie.

—Sí, lo sé. Pero las cosas no funcionan así. Es más, no quiero que funcionen así. Te prometo que te daré una respuesta antes de que acabe el día. En cuanto demos por finalizada nuestra conversación, nos dirigiremos a Quantico y reuniremos al equipo para darte una respuesta definitiva. No tengo ninguna intención de hacerte esperar. Sea cual sea la decisión del equipo, este caso conviene empezar a investigarlo cuanto antes, ya sea por nosotros o por otra delegación del FBI.

—Como queráis —se resignó—. Solo os pido que no cometáis el mismo error que yo.

Pocos minutos después, se levantaron y se estrecharon las manos a modo de despedida. Justo antes de girarse para irse, Bill le preguntó algo.

—¿Sabes si Kurt Rendell estaría dispuesto a venir a la oficina de Quantico a darnos toda la información de la que dispone? Podríamos pedírsela escaneada, pero, si aceptamos el caso, siempre será mucho mejor poder hablar con él y que nos explique sobre la marcha todo lo que ha descubierto de cada caso.

—Estoy segurísimo de que estará encantado de hacer todo lo que le pidáis. Esto se ha convertido en una auténtica cruzada para él.

CAPÍTULO 34
Una decisión

Marzo. Año actual.

Su insomnio no remitía, sino que cada vez iba a más. Al menos, eso que él había catalogado como insomnio, porque ya se sabe que es un término que se suele utilizar con demasiada ligereza. No obstante, estaba convencido de que él podría emplearlo de forma correcta, puesto que rara era la noche que dormía más de tres o cuatro horas, mucho menos del tirón. Por supuesto, lo de conciliar el sueño al poco de acostarse hacía tiempo que se había convertido en una auténtica quimera.

Aquella noche se levantó a prepararse un vaso de leche con azúcar. Cuando era niño, su madre le solía decir que si se la tomaba templada, dormiría sin interrupciones. Aquel recuerdo le enterneció. Quería aferrarse a ello, sin darse cuenta de que había una gran diferencia entre su yo adulto de ese momento y el de su niñez: su conciencia ahora se encontraba lejos de estar tranquila. Por el contrario, estaba sobrecargada de preocupaciones.

Un vaso de leche caliente con azúcar no podía ser ningún remedio. Su mente analítica lo sabía, aunque en ese instante su pensamiento quería dejarse dominar por emociones reconfortantes. Llevaba demasiado tiempo sin sentirse bien consigo mismo. Necesitaba ese paréntesis que le devolviera a la infancia, aunque fuera únicamente por un breve instante.

Su desconfianza hacia su mujer no cesaba de crecer. Ya no era solo por la desidia que ella demostraba hacia él, sino porque se había vuelto demasiado oscura en ciertos aspectos. Tenía la impresión de que estaba haciendo algo a sus espaldas. Algo que podía no ser totalmente lícito.

Sabía que no estaba bien y que era algo que podía considerarse ignominioso, pero valoraba seriamente la posibilidad de echarle un vistazo al móvil de su esposa para comprobar su teoría. Nunca imaginó que algo así se le pasaría por la cabeza. Pero tampoco creyó que sería capaz de sobrepasar ciertos límites como, de hecho, ya había traspasado.

La verdad era que apenas se reconocía a sí mismo.

Al principio del diagnóstico de la enfermedad de Walter, estuvieron muy unidos, tal vez más que nunca, como una auténtica

familia. Después atravesaron algún bache inevitable, cuando el duelo por lo que les había tocado vivir les afectaba en distinta forma y cada uno se encontraba en una fase diferente del mismo. Más tarde regresó una etapa de equilibrio en la que se apoyaban y tomaban las decisiones juntos. Contaban el uno con el otro para todo y se reconocían como ese pilar incondicional que todos necesitamos en situaciones similares.

Pero todo cambió al presentarle al doctor Romanov. Tracy ya no era la misma desde entonces. Ahora prácticamente no podía hablar con ella sin que le recriminase algo. Le miraba con desprecio y se mostraba indolente cuando él compartía sus preocupaciones o sentimientos. Aquel era otro de los motivos que le hacía pensar que contactar con ese hombre había sido un error imperdonable. Todo en su vida parecía haber cambiado a peor.

Pero Walter mejoraba.

Y ese siempre fue el principal objetivo.

Entonces se reprendía a sí mismo por ser un maldito egoísta y anteponer su moral y su congoja al bienestar de su hijo. Un niño que, a pesar de lo que le había tocado, siempre sonreía y estaba dispuesto a alegrar el día a día de los que le rodeaban.

Cerró los ojos y los apretó con fuerza.

Su mente se había convertido en un mar de dudas. Por eso necesitaba saber más. Necesitaba conocer si ellos dos estaban haciendo algo a sus espaldas. Disipar aquella bruma que no le dejaba en paz.

Tenía un mal presentimiento.

Si averiguaba algo, tal vez no le quedara más remedio que acudir a las autoridades. Y era consciente de que eso traería indeseables consecuencias para todos ellos.

CAPÍTULO 35
Un escalofrío

Principios de marzo. Año actual.

JAquel día, Bill se había ido con Trenton a Washington a mantener una reunión por un posible caso de la U.A.C. Había salido bastante temprano, puesto que quería pasar antes por su despacho para intentar descongestionar todo el papeleo que tenía acumulado.

Kisha, por su parte, tenía que acudir a un condado cercano. Iba a impartir una charla en una pequeña comisaría sobre procedimiento policial que incluía la señalización de pruebas aplicadas a casos de homicidios en escenarios de espacios abiertos.

Se preparó un café bien caliente y lo echó en el termo que solía llevarse. No le daba tiempo a desayunar. Bill la regañaría si la viera, puesto que acostumbraba a comer bastante poco, pero es que su cuerpo no le demandaba demasiado. Lo habitual era que apenas sintiera hambre. Sonrió al pensar en lo que él le diría. Siempre se preocupaba por ella. Le gustaba cuidarla. Había sido así desde que le conoció. A veces, ni siquiera sabía que estaba ahí asegurándose de que ella se encontraba bien. Tardó demasiado en darse cuenta de que él era todo lo que necesitaba. Pero no siempre es fácil quitarse la venda de los ojos para poder ver por fin.

Salió del edificio. El viento arreciaba aquella mañana. Agitó su pelo liso, el cual se revolvió mientras ella trataba de ajustarse el abrigo sin que se le cayera el termo ni el maletín que llevaba colgado al hombro con el portátil y el material de la presentación. Menos mal que tenía el coche aparcado bastante cerca. Corrió hacia allí y abrió la puerta del vehículo como pudo. Posó el termo en el portavasos. Después, se dirigió al maletero para dejar el resto de sus pertenencias.

Notó algo que le erizó la piel. Un escalofrío se extendió por su espina dorsal como si fuera un relámpago. Se giró a sus espaldas y escudriñó los alrededores. Frunció el ceño con preocupación. Tragó saliva. Hacía mucho que no experimentaba una sensación similar. Ya no llevaba arma ni nada con lo que protegerse. Sin embargo, sintió el peligro acechando.

Y el miedo en cada poro de su piel.

Su respiración se tornó superficial. En sus oídos retumbaba su corazón, anulando prácticamente cualquier ruido exterior. Se secó el sudor de las manos en el abrigo. Cerró el portón trasero. Volvió a

mirar a su alrededor con atención.

«Te lo estás imaginando», se intentó convencer.

Tal vez sí, tal vez todo estaba en su mente. Por si acaso, decidió asegurarse una vez más. Recorrió con su mirada todo aquello que la rodeaba, buscando algo que no debería estar, tratando de detectar sombras proyectadas sobre el suelo que le ofreciesen una pista.

No estaba paranoica.

Unos ojos la observaban.

CAPÍTULO 36

Una CONSULTA

Principios de marzo. Año actual.

Subieron al coche. Apenas hablaron desde que salieron de la cafetería. Tenían mucho que procesar. Bill ya había llamado a las oficinas de la U.A.C. para avisarles de que se reunirían en cuanto Trenton y él estuvieran de regreso.

El agente de origen italiano arrancó el motor. Tomó la rampa del parking hacia la planta inmediatamente superior. Circuló despacio hasta la salida. Se detuvo en el *stop* y se aseguró de que no venían coches por ese lado. Puso el intermitente y se incorporó al tráfico. Trenton miraba por la ventanilla. Daba la sensación de estar en otro planeta. Su mutismo era poco habitual, puesto que aquel hombre parecía que siempre tenía algo que decir. Sospechó que estaba dándole vueltas a lo hablado minutos antes.

—¿Tú qué piensas? —le preguntó Bill cuando ya fluía con el resto de la circulación de vehículos de la amplia avenida.

—¿Sobre qué?

—Sobre el helado de *stracciatella*, ¿a ti qué te parece?

Trenton se giró y le sonrió de medio lado.

—No es de mis sabores favoritos. Prefiero los que son más refrescantes.

Bill entonces se volvió y le miró un segundo, lo justo para que el otro pillara a la perfección el mensaje.

—¿Crees que el caso se sostiene? —continuó interrogando Bill.

—¿Me lo preguntas en serio?

—Claro. Me gustaría conocer tu opinión. Te he visto muy escéptico cuando estábamos con el jefe Tootsie. Yo mismo tengo dudas acerca de algunas cosas.

—Ahí hay un caso muy gordo, Bill. Eso es lo que me parece. Y creo que quien está detrás le saca excesiva ventaja a las fuerzas del orden. Se están llevando críos delante de nuestras puñeteras narices sin que nadie hagamos nada.

A Bill le sorprendió el ímpetu con el que el agente respondió. Él también pensaba que se estaba cociendo algo importante detrás de aquellas cifras que les había ofrecido el jefe de policía de Baltimore Oeste, pero también tenía dudas acerca de si la Unidad de Análisis de Conducta debía hacerse cargo de ese tipo de investigaciones. Ellos solían encargarse de asesinatos en serie, extorsiones, amenazas, corrupción, porte y uso de aparatos explosivos. En este tipo de situaciones como las que había planteado Brendan Tootsie, los equipos

de Despliegue Rápido para el Secuestro de Menores solían ser los principales encargados. No obstante, también era cierto que recurrían para ello a analistas del comportamiento.

—Esperaremos a ver qué dice el equipo al respecto —comentó de manera inocente Bill.

Trenton se giró ligeramente en el asiento del copiloto.

—¿Estás hablando en serio?

Ahora era el jefe de la U.A.C. el sorprendido por su cuestión.

—Claro que hablo en serio. Es algo que debemos decidir entre todos.

—No hay nada que decidir. Hay que investigarlo ya. Si no te sientes seguro para plantearles el caso, no te preocupes porque lo puedo hacer yo —propuso desafiante.

A Bill no le gustó nada su comentario. Por un instante, renació la desconfianza hacia su agente. Aquel podía ser un buen momento para arrebatarle el liderazgo del equipo. Quizá se hubiera relajado en exceso y le hubiera concedido demasiadas licencias, si es que pensaba que podía pasar por encima de él. El italiano debía actuar de manera contundente.

—El jefe soy yo, no lo olvides. Y yo seré quien presente el caso —aclaró con suma seriedad.

El otro le miró entrecerrando los ojos.

—¿Piensas que estoy intentando arrebatarte el puesto? —indagó sin terminar de creerse que le plantease aquello.

—¿Lo estás haciendo? —le respondió con otra pregunta.

—Por supuesto que no. Creía que ya habíamos superado esa fase, Bill. Me ofende que opines eso de mí.

Le miró desde el asiento del conductor. En sus ojos se reflejaba lo que pensaba con claridad, porque la mirada de Bill siempre era sincera. No quería mostrarse tan duro, pero sentía que no le había dejado opción.

—Yo también lo creía, Trenton. Por eso me ha sentado mal que consideres que no soy capaz de hacer mi trabajo. Pensaba que ya había demostrado que sí lo soy. Supongo que por eso me ha molestado tanto tu reacción, puesto que confío plenamente en ti. Si no fuera así, no te habría hecho esta consulta ni te habría pedido que me acompañases.

El agente de la U.A.C. reflexionó un instante. Era un hombre muy visceral. Siempre lo fue. Tal vez por eso le venían tan bien las horas que dedicaba a boxear, donde podía soltar toda la adrenalina que acumulaba.

—Lo siento, ¿vale? Tienes razón. Creo que me he excedido.

—Vale. No pasa nada.

—De todos modos, te aviso de que me voy a poner muy plasta en

la reunión para que nos hagamos cargo de este caso. No pienso permitir que lo investiguen otros cuando nosotros podemos hacerlo. Necesito saber qué mierda le ha pasado a todos esos críos.

CAPÍTULO 37
Una DECISIÓN

Principios de marzo. Año actual.

Llegaron a Quantico aproximadamente unos cincuenta minutos después. En cuanto salieron del ascensor y entraron en la estancia general donde estaban las mesas de trabajo, Bill hizo una señal a los miembros de su equipo para reunirse inmediatamente. Matthew Moore, el director de aquella delegación se percató de ello, puesto que justo estaba saliendo de su despacho, el cual se situaba en la zona alta de aquella planta. Le picó la curiosidad al respecto. Se quedó observando como todos los de la Unidad de Análisis de Conducta se dirigían prestos a la sala de reuniones.

Aquello debía ser urgente.

Confiaba en que, una vez terminada, Zucherinni le pusiera al corriente de lo que hubieran tratado, aunque no las tenía todas consigo. Desde que llegó en octubre, se había dado cuenta de que Bill era un tanto reservado con los asuntos de su unidad. Tenía que ser él siempre quien fuera detrás preguntándole cómo estaban las cosas, lo cual no le agradaba. Él era el director general allí y tenía que estar al corriente.

No obstante, se guardaba mucho de dar su opinión desnuda y sincera al respecto cuando se reunía con Henry Baker y Lionel Stone, puesto que conocía la predilección, especialmente del último, por Bill. Nadie en su sano juicio osaba contradecirle.

Vio como se cerraba la puerta de la sala de reuniones después de que pasase el último. Parish miró hacia arriba justo antes de entrar.

Cada uno ocupó el sitio habitual. No lo tenían asignado, pero la fuerza de la costumbre hacía que así fuese. Estaban expectantes. Los cuatro sabían que Trenton y Bill habían ido a Washington para reunirse con un jefe de policía de Baltimore. Suponían que el motivo no era otro que solicitar su intervención en algún caso específico. No obstante, resultaba extraño que no lo hubiera hecho por los cauces oficiales.

—Gracias por acudir tan rápido. Hay algo que me gustaría comentaros antes de tomar una decisión definitiva —comenzó a

comentarles el jefe de la unidad.

—¿Han pedido formalmente nuestra colaboración? —preguntó Janice.

—Todavía no lo ha hecho por los cauces oficiales, pero el jefe de policía de Baltimore Oeste, con quien hemos hablado hace poco más de una hora, lo hará enseguida. Primero quería comentarnos el tema para conocer vuestra opinión acerca de si es o no una investigación que deba asumir la U.A.C.

—¿Y lo es? —preguntó con curiosidad Tim.

—Definitivamente sí —respondió Bill. Trenton le miró sorprendido, pues, atendiendo a la conversación que habían mantenido en el coche, creyó que no estaba seguro.

—¿Podéis contarnos algo al respecto? —interrogó Amanda—. Estaría bien saber algo más.

—Por supuesto. Solo necesito que nos dejéis hablar —respondió con cierta ironía Bill, acompañando sus palabras con una leve sonrisa que resultaba muy seductora.

Amanda hizo un gesto con las manos como invitándole a comenzar.

—Según nos ha comentado el jefe Brendan Tootsie, tiene constancia de la desaparición en los últimos cinco meses de al menos cincuenta niños en los estados de Virginia, Maryland y Washington D.C.

—Pero, eso es una barbaridad. ¿No se ha investigado hasta la fecha? —preguntó Tim sin poder creer que aquello fuese cierto.

—No están seguros de que estén conectados.

—Y si no tienen relación, ¿por qué nos han llamado? Quiero decir, si no hay ningún elemento que vincule esas desapariciones, debería estar el departamento correspondiente investigando dónde se encuentran estos críos —expresó Janice.

—Oye, ¿qué tal si le dejáis hablar sin interrumpirle todo el rato? —sugirió Trenton.

Bill le miró. Por un lado, agradecía su ayuda, pero por otro no quería que le quitase autoridad. Podía manejar aquello él solo.

—Los distintos departamentos de policía y oficinas del Sheriff han estado investigando las desapariciones acaecidas en su jurisdicción. Por desgracia, no han logrado encontrar a ningún niño, por lo que mantienen los casos abiertos. El hecho de que tengan constancia de esa posible conexión entre los desaparecidos es debido a una investigación que ha llevado a cabo un trabajador social de Baltimore.

—Resulta un tanto extraño —puntualizó Janice.

—Lo sé. Y así se lo hemos manifestado. La cuestión es que este hombre tuvo una corazonada y comenzó a investigar los casos a raíz de descubrir que no se había vuelto a saber nada desde octubre de un

niño con el que estuvo interviniendo hace tiempo. Posteriormente, supo que otros dos pequeños de su misma área habían desaparecido también poco tiempo después. Esto le llevó a investigar por su cuenta y consultar la base de datos de Servicios Sociales por si había más menores con alguna denuncia de desaparición.

—¿Nos estás diciendo que los cincuenta críos que han desaparecido están en seguimiento por los servicios sociales? —preguntó incrédula Amanda.

—Exacto. Todos y cada uno de ellos tienen un expediente de intervención abierto, en la mayoría de los casos por cuestiones graves de negligencia paterno filial.

—¡Joder! —exclamó Tim.

—Es decir, que eso ya podía ser un móvil —sugirió Janice.

—Pero también un motivo —continuó Trenton—, puesto que son niños vulnerables precisamente porque no tienen una familia que les supervise ni les cuide debidamente. Es relativamente fácil llevárselos.

Parish permanecía atento escuchando, pero sin intervenir. Bill le observaba entonces preguntándose qué diantres pasaría en aquel momento por su cabeza.

—¿Cuándo empezamos a trabajar en esto? —preguntó imperativa Amanda, cosa que sorprendió a todos, puesto que ella solía esperar a escuchar la opinión de los demás. Tal vez el que fueran menores los que estaban implicados la espoleara a tomar la iniciativa. De hecho, era madre de dos niñas que apenas se llevaban año y medio de diferencia.

—Si estáis todos de acuerdo, ya mismo —sugirió Bill.

Nadie se opuso.

La maquinaria acababa de ponerse en marcha.

CAPÍTULO 38

Una solicitud

Principios de marzo. Año actual.

En cuanto finalizaron, Bill llamó a Brendan Tootsie para pedirle que hiciera la solicitud oficial y así poder tener todo en orden. Acto seguido, le reclamó que le enviase por fax, vía mail o por valija segura toda la información que tuviera al respecto. Necesitaban los expedientes de los niños y hablar con el trabajador social lo antes posible.

—Sin problema, Bill. Me pongo a ello enseguida.

—Gracias, Brendan. Cuanto antes empecemos, mucho mejor.

—Soy yo el que debo darte las gracias. Y por favor, pedidme todo lo que preciséis. Si tenéis que desplazaros aquí y necesitáis un centro de operaciones, os habilito un espacio rápidamente.

—Es posible que así sea. Desde ahí podríamos cubrir la investigación de los casos más cercanos a vuestra ubicación. Tendremos que hacer un buen número de entrevistas, además.

Bill se dio cuenta en ese preciso instante de la cantidad de trabajo que se les venía encima. Habría que hablar con mucha gente para recabar toda la información. Sería necesario un filtrado de datos, cribar y eliminar cuanto antes lo que no les aportase nada relevante.

Entonces se percató de que requerirían que les acompañase un analista de datos. Le encantaría contar con Tyrell, pero le parecía excesivo pedirle ese favor a los de Nueva York. Hablaría con Moore, el director de Quantico, para ver si podían disponer en exclusiva de alguno de los informáticos para ese caso. Suponía que no habría inconveniente.

—Tenemos varias salas de interrogatorios, por eso no hay problema —señaló el jefe Tootsie. Bill casi no sabía de qué le estaba hablando. Había desconectado puntualmente anticipándose a lo que tendrían que organizar.

—Estamos en contacto, Brendan.

—Claro. Te mando ahora todo lo que me has solicitado.

—Perfecto.

En cuanto llegasen los datos, empezarían a trabajar. Le pediría a su secretario que organizase la información que fuera recibiendo en carpetas y que las cargase en el servidor para que estas estuvieran disponibles en las *tablets* del equipo lo antes posible.

Ya no sería necesario que el trabajador social se trasladase a Quantico. Contactaría con él para así poder verle al día siguiente en el departamento de policía de Baltimore Oeste.

Ese caso tenía pinta de que iba a llevarles mucho tiempo hasta que lograsen resolverlo. Detrás debía haber algún tipo de organización.

CAPÍTULO 39
Un punto de inflexión

Marzo. Año actual.

Tracy estaba con la mosca detrás de la oreja. Desde que empezaran con todo este tema, se fiaba cada vez menos de su marido. Cierto era que debía agradecerle la idea que tuvo en su momento de contactar con Romanov, puesto que ese había sido el punto de inflexión en la vida de su hijo. Y de paso, en su matrimonio.

Notaba cada día como las dudas dentro de él crecían y se le revolvía el estómago. Debería sentirse satisfecho solamente con ver la mejoría que su hijo estaba experimentando. Él incluso rebatía ese argumento en algunas ocasiones, diciéndole que no era tanto como esperaba, puesto que faltaba investigación al respecto y estaban usando a su propio hijo como un conejillo de indias.

Sus discusiones cada vez eran más frecuentes. Al final, ella fue la que tuvo que tomar las riendas de la situación e implicarse de un modo que no imaginaba. Pero no lo lamentaba ni por un segundo. Su contribución podría mejorar a la larga la vida de muchas personas. Sería parte de ese amanecer de los avances científicos, a pesar de que como el propio Romanov le había dicho en alguna ocasión, hay amaneceres que son oscuros pero al final siempre reina la luz.

Aquel día, al salir de la ducha, sorprendió a su marido revisándole el móvil. No le dijo nada, porque no quería que supiera que lo había descubierto. Prefería que siguiera a oscuras en ese aspecto, y así vigilarle y ponerle trampas para comprobar si había sido algo aislado o buscaba algún tipo de información.

En su lugar, lo que hizo fue ruido en la puerta del cuarto de baño para avisarle de que iba a entrar en el dormitorio. El movimiento rápido y nervioso de él fue una clara declaración de culpabilidad.

Le habría abofeteado allí mismo, pero debía ser más inteligente.

Salió de casa con la excusa de acercarse al supermercado a comprar un poco de leche para poder llamar a Romanov y contarle lo sucedido.

—Hola, ¿qué pasa? —respondió él secamente. A pesar de que se acostaban, debía reconocer que no era nada cariñoso. En realidad, era un hombre que solo buscaba satisfacer sus necesidades. A ella, por el momento, eso le iba bien.

—He pillado a Frank revisando mi móvil. Tenemos que ser muy

cuidadosos con lo que nos escribimos y con las llamadas.

—Dirás que tú tienes que ser cuidadosa. Que yo sepa, no es mi teléfono el que está controlando.

Ella resopló. No podía ser más intolerante.

—¿Y si se convierte en un problema? —preguntó con segundas intenciones.

—Lo hablaré con ellos. Que tomen la decisión oportuna. Eso a ti y a mí no nos concierne.

—De acuerdo. ¿Nos vemos mañana?

—¡Claro! —dijo ahora con voz algo más melosa—. En el hotel de siempre a la misma hora.

Colgó sin ni siquiera decir adiós.

*

La investigación

“En cuestiones de ciencia, la autoridad de miles no vale más que el humilde razonamiento de un único individuo”.
(Galileo)

CAPÍTULO 40
Un análisis

Principios de marzo. Año actual.

La información llegó antes de lo que esperaban, por lo que pudieron empezar a trabajar. Bill habló previamente con Moore para comentarle la situación y, sobre todo, pedirle que le adjudicasen un analista para ese caso.

—No tienes que pedírmelo. Eres el director de la U.A.C., no solo el jefe de equipo, puedes disponer de los recursos que necesites.

Bill no estaba seguro de lo que podían encerrar esas palabras. Si se autoadjudicaba los recursos, otros directores podrían cabrearse. Lo mejor era ponerlo en conocimiento del mandamás.

En realidad, Moore seguía un poco molesto por esa situación tan fuera de lo ordinario. El director de la unidad y el jefe del equipo no solían ser la misma persona, puesto que desempeñaban tareas diferentes. Pero así lo habían querido los de más arriba, con ese miedo a que la situación volviera a descontrolarse. La verdad era que podía hacerse una idea del nivel de estrés al que estaba siendo sometido el italiano. Dudaba que pudiera aguantar demasiado.

—Fresser, te necesito —le dijo Bill al analista que mejor conocía desde que llegó. A este le pilló por sorpresa porque estaba con otras cosas.

—Lo siento, jefe, pero estoy muy liado ahora con…

—Pásaselo a Charlotte —le cortó Bill. No podían perder tiempo—. Moore me ha dicho que me daba permiso para contar con tus servicios, así que te quiero ver en la sala de reuniones en cinco minutos.

El joven se quedó boquiabierto mirándole a través de sus impresionantes cristales de cientos de dioptrías. Era imposible que un culo de vaso fuera más grueso que aquello.

Bill se giró en última instancia antes de salir de la sala de medios.

—Y gracias. Seguro que harás un gran trabajo.

Se dirigió a hablar con su secretario. Este le confirmó que los archivos ya estaban preparados y que todos los miembros del equipo ya tenían acceso a ellos.

—Estupendo. Muchísimas gracias.

Recogió su propia *tablet*, la cual descansaba sobre su escritorio y se dirigió a la sala. Le agradó ver que Fresser ya estaba allí con un

portátil. Bill sonrió. A veces, es necesario espolear un poco a la gente para que reaccionen rápido.

Cogió el mando y encendió la pantalla, así podrían ver todos a la vez la misma información. Además, si necesitaban hacer alguna videollamada, ya la tendrían conectada.

Bill notó la adrenalina corriendo por su torrente sanguíneo y se sintió revitalizar. Quién habría imaginado que iba a disfrutar tanto haciendo este trabajo. Ahora se daba cuenta de que realmente era un privilegiado dirigiendo un equipo como aquel, mentes brillantes al servicio de una buena causa.

—Por lo que he podido ver hasta el momento —comenzó a decir Janice—, todos estos niños son menores de doce años.

—Y prácticamente todos residían con sus padres, salvo Hailey, una niña que estaba tutelada por un centro de acogida y a la que visitaba la abuela de vez en cuando —añadió Amanda.

—Sí, es cierto. Esa cría se sale del patrón. El resto, todos ellos vivían con padres disfuncionales, con antecedentes penales o largos historiales de adicciones a diversas sustancias, alcohólicos… —corroboró Janice, mirando a su compañera.

—Menudas piezas —comentó Tim con disgusto—. Habría que pasar un examen psicológico para ser padre.

—Bueno, salvador del mundo, parece que eso no va a pasar de momento —bromeó Trenton, dándole unos golpecitos en el hombro.

—Todos y cada uno de ellos estaba supervisado por una delegación de servicios sociales —continuó Amanda, sin hacer caso a su compañero.

—Sí —corroboró Bill—. A algunos les retiraron la custodia temporalmente, pero ahora volvían a vivir con sus progenitores. Tal vez eso nos dice algo. Puede que así se conviertan en objetivos más fáciles, puesto que se trata de padres negligentes.

—Esto no tiene mucho sentido —reflexionó Janice—. ¿Para qué se lleva a estos niños?

—Tal vez para traficar con ellos —señaló Trenton—. El propio jefe de policía de Baltimore nos los insinuó como una opción. De hecho, tenía mucha razón cuando sugirió que el puerto marítimo de su ciudad sería una vía factible para llevarlo a cabo.

Todos se quedaron reflexionando unos momentos.

—O puede tener otros motivos. ¿Y si estamos tal vez ante alguien que intenta salvarlos de su destino? —continuó Janice con su línea argumental.

—¿Sospechas que los han asesinado? —preguntó Tim con cierta curiosidad. Estarían hablando de cincuenta asesinatos en cinco meses. Sería un hecho sin precedentes.

—Es una posibilidad. O se los lleva a algún sitio lejano y recóndito

donde no puedan encontrarlos.

—Pero hablamos de cincuenta desapariciones. Estamos ante más de un sujeto seguro —replicó nuevamente Tim.

—Sí, yo también lo creo. Eso sí, no podemos dar por hecho que todos estén conectados. Puede que algunos sí, pero es probable que otros no —se sumó Trenton.

—Una secta, tal vez —insinuó Amanda.

Janice la miró asintiendo. Le encajaba esa posibilidad.

—En ningún caso podemos dar por supuesto nada de momento —observó el italiano. Conocía la profesionalidad de su equipo, pero no quería que se dejasen llevar por suposiciones de manera tan temprana y con tan pocos datos todavía.

—Es extraño —dijo Parish. Bill levantó la vista y le miró con atención. No solía ser demasiado participativo en las reuniones, aunque sí cumplía bien sus funciones en lo que a la relación con los medios de comunicación se tratara y al manejo de la información que podía facilitarles.

Trenton le miraba escéptico con una ceja levantada. Bill ya se había dado cuenta de que no le tenía en demasiada estima. Se había percatado en distintas situaciones, por algunas contestaciones sarcásticas y principalmente por gestos que le delataban. No hacía falta ser especialista en el análisis de las microexpresiones faciales, tal y como era Janice, para darse cuenta porque resultaba bastante evidente.

—¿Qué te parece extraño? —le preguntó el jefe de la unidad.

—Por lo que he visto hasta el momento, todos los niños tenían algún tipo de enfermedad.

Todos le miraron intrigados. Ninguno se había dado cuenta de ese detalle. El trabajador social que había investigado los casos tampoco lo mencionó, que ellos supieran. Tendrían que preguntárselo cuando hablasen con él.

—¿Y por qué o para qué puede ser eso importante? —preguntó escéptico Trenton.

—No lo sé —respondió Parish a la defensiva—. El especialista en victimología y psicología forense eres tú.

Se mantuvieron las miradas. El otro puso una sonrisa torva. No le había sentado bien el comentario ni la insinuación que implicaba.

—No me había dado cuenta —comentó Amanda, como en un susurro—. Puede que sea un dato relevante, puesto que muchos tienen enfermedades raras y la mayoría, sino todos, crónicas e incurables.

Resumen de teorías hasta el momento

- Una red de tráfico de menores.
- Se trata de una secta .
- Alguien intenta salvarlos.
- Los han asesinado.
- La enfermedad que presentan puede ser relevante.

CAPÍTULO 41

Un conflicto

Principios de marzo. Año actual.

A Bill no le gustó lo que vio entre Trenton y Parish. Lo hablaría con ambos. No quería que aquello fuera a más. Por eso, en cuanto terminó la reunión, les pidió que se acercaran en unos minutos a su despacho.

Cuando Trenton llegó, Bill se encontraba hablando con Kisha. Se cuidó de entrar y aguardó junto a la puerta. No estaba bien escuchar la conversación, pero le pudo la curiosidad. Había oído muchas cosas acerca de la relación de su jefe con la que en su día fuera jefa de la sección de homicidios del departamento de policía de Los Ángeles. Entre otras cosas, sabía que él había renunciado a promocionar en su carrera para seguir a su lado. Según decían, desde el principio se vio que podría tener una trayectoria prometedora, puesto que ya en la academia destacaba.

En cuanto terminó su formación, le incorporaron a un equipo especial de delitos financieros. No mucho tiempo después, solicitó trabajar de enlace con otras fuerzas del orden. Su aspiración era hacerlo con otros servicios de policía internacionales como la Interpol. Entonces, se cruzó con Kisha en Los Ángeles y se olvidó de lo demás. Los rumores contaban que ella no correspondía sus sentimientos y solo lo veía como un amigo.

Durante el tiempo que estuvo en Los Ángeles, cerca de veinte años, hizo más de un trabajo para los jefes de manera discreta, resolviendo de forma silenciosa ciertos asuntos que no querían que salieran a la luz. Con su diplomacia y su saber estar, solía lograr sus objetivos tal y como un ladrón de guante blanco termina llevándose lo que quiere sin dejar el mínimo rastro y sin ensuciarse las manos.

Cuanto más sabía Trenton de Bill, más interesante le resultaba. Aquel hombre que parecía querer pasar desapercibido y no hacer nunca demasiado ruido, en realidad era un maestro en destacar sin proponérselo. Sin embargo tenía un punto débil que era muy fácil atacar: Kisha.

Cuando percibió que ya había finalizado la conversación, se disponía a pasar al despacho, hasta que vio que Parish ya estaba cerca y decidió esperarle para entrar juntos y darle un mensaje antes de hacerlo.

Parish le miró con gesto pétreo. No se iba a dejar intimidar por él. Ya lo había hecho en ocasiones anteriores, pero eso se acabó.

—No pienso hablar contigo hasta que entremos en el despacho —le

advirtió levantando el tono para que Bill pudiera oírle.

—Tranquilízate, tío, y deja esas suspicacias para otros. Seguro que ya me entiendes —le dijo, acercándose un poco más a él.

Parish no se detuvo y se colocó en el quicio de la puerta, llamando primero antes de entrar. Bill había escuchado lo que sus dos hombres acababan de decir. Era hora de aclarar lo que fuera que tuviesen.

Les hizo pasar con un gesto de la mano.

Esperó a que se sentaran.

—Desde el primer momento os dije a todos que no quiero problemas en el equipo. Y si los hay, quiero saberlo para solucionarlos cuanto antes. Es evidente que vosotros tenéis uno.

—Que te lo cuente Parish, si tiene huevos.

—Trenton, no me parece un tono conciliador. Mañana nos vamos a Baltimore y no podemos ir así. Si no dejamos esto solucionado ahora, os quedáis en tierra.

—No, Bill, ni de coña —dijo con el ceño fruncido el agente.

—Ya te digo que sí. No me voy a llevar un equipo dividido. Si somos menos, bueno —hizo una pausa—, pues nos las apañaremos.

La mirada que le echó Trenton era de verdadera furia.

—-Debería contarte que es un puto espía de Moore. ¿O estoy mintiendo? —preguntó mirando ahora a su compañero—. No me fío de él, eso es lo que pasa. No confío en que lo que hablamos en las reuniones sea confidencial ni quiero trabajar con alguien que no sé si me va a cubrir las espaldas llegado el caso —soltó del tirón.

Bill observó a Parish, esperando que este dijera algo. El agente le devolvió la mirada.

—Es cierto —contestó, sorprendiendo a los dos por confesarlo con tanta facilidad—. Pero ahora las cosas son distintas. Me gusta trabajar contigo, Bill. Siento que alguien me valora por primera vez desde que llegué aquí.

—¿Y qué querías cuando entraste por enchufe? Hay muy buenos agentes a los que les gustaría trabajar en la U.A.C aunque no tienen esa posibilidad. Pero tú conocías a las personas adecuadas y te lo pusieron en bandeja. Ni siquiera posees la cualificación pertinente.

—Trenton, es suficiente —le detuvo el jefe del equipo.

—Me estoy esforzando mucho para seguir aquí por mis propios méritos —se defendió Parish.

—Claro, lamiendo el culo del director.

—¡Para! —dijo Bill mostrando la palma de su mano derecha para dar más énfasis a sus palabras. No quería que fuera por ahí—. Todos merecemos una segunda oportunidad.

—Te puedo asegurar que se acabó lo de pasarle información a Moore —señaló el más joven.

Bill se quedó reflexionando. Aquello no le gustaba. Nada en

absoluto. Le daba qué pensar. ¿Para qué necesitaba el director de Quantico los informes de lo que sucedía dentro de la unidad? Recordaba ahora cuando fue a la última reunión en Washington que le sorprendió verle allí con Lionel Stone y Henry Baker. Al fin y al cabo, si él estaba en la Unidad de Análisis de Conducta era porque se habían empeñado los de arriba. Era muy posible que no le gustara que se lo hubieran impuesto sin contar con él.

Se hizo el silencio en el despacho por unos momentos. Ahora comprendía muchas cosas. Sería difícil lograr que los demás cambiasen la opinión que tuvieran sobre Parish, puesto que aquello venía de lejos. Simplemente, Trenton lo había manifestado de manera más visceral.

—Yo voy a confiar en ti, Parish. Y te pido que hagas lo mismo, Trenton.

—No te lo puedo asegurar. Para ti puede que sea algo nuevo, pero algunos llevamos mucho ya a la espalda.

—Te lo pido como un favor personal —dijo Bill, sabiendo lo que se jugaba—. Si me equivoco, yo respondo por él, si hace falta con mi puesto. Si me confundo, dimitiré.

Parish le miró sorprendido.

—No te voy a decepcionar. No os voy a decepcionar a ninguno. Quiero estar aquí.

—¿Qué dices, Trenton? —preguntó Bill.

El moreno con perilla pareció dudar.

—¿Me queda otra opción?

—Por supuesto. Tú decides.

El agente asintió con la cabeza después de considerarlo unos instantes.

—Bien. El mínimo roce, quiero conocerlo.

—No lo habrá —se comprometió Parish.

—Podéis iros. Mañana nos espera una larga jornada.

Parish salió del despacho, pero Trenton se giró de nuevo justo antes de abandonarlo. Bill le miró esperando a que replicara. Transcurrieron unos segundos todavía hasta que empezase a hablar.

—Eres buena gente.

—Gracias —respondió por decir algo, puesto que no entendía por qué se lo decía o adónde quería llegar.

—Debes tener cuidado por quien te la juegas, Bill. Es un consejo de amigo.

—Lo tengo, te lo aseguro.

El otro se mordió el labio inferior. Estaba dudando si continuar hablando.

—A pesar de cómo empezaron las cosas entre nosotros, he llegado a apreciarte mucho, hasta el punto de considerarte un amigo. Eres una

persona fuerte que no rehúye las dificultades. Diría que eres un poco un superhéroe, que intenta salvar siempre a los demás. Pero tienes un punto débil, algo así como tu propia Kryptonita.

Bill le miraba sin terminar de comprender dónde quería llegar.

—No sé a qué te refieres —declaró.

—Sí, claro que sí. Lo que estoy diciendo es que, si alguien quisiera hacerte daño de verdad, solo tendría que ir a por Kisha.

Bill tragó saliva.

¿Le estaba amenazando? No le pareció que fuera esa su intención. Pero tal vez era una advertencia por algo.

—¿Por qué me dices esto ahora, Trenton?

—Ya te lo he dicho. Porque te considero mi amigo.

CAPÍTULO 42
Un viaje

Principios de marzo. Año actual.

Llegó a casa bastante tarde. Apenas tendrían tiempo para estar juntos. A la mañana siguiente se iría y no sabía cuándo podría volver. La parte positiva es que no estarían muy lejos. Eran estados colindantes y Baltimore, su primer destino, estaba a una hora y media en coche, aproximadamente. Después, tendrían que visitar Washington, por lo cual, esos días podrían pernoctar en sus domicilios.

Al menos, era algo.

Kisha había regresado varias horas antes. Estaba en la cocina preparándose un zumo. La abrazó por la espalda con fuerza, apretándola a su cuerpo, como si creyera que algo o alguien se la pudiera arrebatar. Daba igual que llevasen ya muchos meses de relación. Había estado tantas veces a punto de perderla, que ese miedo parecía no disiparse nunca. En especial, después del comentario de Trenton.

Hundió la nariz en su pelo. Adoraba su olor. Podría quedarse así para siempre. Solo sintiéndola cerca, piel con piel.

—¿Estás bien, Bill? —le preguntó ella, que enseguida detectaba sus estados de ánimo.

—Perfectamente —le respondió, al tiempo que aflojaba el abrazo y ella se daba la vuelta para mirarle. Aquellos ojos oscuros, un tanto felinos, siempre le habían vuelto loco.

—Algo te ronda la cabeza, no me engañes.

—Mañana salimos de viaje. No sé cuánto tiempo tendremos que estar fuera —le contestó, contándole una verdad a medias.

Ella sintió una punzada en el pecho. Lo entendía. No era la primera vez. Eran cosas de su trabajo y, por supuesto, le parecían bien. Ella había sido policía y sabía cómo era esa vida. Sin horarios. Pero justo aquel día, había sentido aquella sensación de amenaza y quería que Bill estuviera cerca. No obstante, no pensaba preocuparle. Acababan de disiparse sus intenciones de compartir con él sus impresiones de esa mañana.

Él observó la expresión de su cara.

—Y a ti, ¿te pasa algo?

—No, solo que te echaré de menos. Nada más.

Bill la creyó. Y en parte era cierto. No le mentía. No del todo.

Entonces fue ella la que le rodeó con sus brazos y hundió su cabeza en su pecho. Abrazar a Bill era saberse a salvo, era sentir que había alguien dispuesto a morir por ella si fuera necesario. Así de grande era su amor. Incondicional. Imperecedero. Invencible. Después de tantos años experimentando una soledad aciaga en la que creía que a nadie le importaba, aquello era un cambio radical en su vida.

De los abrazos pasaron a las caricias, a los arrumacos y a los besos, hasta acabar enredados entre las sábanas como tantas y tantas veces. Se amaron con voracidad, por los años perdidos, por los besos anhelados y no dados, por los que pudieran faltarles. Recorrieron cada milímetro de sus cuerpos y los colmaron de caricias, de un sentimiento poderoso que nacía de lo más hondo de su ser. Se devoraron con los ojos, con sus labios y con todo su cuerpo, saboreando cada pliegue y explorando cada rincón, dejando la huella del otro para que, al día siguiente, cuando ya no estuvieran juntos, todavía pudieran sentirse sobre la piel.

La noche dio paso a un amanecer oscuro, desganado, con un sol perezoso que, como ellos, no quería espabilarse. El despertador rompió el silencio de forma irreverente, sin atender a razones ni condiciones, de manera apremiante, con ese estridente aviso que te dice que es la hora y no te puedes demorar.

Bill hizo su maleta, mientras Kisha preparaba el desayuno para los dos. Ambos tenían una sensación extraña, como de final, cada uno por distintos motivos. Bill por aquel desafortunado comentario de Trenton, ella porque seguía sin estar segura de que se hubiera imaginado que alguien la acechaba.

Se despidieron.

Se mantendrían en contacto.

Baltimore estaba a menos de dos horas.

Una distancia corta.

O demasiado larga según para qué.

CAPÍTULO 43
Una comisaría

Principios de marzo. Año actual.

En cuanto llegaron todos a la oficina, se distribuyeron en tres coches y se pusieron en marcha. El secretario de Bill había organizado todo lo relativo al viaje, por lo que los vehículos ya estaban reservados y preparados en el garaje cuando llegaron, al igual que las habitaciones del hotel en el que se quedarían. Era muy diligente y solía cumplir con sus tareas con suma eficiencia.

Bill viajaba con Parish y el analista. No estaba seguro de que fuera buena idea, pero quería trasmitir al equipo que le apoyaba y confiaba en él. Además, no quería dar la impresión de que tenía algún favoritismo hacia Trenton, puesto que era con el que más solía contar debido a la buena sintonía que había surgido entre ambos.

Sin embargo, seguía sin gustarle el comentario de la tarde anterior. Todavía continuaba dándole vueltas y le mantenía inquieto.

En cuanto llegaron a la comisaría de Baltimore Oeste, el jefe Tootsie salió de su despacho a recibirles. Ya tenía preparado el espacio para que pudieran trabajar. Imaginaba que querrían empezar cuanto antes, así que no quería hacerles perder el tiempo esperando por algo que podía estar resuelto de antemano.

—Os hemos dejado hasta una cafetera y una caja repleta de dónuts, para que os sintáis bien recibidos —apuntó con una sonrisa.

—Brendan, no tenías que haberte molestado, hombre —le dijo Trenton dándole unas palmaditas en las espalda.

—No es molestia —respondió con honestidad.

—¿Has contactado con Kurt Rendell? —preguntó directo Bill, quien estaba deseando ponerse a trabajar.

—Sí. Le dije que volvería a llamarle en cuanto estuvierais aquí. No sabía con exactitud a qué hora llegaríais, por eso no ha venido ya, aunque sí está sobre aviso.

—Perfecto. Mientras viene, necesitamos hablar con los agentes que han llevado los casos de los niños desaparecidos.

—Sin problema. Enseguida les digo que vengan. ¿Algo más?

—Nada más por el momento. Muchas gracias, Brendan.

—Gracias a vosotros por venir.

El jefe Tootsie se dirigió a buscar a los agentes. Los miembros de la unidad, se acomodaron en la sala que les habían habilitado. Era

amplia y tenía, en principio, todo lo que podían necesitar. Hasta el momento, habían demostrado ser muy diligentes con las peticiones que hicieron la tarde anterior antes de desplazarse. Daba la sensación de que sería fácil la cooperación entre ambas fuerzas del orden.

—Fresser, necesito que prepares los equipos informáticos cuanto antes para empezar a trabajar.

—Estoy en ello señor. No me llevará mucho tiempo —respondió el analista.

—Muy bien. Gracias. En cuanto hablemos con los agentes y con el trabajador social, quiero que nos dividamos y vayamos a estudiar las localizaciones donde supuestamente se vio a los críos de esta zona por última vez —dijo Bill dirigiéndose ahora al resto del equipo—. Después, iremos a las otras dos estaciones de policía de Baltimore que registraron denuncias de desapariciones y a la oficina del Sheriff del condado de Harford. Parish, tú vienes conmigo. Janice, tú con Tim y Amanda con Trenton. Fresser necesito que nos prepares la documentación de estos casos para que cada pareja se lleve la información organizada.

—Cuente con ello, jefe —contestó, ahora ya un poco agobiado. Eran muchas cosas en poco tiempo, pero haría todo lo posible. Sabía que el trabajo en el FBI era así. Necesitaban a gente que fuera rápida y eficiente.

Bill intentaba distribuir las tareas con celeridad para ser lo más eficaces posible y aprovechar el tiempo. A lo largo de ese día, quería dejar listas las primeras reuniones y entrevistas, además de ver los distintos lugares en los que se vio a los críos por última vez, especialmente en los casos en los que sí había alguna pista de dónde se había producido la desaparición.

Trenton estaba pensativo, mientras los demás discutían algunos aspectos del caso. Entonces, miró a Bill, quien estaba conversando con Fresser y seguía dándole instrucciones. Enseguida notó que el agente le miraba.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—Estoy no paro de pensar en algo —respondió con un gesto que expresaba que alguna idea le carcomía por dentro.

—¿Me lo vas a contar? —inquirió el italiano.

—¿Te acuerdas de la conferencia que vimos anunciada en Washington?

—Sí, claro que lo recuerdo, pero me temo que no vamos a poder acudir. No es un buen momento para eso ahora.

—Estamos solo a una hora. Pero no lo digo únicamente porque me interese. Se me ha ocurrido que podemos hablar con el ponente y preguntarle por las enfermedades de los niños. ¿Y si tienen algo en común? ¿Y si fuera relevante que la mayoría de ellos sufran de algún

problema de salud?

—Buen intento —contestó Bill con sorna—. Lo siento, pero sigo pensando que no debemos permitirnos perder una mañana solo para eso. Seguro que podemos consultar a cualquier otro experto si se da el caso. Además, todavía no hemos llegado a la conclusión de que sea un dato relevante.

—Pero lo parece.

—Sí, eso es cierto. Lo parece.

—Vale, pues entonces, como todavía quedan unos días, vayamos viendo cómo va el trabajo y no me digas que no aún. Concédeme eso.

—Me parece bien. Todo dependerá de lo que avancemos y de cómo se vaya desenvolviendo todo. Tal vez cuando llegue el día de la conferencia, estemos a muchos kilómetros de aquí.

—No necesariamente. Ese día, además, podemos aprovecharlo para hablar con las estaciones de policía de Washington D.C. relacionadas con nuestros expedientes.

Bill reflexionó unos segundos. Podía ser, pero no quería que el incisivo agente lo diera por sentado.

—Vayamos paso a paso, ¿vale?

Trenton sonrió, claudicando por fin.

El ambiente en aquella comisaría era de locos. Gente yendo de un lado a otro continuamente, con papeleo y acompañando a delincuentes que entraban y salían de los calabozos, bien porque acababan de ser detenidos o porque los trasladaban al juzgado. También había un gran número de abogados de oficio. Era evidente que allí tenían un buen caldo de cultivo.

Los agentes les ofrecieron todos los datos con que contaban sobre las desapariciones, cosas que ellos ya sabían en su mayoría, puesto que lo habían leído en los informes. La investigación fue breve por falta de pruebas, lo que les había llevado a un callejón sin salida. El caso con el que más dudas tenían era con el de Joey, debido a que sospechaban que los padres podían haberse deshecho del pequeño, aunque no encontraron su cadáver, por lo que seguían tratándolo como el de una posible desaparición.

Después llegó Kurt Rendell. Por alguna razón, tal vez por ese ímpetu con el que había perseguido que aquellos niños perdidos fueran buscados, no esperaban que tuviera aquel aspecto. Se encontraron con un hombre de poca estatura y complexión pequeña. Su rostro era un tanto ceniciento y tenía ojeras que delataban la falta de descanso. Daba una impresión de debilidad que no casaba con la fuerza de carácter y de voluntad que había demostrado.

—Señor Rendell, agradecemos enormemente su ayuda y que se haya desplazado hasta aquí —dijo Bill levantándose para estrecharle la mano.

—No hay de qué. Es más, soy yo el que está agradecido y, sobre todo, sorprendido de que el FBI se haga cargo de este caso —dijo mirando la enorme carpeta que portaba entre sus manos—. Llevo muchas horas de trabajo y no me creo que, por fin, se lo tomen en serio.

—Muy en serio, se lo aseguro. Mi equipo y yo mismo vamos a dedicarnos en cuerpo y alma a averiguar qué ha sido de esos niños. Si le parece bien, nos sentamos y comenzamos cuanto antes.

CAPÍTULO 44
UNa instalación

Mediados de marzo. Año actual.

Estaba a un par de días de aquella conferencia a la que tantas personalidades y científicos relevantes de su campo habían confirmado su presencia. Necesitaba repasar bien los últimos flecos y los materiales que había elaborado. Andaba justo de tiempo, por eso se enfadó tanto cuando le dijeron que necesitaban que viera algo con urgencia.

Lo recogieron en un coche y le vendaron los ojos. No le agradaba que le tratasen de esa manera. Él no era de los que se dejaba doblegar así como así. Tendría que poner las cosas claras.

—No me gusta nada esta falta de cortesía y de respeto. No entiendo por qué motivo tengo que ir con los ojos vendados —expresó con rabia.

—Nosotros cumplimos órdenes, señor. Si tiene quejas, se las puede plantear al llegar a alguno de los responsables.

—La próxima vez me negaré a ir en estas condiciones.

Él no pudo verlo, pero los dos hombres que iban en la parte de delante del vehículo se miraron entre ellos. Ambos tenían claro que, por mucho que su acompañante lo creyera, no tendría esa opción de elegir. Debería ser consciente de con quien estaba tratando.

Llegaron a su destino cerca de una hora después. Bajaron del coche y lo llevaron a la entrada del inmueble, donde le quitaron por fin la venda ya en el interior. No pudo ver el tremendo complejo de edificios que habían levantado en un plazo irrisorio de tiempo. El dinero y el poder consiguen cosas impensables.

Seguía de mal humor. Cuando fue a recibirle uno de los directores del proyecto, no pudo ocultar de qué talante estaba.

—Mi querido doctor Romanov, bienvenido —dijo afable el anfitrión, obviando la más que evidente cara de disgusto del científico.

—No comprendo por qué motivo me tratáis con tan poco respeto. Deberíais saber que soy la clave de todo. Sin mí, no tenéis nada —expuso dando claras muestras de mal genio.

El otro se tragó lo que en realidad quería decirle. Era cierto. Por el momento, le necesitaban, pero tiempo al tiempo. Al final, nadie es imprescindible. Todo es susceptible de sustituirse, incluso por algo mejor. Llegado el momento, se lo harían saber. Y si no entendía el

mensaje, lo quitarían de en medio sin vacilar.

—Por ahora, consideramos que es mejor que no conozcas demasiado de la ubicación. Digamos que por tu seguridad, entre otras cosas. Es más, el invitarte hoy ha sido un acto de deferencia por nuestra parte.

—Pues no ha podido llegar en peor momento, porque tengo la conferencia en un par de días.

—De eso también te queremos hablar —indicó, dándole un aviso implícito—. Pero primero, me encantaría enseñarte las instalaciones para que veas lo que hemos montado. Necesitamos saber si está todo o, por el contrario, hay algún material o equipo que debamos adquirir todavía.

Le pidió que le acompañara, sin hacer caso a su gesto de hastío. Ese hombre era como un crío reclamando atención. Además, le parecía casi una contradicción que aquel petulante egomaníaco que intentaba mostrarse al mundo como un Dios, babeara irremediablemente por un pomerania ridículo con el que vivía. Tal vez el perro sirviera como medio de disuadirle si se resistía a cumplir con lo que le decían.

—Estamos pensando en la posibilidad de traer aquí al niño de la distrofia muscular —comentó entonces el anfitrión.

—No creo que sea buena idea. El padre puede ser un problema. No me fío de él. A pesar de que fue quien me contactó en primera instancia, cada vez muestra más dudas.

—Bueno, lo valoraremos. La cuestión es que entre los niños que tenemos, no hay ninguno con un caso como ese. Sabes que nos interesa. Queremos abarcar el mayor espectro posible de síndromes, trastornos y enfermedades que tengan origen genético.

El doctor Romanov torció el gesto. No pensaba cederles al niño. Él ya tenía urdido un plan para dar a conocer al mundo lo que había logrado, cuando fuera el momento preciso. Hasta la fecha, los resultados no eran concluyentes. Necesitaba seguir estudiando su caso.

—Ya estoy trabajando con él y hay avances. Debéis entender que no puedo extralimitarme. Es un crío y sus padres me vigilan muy de cerca. La madre es una colaboradora leal, pero también es de las que sería capaz de matar por su hijo.

—Nos hacemos cargo de ello. La conocemos bien. Y no podemos negar que nos está siendo de gran utilidad.

El investigador asintió. No obstante, quería seguir con su argumento.

—Por otra parte, el resto de la comunidad científica en su casi totalidad siguen investigando con bacterias y eucariotas. Yo estoy trabajando con células humanas en vivo. Me hallo a años luz de ellos ahora mismo —declaró con orgullo—. Pero debo medir mucho lo que

hago. Primero he probado a cortar la parte del ADN dañada con la proteína Cas9 y he dejado que se recupere, reescribiendo de manera natural la parte faltante. Es un proceso que está ya previamente estudiado en otros organismos de la naturaleza. Sería de esperar que fuera suficiente con esto. Pero eso no me ha funcionado. Lo más reciente que he hecho ha sido editar y corregir yo mismo la parte del ADN en la que sospecho que se produce el error que provoca la distrofia. Sabemos que hay ausencia o algún tipo de defecto en una proteína conocida como distrofina, pero no es tan sencillo encontrar la solución óptima. Empieza a haber resultados, aunque es lento.

—Por eso estamos aquí. Y por eso lo de los niños. Podrás trabajar como desees, sin restricciones de ningún tipo, con todo un equipo de científicos bajo tu mando. Queremos romper el mercado con esto, tener la exclusiva. Cuando lo hayamos logrado, veremos la forma de cómo falsear los estudios para que resulte creíble e ir introduciendo nuestros tratamientos siendo los únicos en disponer de ellos. Y a partir de aquí, el límite es el cielo. Tal vez podamos ofrecer embriones con material genético perfecto, venderles a las familias la posibilidad de tener hijos que no enfermarán.

La cara de aquel hombre se iluminó de una manera tenebrosa. Al fin y al cabo, su proyecto no era tan diferente de otros muchos del pasado: se planteaban crear una súper raza de seres humanos que no fueran afectados por la vulnerabilidad que producen las enfermedades.

A Romanov, lejos de asustarle, le entusiasmó.

—Pero dejemos la cháchara para otro momento. Es hora de visitar aquello por lo que te hemos traído hoy.

CAPÍTULO 45

Un aviso

Mediados de marzo. Año actual.

Tal y como hizo el día anterior, Kisha repitió prácticamente la misma rutina, salvo porque esa mañana se había levantado más temprano para desayunar con Bill. Al fin y al cabo, iba a estar un tiempo indefinido sin verle, todo dependía de cómo fuera el caso en el que estaban involucrados en ese momento.

Aquella jornada, se acercaría a hablar con unos agentes de policía del área metropolitana de Fredericksburg, ya que habían contactado con ella para pedirle asesoramiento en relación a un supuesto homicidio. Se encontraba apenas a cuarenta minutos, dependiendo del estado del tráfico, así que iba muy bien de tiempo. Era posible que estuviera de vuelta a mediodía, en función de lo que necesitasen. Si así fuera, le vendría bien, puesto que tenía que prepararse unas sesiones formativas.

Las condiciones meteorológicas eran mucho mejores que las del día anterior. No había ni rastro del viento helador que tan molesto le resultó y la temperatura había subido varios grados. Sin embargo, seguía siendo necesario el abrigo, al menos durante las primeras horas de la mañana.

Salió a la calle. Su cuerpo de forma automática recordó las malas vibraciones que sintió veinticuatro horas antes. Se puso rígida, con los músculos en tensión, a pesar de que intentaba convencerse de que no hubo evidencias que confirmaran sus sospechas y de que no pasaba nada en realidad.

Y no tenía por qué pasar.

Respiró hondo y se recordó a sí misma que no debía ser tan paranoica. Se planteó llamar a su psiquiatra. Hacía ya tiempo que no hablaba con él, pues no lo había visto necesario. Se encontraba estable y ni siquiera había vuelto a tener pesadillas. Bill la ayudaba mucho a mantener dicha estabilidad, pues siempre estaba ahí para escucharla. Además, la acompañó a la consulta en numerosas ocasiones, hasta que el médico le dio el alta porque ya no veía necesario que continuasen con las sesiones.

Se había esforzado mucho en superar todos sus problemas psicológicos del pasado y, a pesar de que sabía que algunas cosas nunca se irían del todo, solo eran meras reminiscencias que había aprendido a controlar y no le impedían llevar una vida absolutamente normal.

Descartó la idea.

Aquel día estaba especialmente sensible porque Bill se había ido. Lo achacó a eso. No era propio de ella. Siempre fue valiente y se desenvolvía por sí misma. Es lo que le había tocado. Sacarse las castañas del fuego y luchar con uñas y dientes.

Llegó al coche. Se quitó el abrigo y lo tendió sobre el asiento trasero. Dejó también el bolso que llevaba. Abrió la puerta del conductor y se colocó las gafas de sol. Entonces, cuando fue a encender el contacto, lo vio.

Una nota doblada y sujeta por uno de los limpiaparabrisas.

Quiso pensar que se trataba de publicidad.

Sabía que no lo era.

Tenía dibujado un sol que se escondía bajo el mar.

El ocaso.

Una broma de mal gusto para ella.

Apretó con fuerza las manos en torno al volante.

Cerró los ojos. No quería ver lo que reposaba sobre su parabrisas delantero. No quería coger ese papel ni leer lo que contuviera. No quería volver a abrir la caja de Pandora, ni regresar al pasado ni a las pesadillas que albergaba.

Pero debía hacerlo.

Negar la realidad no sirve para que los problemas desaparezcan. Lo sabía de sobra.

Se bajó del coche con parsimonia, retrasando el momento que podía suponer un punto de inflexión. Miró el papel atrapado bajo el limpia. Cerró los ojos y respiró hondo. Sintió cómo la frustración se adueñaba de ella. ¿Nunca podría vivir en paz? ¿Es que siempre iba a haber alguien dispuesto a hacerle daño?

No era justo.

Tomó la nota entre sus dedos, sujetándola con un pañuelo para no emborronarla con sus huellas. La abrió con cuidado. Había únicamente dos palabras escritas.

«*Estás sola*».

CAPÍTULO 46
Una deducción

Mediados de marzo. Año actual.

Kurt Rendell sorprendió a los agentes de la U.A.C. por la minuciosidad con la que había investigado los diferentes casos. La carpeta que portaba iba a facilitarles mucho el trabajo. Era cierto que ya habían accedido a la mayor parte de lo que él les relataba, pero el profesional de los servicios sociales, además, tenía la información perfectamente organizada.

—He dedicado muchas horas a hablar con mis compañeros para conocer los detalles de los dosieres. Todos estos niños vivían con familias que tenían abierto un expediente por algún tipo de negligencia en el cuidado de menores. En ciertos casos, se retiró la custodia de manera temporal. En otros, se estaba estudiando la posibilidad de tomar medidas cautelares de protección. No obstante, algunas de estas familias sí seguían las pautas que les habían marcado los trabajadores sociales, pero aún eran vulnerables.

—¿En qué sentido? —le preguntó Bill.

—Bueno, depende. Hay casos en que los padres tienen problemas con el abuso de sustancias. Algunos estaban rehabilitándose y otros habían recaído. Además, la situación económica era nefasta en la mayoría de las familias. Un nutrido grupo de ellos tenían que dedicar muchas horas diarias al trabajo y los menores pasaban tiempo solos. Hay que comprender que estas personas no llevan una vida fácil, independientemente de lo que cada uno quiera pensar de ello. Yo hace mucho que aprendí a no juzgarles, porque cada uno lleva su cruz en la vida y no todos tenemos la misma capacidad para salir de los baches. Mi conclusión es que era relativamente sencillo llevarse a los pequeños, sobre todo si no había un adulto cerca. Tal vez alguien se aprovechó de eso. Pero es solo una suposición y no tengo por qué estar en lo cierto.

—¿Alguna de estas familias le comentó a sus trabajadores sociales si habían sido amenazadas en algún sentido? —preguntó esta vez Amanda, a la que era evidente que este caso le importaba sobremanera. Se había implicado muchísimo desde que el día anterior se lo expusiera Bill en Quantico.

—No me lo han comentado. Tal vez es algo que ustedes puedan consultarles directamente.

—Hemos reparado en que la mayoría de los niños, si no todos, sufrían algún tipo de enfermedad. No sé si usted se había dado cuenta de esto o si nos podría aportar algo de luz sobre este tema —comentó Trenton con curiosidad. Desde que Parish había sacado a relucir este hecho, se había obsesionado con ello. Si aquel dato era relevante para los supuestos secuestradores, la investigación debería tomar un rumbo muy concreto.

El trabajador social pareció quedarse un segundo pensando, como si aquello le pillase de nuevas.

—La verdad es que no me había fijado en ello —afirmó un poco ruborizado, como si el hecho de haberlo pasado por alto fuera un motivo para avergonzarse. En realidad, debía sentirse orgulloso por el trabajo realizado—. Sí tenía constancia de que los tres niños que desaparecieron en mi zona sufrían algún trastorno genético y estaban en tratamiento por ello. Los trabajadores sociales de los centros de salud estaban avisados para que se hiciera el oportuno seguimiento y se comprobase si las familias acudían regularmente a las consultas. Es el procedimiento habitual en estos casos. Pero del resto de los menores no me he fijado si tenían problemas de salud.

Bill y Trenton se miraron. Se entendieron con ese simple gesto. Debían investigar también los centros de salud. Puede que allí les ofrecieran algún tipo de información adicional que fuera relevante para el caso.

—Con relación a las edades de los críos, hemos observado que todos son niños por debajo de los diez años. ¿Se le ocurre algún motivo concreto? —preguntó Parish.

—Bueno, se me pasa por la cabeza que, si alguien se los está llevando contra su voluntad, lo que valoran antes de hacerlo es que, a menor edad, más fácil les resulta manejarlos. Además, los peques son más ingenuos, resulta mucho más sencillo engañarles con cualquier excusa. Dense cuenta de que la mayoría de estos niños están faltos de cariño, por lo que son más susceptibles de buscar amor y atención en los adultos.

Aquello le puso los pelos de punta a Tim, ya que tiempo atrás, antes de formar parte de la Unidad de Análisis de Conducta, participó en una investigación relacionada con una red de pederastia. Esa expresión de que los niños buscaban amor en los adultos le revolvió las tripas, sobre todo después de aquella depravada interpretación que hacían algunos, de esos adultos desviados que no respetaban ni siquiera algo tan sagrado como la infancia.

Aquello le dio por pensar si este podría tratarse de un caso similar. Sin lugar a dudas, si estaba en lo cierto, estarían ante una red a gran escala de pederastas muy organizados. Podía ser una investigación de gran calibre.

En aquel instante, entró Brendan Tootsie en la sala de reuniones. No le agradaba interrumpir y se disculpó con un gesto. Estaba muy interesado en estar al tanto de la investigación. Kurt le miró con complicidad y agradecimiento. Después de todo el esfuerzo y horas robadas a su vida privada, por fin había logrado que le escucharan y una unidad de élite del FBI se encargaba de ello. Se sentía profundamente aliviado.

—Nos gustaría que estuviera disponible por si tenemos que consultarle algo —le pidió Bill.

—No lo dude. El jefe tiene mi número de teléfono, pero se lo puedo facilitar ahora mismo si lo prefieren.

—Sí, si no es molestia. Sería lo más rápido. Hoy estamos aquí en Baltimore, pero tenemos que cubrir el resto de ubicaciones que usted mismo nos ha facilitado.

Antes de que se marchara, solicitaron al personal de la comisaría que les hicieran una copia de la carpeta que llevaba Kurt Rendell. Este no se opuso. Aquello era un prodigio de organización, puesto que contenía páginas en las que se resumían los datos principales por localización geográfica y los contactos en cada área.

Bill le acompañó hasta la salida.

—Muchas gracias, señor Rendell —dijo tendiéndole su mano derecha, la cual el otro con gusto apretó—. Es muy probable que por su empeño y su esfuerzo podamos atrapar a los que estén detrás de todo esto. Desde luego, esos niños tienen en usted a un auténtico guardián.

Las palabras pueden ser como un bálsamo para el alma.

Lo que Bill le acababa de decir, siendo algo sencillo, le hizo sentir una enorme paz interior. Su esfuerzo había valido la pena.

CAPÍTULO 47

Un laboratorio

Mediados de marzo. Año actual.

Las instalaciones eran asombrosas. Le parecía mentira que en unos pocos meses, desde que hablara con ellos a principio del pasado mes de septiembre, les hubiera dado tiempo a montar aquel complejo con tecnología puntera en el campo de la bioingeniería.

Por un momento, se sintió como Oppenheimer en el Proyecto Manhattan, cuando levantaron la ciudad de Los Álamos en mitad de la nada para que los científicos pudieran trabajar sin interrupciones. Aquello hizo que sacara pecho. Debían considerarle alguien muy importante para montar algo así a su alrededor.

—Y ahora llegamos al lugar en el que esperamos que hagas tu magia —le alabó el anfitrión, alimentando más su ya desmesurado ego. Sabía que con él debía hacerlo así. Una de cal y una de arena. Darle un poco de dulce antes de meterle en vereda y ponerle los límites claros.

El doctor Romanov se quedó boquiabierto, en primer lugar por el inmenso laboratorio dotado de los últimos adelantos, pero también con el quirófano anexo que habían montado. Aquello era como un paraíso para un enamorado de la ciencia como él. Con todos esos medios, lograría avances que harían que su nombre pasara a la historia por haber cambiado el destino de la humanidad. Incluso se abría la posibilidad del premio Nobel, si sabía hacer las cosas bien y con prudencia.

Así de grandilocuente era.

—¿Qué me dices? ¿Merecía la pena venir hasta aquí o no? Estoy seguro de que tu motivación para empezar cuanto antes habrá crecido varios puntos. Como te he dicho, esto nos urge y en la universidad y en el instituto Smithsonian pueden sustituirte. Te necesitamos a tiempo completo.

—Bueno, no creo que sea tan fácil reemplazarme —dijo con su habitual ego—. Lo que sí te puedo asegurar es que estoy deseando venir aquí.

—Me lo esperaba. Ahora, solo nos queda reunirnos con mis otros dos socios y luego ya podrás volver a tus quehaceres, incluida tu famosa conferencia.

«A la que mandaremos a alguien para que te controle», pensó. Habían hablado de ello. Era un hombre tan altilocuente y con un ego tan desmesurado, que temían que pudiera irse de la lengua durante su ponencia. Si algún especialista en su campo se atrevía a rebatir algo

de lo que expusiera, por ejemplo en el turno de preguntas, le veían capaz de desvelar que ya había probado sus teorías en un niño con distrofia muscular. Resultaba paradójico que un hombre de su inteligencia, fuera para según qué cosas tan poco listo.

Salieron a un amplio pasillo. Por una cristalera el doctor Romanov pudo ver por casualidad un edificio diferente en las proximidades, con muchas ventanas de pequeño tamaño. Aquello le llamó la atención, puesto que la estética era muy diferente del resto.

—¿Qué es eso de ahí? —preguntó con curiosidad, mientras señalaba con el dedo en aquella dirección.

El otro se giró y dirigió su mirada hacia donde apuntaba la mano del científico. Enseguida se dio cuenta de a qué se refería.

—Pronto lo descubrirás. Pero de momento, no te preocupes por eso. Todo a su tiempo, mi querido amigo —respondió con una sonrisa sibilina.

No consideraban que todavía fuera necesario que supiera que en aquel edificio estaban los niños que habían ido captando para su proyecto. Especialmente por la cifra que manejaban. Lo más prudente era dosificar la información. Quizás fueron demasiado ambiciosos y podían haber empezado por menos. No obstante, parecía que no habían llamado la atención de la policía. Al fin y al cabo, se distribuyeron bien las zonas para que no fuera fácil que saltaran las alarmas.

Llegaron a un luminoso despacho dotado con grandes ventanales y claraboyas que favorecían que la luz del día fluyera por la estancia, inundando cada rincón. Estaba decorado con bastante vegetación natural que daba vida a los distintos ángulos. El ambiente era muy agradable, con la temperatura ideal, lo cual hacía pensar en que hubiera sido acondicionada con las características de una *Passivehaus*.

Le invitaron a sentarse en una de las grandes y cómodas butacas situadas alrededor de una maciza mesa de roble. Los otros dos socios que estaban financiando aquel proyecto, ya les esperaban. Un espléndido almuerzo llenaba varias bandejas listo para que sus comensales dieran buena cuenta de él.

—Sírvete lo que te apetezca, Ian —le invitó el del pelo blanco rizado. A pesar del tono de sus cabellos, en su rostro no se traslucía que fuera un hombre de edad avanzada—. Seguro que tienes hambre ya a esta hora.

—La verdad es que tengo apetito, no lo voy a negar —confesó el investigador.

—Estupendo. ¡Qué mejor que hablar de negocios con un buen *brunch*!

Y desde luego, hablaron largo y tendido.

Tenían muchos temas que debatir.

Y diversos asuntos que aclarar con Romanov.

CAPÍTULO 48
Una puesta en común

Mediados de marzo. Año actual.
Comisaría de Baltimore Oeste.
Mismo día.

Una vez finalizada la reunión con el trabajador social, se dispusieron cada uno a abordar las tareas según el reparto que hizo Bill al llegar allí. Visitaron las distintas comisarías y la oficina del Sheriff tal y como acordaron a primera hora, con el objetivo de contrastar información y tratar de averiguar algún dato nuevo. Sin embargo, no fue posible visitar las zonas en las que se suponía que podían haber desaparecido los menores. El tiempo no daba para más. Bastante lo habían exprimido ya. Tal vez pecaron de exceso de ambición.

Acababa de transcurrir una jornada entera de trabajo y vendrían muchas similares tan extenuantes como aquella, en las que tendrían que recolectar más datos para poder organizarlos y desbrozarlos, de tal manera que pudieran manejar los más relevantes y establecer el orden de prioridades. Trabajarían en coordinación con las fuerzas de la ley locales para que todo se resolviera de la manera más rápida posible y aprovechar los recursos disponibles. Esperaban que todos estuvieran dispuestos a cooperar, lo cual no siempre era viable, especialmente si sentían que el FBI estaba juzgando su trabajo. No era el caso, pero habitualmente hay diversas interpretaciones para una misma situación.

A última hora, antes de que se marchasen a cenar y después se retirasen cada uno a sus habitaciones, se reunieron para poner en común el trabajo de campo realizado. Fresser, en su ausencia, llevó a cabo una gran labor de filtrado y organización, por lo que cada agente tenía en su *tablet* los datos nuevos y los antiguos perfectamente clasificados para recuperarlos de forma eficaz cuando fuera oportuno.

—Es hora de hacer un resumen de las teorías que barajamos y ver cuáles están sustentadas en los datos que manejamos por el momento —señaló Bill.

—Creo que primero deberíamos hablar de las víctimas que tenemos, por si podemos afinar más aquellas hipótesis que lanzamos al aire ayer en Quantico —sugirió Janice.

—Me parece perfecto —respondió el jefe de la unidad.

—Es evidente que el hilo conductor de todo es la vulnerabilidad de los menores. No estamos ante niños que formen parte de familias estables y que cuiden de ellos. Eso nos dice que es probable que busquen objetivos que sean fáciles de obtener. ¿Puede esto deberse a que no son delincuentes expertos? —señaló Trenton.

—Podría ser, pero habrían tenido que ganar experiencia con cada secuestro y, con ello, seguridad y confianza en sí mismos. Ya se han llevado a muchos. En este momento, incluso no sería descabellado que hubieran cometido algún error derivado de un exceso de confianza, salvo que esto ya lo hayan hecho más veces y estén entrenados para ello. Pero no ha sido así. No han cometido equivocaciones ni han dejado rastros. Además, en ningún caso hubo testigos. Se han llevado a los niños sin que nadie les viera. A mí eso me sugiere que estamos ante profesionales, no sé lo que opináis —puntualizó Amanda.

—Y yo añadiría que los estudian previamente con detenimiento para saber cuándo y cómo llevárselos. No los escogen al azar. Teniendo esto en cuenta, a mí también me parece que estamos ante un grupo de profesionales muy bien adiestrados, tal y como tú has dicho, que además es muy organizado y muy eficaz. Deben ser expertos, sin lugar a dudas. Planifican cada paso que dan —observó Tim.

—Y tienen que ser un equipo numeroso. No podemos olvidar que han actuado en distintos estados de forma casi simultánea— puntualizó Trenton.

Los tres tenían razón. No estaban ante principiantes. Lo más probable fuera que se tratara de un grupo de mercenarios contratados para aquel fin. Eso complicaba las cosas. Por un lado, había que dar con ellos y, por otro, con quien les estaba pagando.

Eso también apuntaba a otra dirección, cuando menos, interesante: detrás debía haber alguien con mucho dinero. ¿Cuál era su objetivo en ese caso?

—Estoy de acuerdo con lo que habéis expuesto hasta el momento. Y creo que deberíamos tener claro que el hecho de que sean niños vulnerables es importante —sugirió Bill—. De todos modos, Fresser, estaría bien que mañana investigases si en estas demarcaciones geográficas han desaparecido otro tipo de niños en el mismo plazo de tiempo.

—Cuente con ello, jefe.

—Y también parece importante el hecho de que estén en seguimiento por Servicios Sociales —completó Amanda el comentario de Bill—, pues es probable que haya otras criaturas en situación semejante y que los trabajadores de ese ámbito lo desconozcan. No es posible que puedan abarcar todo lo que hay con los pocos profesionales que normalmente tienen disponibles.

—Exacto —corroboró Janice.

Trenton y Tim asintieron mostrando su acuerdo ante aquella puntualización. No obstante, tendrían que esperar a los datos que filtrara Fresser. Podía haber más casos que Kurt Rendell no había encontrado por no tenerlos en el sistema.

—Ben —dijo Bill refiriéndose al analista—, también puede ser importante que busques si en otros estados se han producido desapariciones semejantes a las que tenemos aquí. Estamos dando por hecho que, si se trata de una organización, actúan en Virginia, Maryland y Washington D.C., pero desconocemos si esto ha sucedido en más estados.

Podría ser. Si estaba en lo cierto, las dimensiones de aquella investigación podían ser descomunales. Eso implicaría muchos meses de trabajo en ese caso, incluso años.

—¿Y si alguien de dentro les facilita la información? —señaló Parish en voz casi inaudible, sorprendiendo a todos con su comentario. A pesar de las conversaciones que Bill había mantenido con él ese día cuando se habían desplazado juntos para realizar su parte de la tarea, todavía debía ganar confianza en sí mismo, era evidente. El jefe insistió mucho en que contaba con su respaldo y que esperaba lo mejor de él. Pero había un pasado en el que Bill no estuvo y que dejó un poso denso en las relaciones dentro del equipo. El italiano solo estaba viendo la punta del iceberg.

—¿A qué te refieres exactamente? —le animó a explicarse el jefe del equipo. Los demás escuchaban con interés, puesto que aquello había despertado su curiosidad.

—Igual estoy equivocado, pero creo que los capturan con demasiada facilidad, incluso aunque hablemos de una organización. Es cierto que pueden trabajar con *hackers* y meterse en el sistema informático para buscar la información, pero hay cosas que no podrían conocer. Por ejemplo, en el caso de la pequeña que iba con su abuela…

—Hailey —le cortó Tim.

—¿Qué? —preguntó Parish.

—Digo que se llamaba Hailey.

—¡Ah, vale! Sí, eso, Hailey. Pues en su caso, pueden saber que la niña está en un centro de acogida, pero otra cosa es conocer cuándo iba la abuela a buscarla y por dónde solían ir.

—Bueno, eso es fácil si, como ya hemos dicho, les vigilan previamente y lo planifican. Pasarían días apostados en las inmediaciones.

—¿Y cómo hacen la selección? ¿Por qué motivo esos niños en concreto? Creo que hay alguien de dentro que maneja esa información y se la facilita, alguien que sabe qué tiene que buscar. Parece que se la ponen en bandeja y ya solo tienen que ir a tiro hecho.

Quizá tenía razón o quizá no, pero sin duda debían investigarlo. Si alguien de dentro de Servicios Sociales estaba colaborando en esas desapariciones, podrían descubrirlo tal vez buscando los accesos de los distintos trabajadores al sistema y las búsquedas que habían realizado.

—Fresser, necesito que investigues también lo que acaba de decir Parish —le solicitó el agente italiano.

Al analista le caían gotas de sudor por la frente. El volumen de trabajo que tenía que atender no paraba de crecer. Bill se dio cuenta de que se estaba agobiando y lo comprendía. Si no podía con todo, no dudaría en pedirle a Tyerll que le echara un cable. De momento, confiaría en Ben.

—Claro, jefe —contestó tratando de mostrar seguridad—. ¿Qué es lo que quiere exactamente que haga?

—Empieza por indagar qué trabajadores sociales buscaron información sobre los niños desaparecidos. Comienza por los de Baltimore a ver qué encuentras.

—Claro. Así lo haré.

Bill miró a sus agentes. Se leía ya la fatiga en el rostro. No debía exprimirles más. El cansancio no es un buen compañero de la lucidez. Dedicó los últimos minutos de la reunión a repasar los datos, teorías y preguntas que habían surgido desde el día anterior y las dejó escritas en la pizarra.

Era hora de descansar.

Mañana sería otro día.

Resumen de teorías y preguntas hasta el momento

- Parece que detrás de las desapariciones puede haber un grupo de mercenarios.

- ¿Quién los contrata?

- Posibilidad de personas poderosas o influyentes en la sombra con mucho dinero.

¿Qué hacen con los niños? ¿Qué pretenden? ¿Hay algún trabajador social en el asunto colaborando con los criminales?

TEORÍAS AL RESPECTO

- Red de tráfico de menores.

- Se trata de una secta.

- Alguien intenta salvarlos (Esta teoría pierde fuerza al presuponer la implicación de un grupo de mercenarios contratado por una elevada cantidad de dinero).

- Los han asesinado. En ese caso, ¿por qué y para qué?

- La enfermedad que presentan puede ser de relevancia en la investigación.

- Detrás hay una red de pederastas .

CAPÍTULO 49

Una amiga

Mediados de marzo. Año actual.
Primer día desde la ausencia de Bill.

Lo primero que hizo Kisha después de leer la nota fue llamar a Wynona Wrangler. Necesitaba compartir aquello con alguien y Bill no era una opción en ese momento. Acaba de marcharse hacia Baltimore a una investigación con su equipo y no debía llamarle para esa tontería. Además, no le parecía buena idea distraerle y preocuparle por algo que podía tratarse de una broma de mal gusto.

Aunque no creía que fuera solo eso.

«*Estás sola*» no era un mensaje equivalente a «*Voy a matarte*», por poner un ejemplo. No era realmente una advertencia, sino la constatación de un hecho en ese instante. Estaba sola. Era cierto. Pero también sabía que podía encerrar algo más. Ese dibujo simulando el ocaso o, según se mire, el amanecer, para ella significaba demasiado.

En todo caso, acudir a la policía con aquello tampoco le serviría de mucho, a pesar de su historial en el pasado en el que había sufrido amenazas reales que llegaron demasiado lejos. No obstante, los responsables se encontraban entre rejas en ese instante.

Subió a casa para coger una bolsa en la que poder guardar la nota y preservar las huellas, si es que las había. Dudaba que fuera así por la experiencia con la que le llegó con anterioridad. Cuando tuviera la oportunidad, trataría de extraerlas y buscaría un laboratorio que pudiera hacer un análisis específico y compararlas en la base de datos. El problema era cuál. Ya no trabajaba para la policía y no estaba en California, donde tenía contactos y muchos polis la conocían a ella.

La respuesta era casi evidente. Se lo podía decir a Bill y él buscaría los medios, pero nuevamente volvía al punto de partida. En ese momento, él no era una opción. No podía poner en juego su trabajo ni su futuro dentro de la Agencia Federal porque alguien le hubiera dejado una nota en el limpiaparabrisas.

Ya habían pasado casi tres meses desde aquella primera misiva que le entregara una joven en la academia después de su debut como formadora externa del FBI. Casi le pareció una broma macabra que alguien hubiera elegido ese día para darle la nota, justo cuando se estrenaba en una nueva profesión y delante de un buen número de agentes. Desde luego, había que ser muy osado para hacer algo similar.

Después de reflexionar sobre todo aquello, pensó que su mejor opción era llamar a la joven neoyorkina con el pelo del color del

fuego. No dudaba de que ella estaría dispuesta a ayudarla si estaba en sus manos. En cualquier caso, en ese momento solo necesitaba poder contárselo a alguien, compartirlo con otra persona.

—¿Otra vez? —le preguntó anonadada la pelirroja después de que le expusiera lo que había encontrado.

—Sí, otra. Y lo que me parece más sospechoso es que me la hayan dejado justo el día que Bill se ha ido —dijo, ocultando lo que realmente estaba pensando.

—Bueno, siento decírtelo, porque tengo la sensación de que no lo quieres ver, pero alguien te está vigilando —contestó de forma directa la otra, confirmando sus propias suposiciones.

Alguien podía estar siguiéndola.

Kisha cerró los ojos. Todo indicaba que tenía razón. En realidad, ella ya se lo había planteado, pero no quería creerse que fuera verdad. Oírlo de boca de otra persona le daba mayor consistencia a su suposición. Por desgracia, así era y lo sabía.

—Vamos a hacer una cosa —dijo la más joven.

—A ver qué genial idea se te ha ocurrido —bromeó, tratando de no perder el sentido del humor.

—No seas mala, Kisha, ¿eh? Encima que quiero ayudarte.

—Venga, cuéntamelo ya porque tengo que ir a Fredericksburg y veo que al final voy a llegar tarde. Menos mal que pensaba que hoy salía con tiempo de sobra.

—Ya voy, no seas agonías, mujer. Ahí va: ¿qué opinas sobre hacerme un hueco en tu dulce hogar y trasladarme allí unos días a ver si averiguamos algo entre las dos?

—No me parece mala idea del todo —respondió sopesando la sugerencia.

—No te entusiasmes tanto, ¿eh? Me esperaba más un "*ya estás tardando*" que un "*no es mala idea del todo*". ¡Hay que ver qué exigente te has vuelto!

Kisha sonrió. Wynona casi siempre conseguía ponerla de buen humor. Ahora lo necesitaba, aunque solo fuera de manera temporal. El día ya había empezado bastante mal.

Pensó en la propuesta. Después de permanecer tanto tiempo viviendo sola en el pasado, ahora resultaba que parecía que apenas soportaba la soledad. Igual era una buena oportunidad para superar lo que podía equipararse a una reciente dependencia emocional.

—Creo que no hace falta —respondió al fin—. Te lo agradezco, ya lo sabes, pero no puedo permitir que cualquiera se sienta ni con el derecho ni con la capacidad de poder amedrentarme.

—Como tú quieras. Aunque si cambias de opinión, ya sabes que solo tienes que decírmelo. Para eso estamos las amigas, ¿no?

—Sí, no lo dudes.

—Cuídate, Kisha —dijo con preocupación. La pelirroja no se lo comentó, pero tenían un mal presentimiento. Aunque la californiana no quisiera que se fuera con ella hasta que regresara Bill, se propuso instalarse en su casa de todos modos. No le gustaba el cariz que estaba adquiriendo todo aquello.

Sin embargo, no pudo hacerlo tan pronto como ella quería, puesto que alguien en Nueva York solicitó sus servicios como detective privada. Le resultó imposible decir que no. Su economía ya estaba demasiado maltrecha como para rechazarlo.

*

Las cosas no siempre son lo que parecen

“Cada día sabemos más y entendemos menos”. (Albert Einstein)

CAPÍTULO 50

Un contacto

Mediados de marzo. Año actual

Entró en su habitación. Estaba agotado. Había sido un día intenso desde que a primera hora abandonasen Quantico en dirección a Baltimore, una ciudad que nunca le había gustado demasiado, tal vez por lo que vivió allí cuando era un niño y su familia tuvo que trasladarse de manera temporal.

Sin embargo, Trenton no podía negar que en aquel lugar también había aprendido a fortalecerse y a luchar por lo que creía justo. La vida a veces nos enseña a palos y él se había llevado unos cuantos. Ahora casi lo agradecía, pues pocas cosas podían llegar a afectarle de verdad.

Se tiró en la cama con la ropa puesta, casi desfallecido. Necesitaba unos segundos de descanso. Un momento de desconexión. Una pausa en la que no hacer absolutamente nada. Después, una ducha y pronto se iría a dormir. Mañana sería otro día.

Su cabeza no paraba de pensar en el caso, en las posibles teorías que manejaban, en las implicaciones que cada una conllevaba. Aunque fueran sumamente complejas, para él resultaban más sencillas las investigaciones en las que perseguían a un solo criminal o un grupo reducido de ellos. Esto tenía pinta de ser una organización grande.

Cuando el grupo era pequeño o estaban ante un solo delincuente, analizar su personalidad y hacer el perfil psicológico era más asequible y manejable. Estudiaban la victimología, los escenarios de los crímenes, la firma del asesino cuando estaban ante un homicidio, el *modus operandi* y, a partir de ahí, podían deducir el perfil psicológico con bastante exactitud. No era cuestión de magia o de ilusionismo, como todavía decían algunos escépticos para denigrar su trabajo, sino que detrás de ello se encontraba la ciencia del comportamiento.

Una organización era otra historia. Se rigen por patrones de conducta distintos. Por un lado, son un organismo con unas características propias que lo definen y lo diferencian de otros. Por otro, estaban las personas que había detrás de ellas, tanto las que se encontraban al mando como las que cumplían órdenes.

Se dirigió a la ducha. Se sintió más relajado después de que el agua caliente lloviera sobre su espalda. Era asombrosa la capacidad de su piel para aguantar el calor. De hecho, la tonalidad de esta después del baño era de un rojo vivo, quizás como forma de protesta por tener que soportar las altas temperaturas.

Se miró en el espejo. Todavía no tocaba afeitarse. Le gustaba llevar esa barba bien cuidada que tapaba su cicatriz, testimonio de una refriega precisamente en Baltimore cuando era todavía un chiquillo.

Oyó que sonaba su móvil. Salió del baño. Lo había dejado cargando en la mesilla de noche. No esperaba ninguna llamada, así que aquella despertó su curiosidad.

Miró la pantalla. No tenía grabado el número. Eso le pareció más sospechoso. Dudó si contestar. Estaba cansado, no le apetecía responder a llamadas intempestivas. Finalmente, la curiosidad ganó la batalla. Enseguida fue reemplazada por una genuina sorpresa.

—Dígame. Sí soy yo. Por supuesto. Te escucho.

Aquel contacto era del todo inesperado.

CAPÍTULO 51

Un error

Cerca de finales de marzo. Año actual.

Nunca es fácil saber dónde aparecerá aquello que resulta clave para resolver un caso. Da la impresión de que sitúa a los investigadores en la línea correcta, pero esta no tiene por qué ser así, puesto que no siempre las cosas son como parecen.

Ni tampoco es oro todo lo que reluce.

Llevaban tres días de intensa investigación, visitando algunas de las localidades en las que habían desaparecido varios niños, entrevistando a los trabajadores sociales, agentes de policía y familias, además de explorar los lugares en los que se había visto por última vez a los menores.

Ben Fresser, por su parte, no cesaba de cumplir con los encargos que Bill le hacía. Estaba sobrepasado de trabajo. Eran demasiados datos que tenía que localizar. Empezaba a pensar que deberían llamar también a otro de los analistas de Quantico para que le echase una mano, aunque eso, en realidad, nunca lo confesaría.

Entre otras cosas, había descubierto que los accesos en la base de datos de los Servicios Sociales solían hacerse desde los perfiles de los responsables de zona, que eran los únicos que no tenían restricciones a la hora de consultar cualquier expediente. Por lo tanto, serían los siguientes en ser interrogados. No obstante, había algo bastante extraño, puesto que la consulta de los expedientes en los distintos casos de los críos desaparecidos se había hecho en muchas ocasiones en horarios poco habituales, como por ejemplo a altas horas de la madrugada.

—Tiene pinta de que han hackeado los usuarios de los responsables de zona —sugirió Ben.

—¿Y eso puedes comprobarlo? —le preguntó Bill, puesto que parecía una pista a seguir.

—Puedo intentarlo, aunque no será fácil. Me extrañaría que, de ser así, hayan dejado algún rastro.

—Bueno, inténtalo por si acaso. Tal vez en eso esté la clave de todo, nunca se sabe —le pidió el jefe de la unidad.

Parecía que la teoría de Parish tomaba fuerza. Alguien que conocía quiénes eran los responsables de zona en cada caso, facilitaba esa información para que pudieran entrar en sus cuentas. Era una hipótesis. Tal vez esa misma persona o personas, después de tener el acceso a las bases de datos, eran los encargados de buscar los expedientes adecuados.

Eso les hacía pensar en algún trabajador descontento o en una persona a la que hubieran despedido recientemente.

Nuevamente, Ben Fresser tuvo que ponerse manos a la obra para buscar un posible despido improcedente o empleados insatisfechos en algún sentido. Cuando los localizase, debía decírselo a los agentes para poder interrogarles.

—No veo esa teoría —señaló Janice—. Esto no es como alguien que curra en un banco y trata de joderles robándoles dinero. La gente que se mete a trabajar en asistencia social, suele ser por vocación. Si querían vengarse, tal vez denunciaran o expusieran las deficiencias del sistema, pero no me cuadra que quisieran hacer daño a los menores.

—Salvo que estemos ante un salvador que considera que esos niños se merecen una vida mejor —repuso Trenton.

—Pero ya hemos descartado que estemos ante un único sujeto —rebatió Janice.

—Sí, eso es cierto. Aunque tal vez este supuesto salvador pertenece a una secta y piensa que los niños estarían allí mejor cuidados —insistió Trenton, a pesar de que él tampoco terminaba de creérselo.

—No sé, no me cuadra, la verdad.

—¿Por qué no? Es factible. Qué mejor que captar menores para lavarles el cerebro desde que son pequeños —argumentó ahora Tim.

—Vale, de acuerdo. Pero debe ser una secta con muchos recursos económicos. A estos críos no se los han llevado cuatro feligreses de pacotilla, sino gente muy preparada capaz de coger a más de cincuenta niños sin levantar sospechas.

—Por otra parte, yo tampoco quiero cegarme con el tema de que los trabajadores sociales se meten en esto por vocación. No nos olvidemos que la mayoría de pedófilos trabajan en campos relacionados con la infancia, como la educación, por ejemplo —expresó de forma vehemente Amanda.

—Al igual que muchos pirómanos trabajan de bomberos —completó Parish.

—Exacto. Son profesiones que les sitúan más cerca de su objetivo —continuó la agente.

Aquella reunión no estaba dando demasiados frutos. Tal vez, estaban abrumados todavía por la cantidad de información que manejaban al mismo tiempo y por la frustración de no encontrar alguna pista que orientara mínimamente sus teorías.

—No nos desviemos, por favor —pidió Bill—. Tal vez sea mejor esperar un poco más a tener más pruebas antes de seguir lanzando hipótesis a lo loco. Creo que si lo hacemos, podemos cometer fácilmente un error y luego cegarnos para que cuadre con nuestra teoría.

Fue entonces cuando llegó una información que sería clave y que

definiría el rumbo de la investigación. En una redada de la D.E.A. en la que buscaban un cargamento de hachís en el puerto marítimo de Baltimore, habían localizado un carguero que transportaba menores hacia países de Europa del Este.

En cuanto se lo notificaron, se dirigieron en los coches hasta allí.

CAPÍTULO 52

Una ponencia

Cerca de finales de marzo. Año actual.
Algunos días después.

Los últimos acontecimientos permitieron que Trenton insistiera una vez más en su interés por acudir a la conferencia sobre la edición genética que ya había hablado con Bill días atrás, cuando fue con él a Washington a entrevistarse por primera vez con Brendan Tootsie.

Bill trató de mantenerse firme y no ceder, pero el agente insistía en que quería consultar con el científico algo relacionado con la investigación en curso. En concreto, aprovecharía para hacerle algunas preguntas respecto a las enfermedades de aquellos niños Además, argumentó que los otros miembros de la U.A.C. podrían continuar con la investigación en las pocas horas de ausencia que les supusiera acudir a la conferencia y volver a Baltimore.

A pesar de la teoría que manejaban como más viable y que tenía pinta de encajar a la perfección para completar el puzle, había algo que le carcomía por dentro y que no quería dejar pasar. Para empezar, aquella investigación se estaba resolviendo de forma demasiado fácil.

Intentaba convencerse del principio de la Navaja de Ockham y de su teoría de que, en igualdad de condiciones, la solución más sencilla solía ser la más probable. Que una red de tráfico de menores estuviera detrás de aquello, era una explicación simple y lógica, aunque todavía debían localizar a los críos desaparecidos y averiguar quiénes lo habían orquestado todo. El organigrama de esa sociedad debía ser extenso y no querían que nadie quedase libre. Para empezar, el patrón del carguero ya estaba bajo custodia y le tirarían de la lengua para averiguar lo máximo posible a través de él. Le esperaba una buena temporada a la sombra por ser cómplice, eso sin duda.

Trenton seguía dándole vueltas a una idea. Si estos niños cuyos nombres les había facilitado Kurt Rendell habían sido secuestrados y estaban en manos de alguna red de tráfico de menores, debían ser debidamente medicados y tratados para que no empeorasen. Es más, podía darse el caso, según el problema de salud que padecieran, de que una falta de medicación o de pautas en su dieta les provocara incluso la muerte, en el peor de los casos. No comprendía que alguien que trafica con personas, lo haga con las que ya están enfermas. Podía darse la casualidad de que alguna lo estuviera previamente, pero que la gran mayoría de los niños desaparecidos tuviera un trastorno de salud y, además, de la envergadura de lo que habían visto en los expedientes, no le parecía una casualidad.

Cuando llegaron al Smithsonian, se encontraron con que la sala de conferencias estaba a rebosar. Suponían que habría muchas personalidades científicas congregadas en aquel espacio y casi se sintieron intimidados ante tanta mente extraordinaria.

La ponencia desde luego no les defraudó, no solo por lo interesante que resultaba el tema y el mundo de posibilidades que ofrecía aquello del CRISPR/cas9 que pocos días antes al italiano le había sonado a chino, sino porque desde luego había sido amena y muy polémica.

Justo al finalizar, los agentes se fijaron en unos tipos que se acercaban a hablar con el ponente. Tal vez fue el porte de ambos lo que les llamó la atención.

—Es increíble todo lo que puede acarrear esto de la bioingeniería —señaló Bill, quien todavía estaba bastante alucinado por todo lo que acababa de escuchar y ver, ya que el doctor Romanov les había mostrado vídeos de algunos de sus experimentos, lo cual resultaba del todo sorprendente.

—Sí, y también preocupante las implicaciones éticas que conlleva. Cuando llegue el momento que nos ha presentado Romanov y no sea solo una idea, sino una realidad lo de la edición genética, ¿quién nos dice que alguien no jugará a crear una raza humana sin taras ni errores en su ADN? Ya hemos visto esto en la historia, Bill. Y terminó con la II Guerra Mundial, solo que entonces, por suerte, no existían los medios que tenemos hoy.

A Bill se le pusieron los pelos de punta. No era un asunto baladí. La regulación al respecto debía ser muy estricta para evitar que se cometieran auténticas aberraciones en aras de la ciencia.

Se dirigieron hacia el estrado en el que Romanov seguía discutiendo con los hombres que se le habían acercado unos minutos antes. Tanto Trenton como Bill no les quitaban ojo, tal vez era deformación profesional. Ambos estudiaban el lenguaje corporal de los implicados. Desde luego la animadversión era patente. Quizá fuera buena idea cortar aquella discusión y evitar males mayores.

—Solo le transmitimos la información de nuestros jefes. Se le advirtió que tuviera cuidado —estaba diciendo uno de ellos cuando se acercaron los agentes del FBI.

—Doctor Romanov —dijo Trenton, con la intención de romper aquella dinámica tan tóxica—, no sé si podría concedernos unos minutos.

El científico todavía mantuvo unos segundos la mirada a aquellos hombres. Miró a los agentes federales con cara de pocos amigos. Valoró si mandarlos a freír espárragos, antes de saber quiénes eran, o atenderles y así dar por zanjada la infructuosa discusión que estaba manteniendo.

—Por supuesto, estos caballeros ya se iban —dijo desafiante.

Esperaron unos instantes a ver si decidían marcharse por fin. El lenguaje corporal de aquellos individuos hablaba muy claro.

—Gracias, doctor —respondió el policía de la barba—. Si necesita algo, podemos ayudarle— se ofreció con una clara advertencia.

—No se preocupen. Estoy bien. ¿Qué se les ofrece? —preguntó con aparente indiferencia y cierto desdén. Sin embargo, ambos policías se dieron cuenta de que fingía, y que aquella conversación le había incomodado mucho.

—Yo soy Trenton Sacher y mi amigo es Bill Zucherinni. Somos agentes especiales del FBI —explicó a modo de presentación. Los otros dos hombres, después de mirarse entre ellos, se fueron de forma tranquila, para evitar levantar ningún tipo de sospecha. No les interesaba en absoluto continuar allí.

Romanov tragó saliva. El FBI no solía ser la clase de público que tenía en sus conferencias. Temió que supieran algo, pero ¿cómo era posible? Debía mostrarse lo más tranquilo que pudiera.

—Ustedes dirán —expresó intentando controlar su agitación.

—Nos gustaría que nos aclarase un poco qué tipos de trastornos genéticos en niños se podrían tratar con el CRISPR/cas9 según su experiencia.

—Es curioso que al FBI le interese este tema. ¿Acaso es con relación a alguna investigación en marcha? —trató de averiguar con intereses ocultos.

—Eso no se lo podemos decir, imagino que ya se hace cargo —respondió firme Bill.

—Claro, lo supongo. Pero también es cierto que las fuerzas de la ley, en ocasiones, cuentan con expertos en un tema como consultores. Si es el caso, entonces esta conversación debería ser de otro tipo, con un contrato de por medio y unos emolumentos para mí.

Bill le miró esta vez frunciendo el ceño. Le desagradaba esa escasa voluntad que mostraban algunos para colaborar con las fuerzas del orden. Al fin y al cabo, estaban para servir y ayudar a todos. Solo le habían realizado una pregunta, seguramente sencilla de responder para él, y ya estaba poniendo impedimentos.

—Mi compañero solo le ha hecho una consulta de interés meramente personal. Descuide que, si se da el caso y necesitamos en alguna investigación un experto, si es usted el elegido, le llamaríamos primero y concretaríamos los términos del acuerdo.

El otro miró altivo a Bill.

No le había caído bien el italiano.

El sentimiento era mutuo.

—Si me han escuchado con atención, sabrán que todavía estamos estudiando qué tipos de enfermedades y trastornos de origen genético son susceptibles de curarse con esto, aunque mi apuesta es que con el

tiempo lograremos que todos sucumban a las tijeras del cas9. Si la comunidad científica no fuera tan remilgada, posiblemente podríamos estar hablando de algo muy diferente ya en este momento —declaró con una soberbia digna de personalidades narcisistas.

Trenton no perdía detalle de lo que decía el científico y de cómo lo decía. Se le ocurrió hacerle una pregunta que podía dinamitar aquella conversación, pero también le proporcionaría información adicional.

—Una última cuestión, doctor Romanov.

—Sí, por favor. No me sobra el tiempo.

Trenton se preparó para lanzar un órdago.

—Seré breve. Nos acaba de hablar de los remilgos del resto de científicos, pero seguro que si yo, un simple agente del FBI, se ha dado cuenta de ello, todos estos expertos en distintos campos de la ciencia seguro que también.

—¿Se ha dado cuenta de qué? No le comprendo.

—De que en uno de los vídeos que ha mostrado en la ponencia estaba usted trabajando con células humanas.

CAPÍTULO 53

Un perfil

Cerca de finales de marzo. Año actual.
En la conferencia.

Trenton no le quitaba ojo al doctor Romanov mientras este hablaba. Le interesaba mucho el tema que estaba tratando. De hecho, había leído e investigado por su cuenta, puesto que desde que era un crío le apasionaron los temas relacionados con la ciencia.

Pero había algo que todavía le gustaba más.

Adoraba la perfilación psicológica.

Por lo tanto, mientras hablaba, no podía evitar ir elaborando al tiempo que escuchaba el perfil de la persona que tenían ante ellos. Era un hombre con un evidente complejo de Dios que se creía por encima del resto. De hecho, cuando alguno de sus colegas científicos le realizaba alguna pregunta, le respondía con apatía y tratándole como si fuera un ignorante, algo que hacía que el público asistente se removiera en sus asientos incómodo. Esa contestación se la habría servido a cualquiera de ellos y lo sabían, así que la afrenta era compartida.

Unido a su narcisismo, tenían en frente a un hombre que perseguía sus objetivos sin detenerse a observar si lograrlos suponía pisar a alguien. No le importaba. No parecía tener ni la menor empatía. Trenton empezó a conjeturar que el motivo de meterse a trabajar en el campo de la bioingeniería no era con fines humanitarios, es decir, para encontrar modos de curar a los demás y hacer la vida de la gente mejor y más fácil. No, ni mucho menos. Trenton estaba seguro de que la bioingeniería cumplía a la perfección con ese complejo de ser superior que tenía.

Todo aquello lo corroboró en la breve conversación que mantuvieron Bill y él mismo con Ian Romanov. Aquel hombre era un psicópata y podía ser peligroso. Evidentemente, no había motivos para tenerle bajo vigilancia, pero sospechaba que, con el tiempo, tal vez estuviera bajo investigación por haberse excedido en algún sentido con sus experimentos.

La pregunta que lanzó al aire al final de la conversación, había logrado transformar la expresión de suficiencia de Romanov en otra muy diferente. Era más que probable que le hubiera pillado y, sin autorización de la F.D.A. ni de ningún organismo vinculado con su campo, ya hubiera empezado a experimentar con humanos.

Su soberbia extrema probablemente le hubiera conducido a ese desliz en un alarde de demostrar que era más listo que el resto y que

nadie en la sala lo había detectado. Tal vez fueron solo unos *frames* sueltos en medio del vídeo en los que apenas se apreciaba la diferencia, pero él estaba convencido de que nadie los detectaría y eso demostraría su teoría de que el resto de sus colegas no estaba a su altura.

—¿Cómo se atreve a hacerme esa pregunta? —inquirió rojo de ira.

—Vamos, doctor, no se haga el ofendido. En realidad, lo que le molesta es que un simple agente de la ley como yo le haya pillado en esa travesura.

Le miró igual que una fiera enjaulada. Trenton no dudaba que, si Ian Romanov tuviera en sus manos la posibilidad de hacerle daño de alguna forma en ese momento, lo haría sin piedad. Pero no era idiota. Estaba frente a dos agentes del FBI.

El puñetero FBI.

Podrían traerle problemas.

Muchos.

—Siento decirles que esta conversación se termina aquí.

Entonces se dio la vuelta y se marchó.

Bill se quedó mirando a Trenton con una sonrisa divertida en la cara.

—Eres un cabronazo, ¿eh?

—Bueno. Hago lo que puedo.

El italiano se echó a reír.

—No sé por qué tengo la sensación de que tienes una cuenta pendiente con el científico.

—Algo así. Digamos que no es la primera vez que acudo a una de sus conferencias y, en una de ellas, me ridiculizó.

—Es bueno saberlo. Me andaré con cuidado desde ahora. Venga, será mejor que nos vayamos. Tenemos mucho trabajo todavía por hacer.

CAPÍTULO 54
Una decepción

Primeros de abril. Año actual.

Estaban siendo días de suma agitación. Desde luego el caso era muy gordo. Acababan de desarticular una red de tráfico de personas, especialmente menores. Era desalentador ver la cantidad de gente en situación de vulnerabilidad que era arrollada por la maquinaria de las mafias.

Hallaron allí a alguno de los desaparecidos que estaban buscando, un total de seis pequeños de los que no se había vuelto a saber nada. Todos fueron secuestrados en Virginia. Del resto, no tenían el menor rastro.

Los interrogatorios con el patrón fueron complicados. Al principio, se cerró en banda y se negó a hablar. Poco a poco, fue cediendo a la presión y empezó a cantar *La Traviata*, posiblemente cuando se dio cuenta de la cantidad de años que podían caerle encima. No era tan tonto para cargar con aquello él solo.

Parecía ser consciente también de que no había merecido la pena meterse en semejante lío por un puñado de dólares. Lo peor de todo era que ese constituía su principal motivo de arrepentimiento, no el futuro y el derecho a una vida digna que le había arrancado a tantas y tantas personas.

La unidad de Bill se coordinó con la sección del FBI que estaba encargada de ese tipo de delitos. Ellos conocían ya muchos nombres y les resultaba más fácil atar cabos. El problema seguía siendo localizar a los auténticos responsables de todo aquello, pero antes o después, darían con ellos.

Respecto al paradero de las personas que habían sido arrastradas a los cargueros del puerto de Baltimore, estaban también investigándolo. Había que coordinarse con los distintos servicios de policía de otros países y, en especial, con la Interpol.

Dentro de la unidad se respiraba un aire enrarecido. En realidad, sentían que no habían contribuido en absoluto a resolver ese caso. Al final, una serie de circunstancias y de casualidades, como la de aquella redada que la D.E.A. ya tenía planeada y su consecuente registro exhaustivo, habían destapado la trama.

—Creo que deberíamos seguir investigando —propuso Amanda—. En realidad, no hemos resuelto nada.

Expresaba el sentir general de los miembros del equipo. Era verdad. Todos consideraban que su dedicación a aquel caso había sido del todo inútil. Flotaba en el aire un sentimiento de desazón.

—Amanda, tenemos que volver a Quantico. El fiscal va a dar por cerrada la investigación. A partir de ahora, son otros estamentos del FBI los que tienen que encargarse de detener a los culpables —expuso Bill, sabiendo que ya le habían pedido que volvieran.

—No hemos encontrado a los niños. Eso debería ser suficiente motivo —insistió Amanda.

—Para mí lo es —la apoyó Tim.

Bill miró a todos de uno en uno.

—¿De verdad creéis que yo me voy satisfecho con el trabajo que hemos realizado? Claro que no. Pienso lo mismo que vosotros.

—Eres el jefe y quien toma las decisiones —le desafió Amanda otra vez.

—Soy el jefe, pero tengo superiores por encima que me dicen que este caso hay que dejarlo ya en manos de otros y que la U.A.C. debe dedicarse ahora a nuevos asuntos. Nuestros compañeros están buscándoles. Tienen toda la información que hemos recabado y, al menos, ya se hacen una idea de quienes son los responsables. Será cuestión de tiempo —dijo Bill, intentando convencerse a sí mismo.

—Creo que tiene razón —le apoyó Trenton.

—¿En serio? —preguntó con incredulidad Amanda—. ¿De verdad estás diciendo que debemos olvidarnos de estos pequeños y seguir a lo nuestro?

—No, Amanda, no es lo que digo, ni mucho menos. Ninguno aquí quiere olvidarse y seguir a lo nuestro, pero no nos queda más remedio. Nos apartan del caso. Fin de la historia.

—No me imaginaba que te rindieras con tanta facilidad, Trenton, la verdad. Estoy decepcionada.

—No me hagas chantaje emocional, por favor. ¿De qué sirve que nos empeñemos en seguir con esto y desatender otros casos? Sería duplicar recursos.

Amanda estaba realmente frustrada con aquello. Solo seis menores de más de cincuenta habían aparecido.

—Por si no os habéis parado a pensarlo, los niños que hemos encontrado no sufrían ninguna enfermedad.

—Te equivocas —la rebatió Janice, que parecía estar del lado del equipo Bill / Trenton—. Dos de ellos sí la tenían. Uno sufre trastorno del espectro autista en grado I y el otro es hemofílico.

—Vale, me rindo. Pero quiero que todos sepáis que estoy muy decepcionada por esto.

—Amanda, te propongo algo —le dijo Bill para tratar de capear el temporal—. Haremos seguimiento de la evolución del caso y

estaremos al tanto de los detenidos y, por encima de todo, de si aparecen los críos. Si tenemos la posibilidad y no los localizan, trataremos de buscar el tiempo para investigarlo.

—Bill, te lo agradezco, pero esto es igual que con el resto de casos que quedan sin resolver. Al final, nunca terminamos de hacerlo porque nos es imposible encontrar el tiempo que requerirían.

Sabía que, en cierto sentido, tenía razón. Una cosa era la buena voluntad de todos y el querer dejarse la piel en cada investigación, y otra muy distinta era enfrentarse a la realidad del día a día, la cual venía cargada con infinidad de nuevos casos.

Una de las partes difíciles precisamente de la actual ocupación de Bill Zucherinni era ese, seleccionar las posibles investigaciones que planteaba al equipo para decidir de manera fundamentada en cuál intervenir.

Aquel trabajo no era sencillo en ningún aspecto.

CAPÍTULO 55

Un Avance

Primeros de junio. Año actual.

Tras la conferencia del doctor Romanov y la inesperada visita en la misma del FBI, habían dejado un tiempo prudencial para comprobar que no estaban tras su proyecto. Temían que la presencia de aquellos dos agentes no fuera casual y que manejasen información delicada. Cualquier precaución podía ser poca.

Después de aquello, llamaron al científico para conocer qué tipo de interés tenía la Agencia Federal en hablar con él. Este les relató la conversación y, a pesar de que no les tranquilizó del todo, supusieron que, tal y como esperaban, no sabían absolutamente nada de lo que pretendían hacer. Eso no significaba que debieran confiarse. Era recomendable poner unos "ojos" que vigilasen de cerca a Romanov. Con aquel hombre, se podía esperar cualquier cosa.

Era evidente que si en algún momento, quizá años después, se sabía lo que habían hecho con aquellos niños, el mundo se echaría las manos a la cabeza y les tacharían de inhumanos y de cosas mucho peores. Incluso les acusarían de un delito de lesa humanidad. Pero también eran conscientes de que esos mismos que pondrían el grito en el cielo por lo que habían llevado a cabo serían los que suplicarían que les aplicaran a ellos y a sus familiares los tratamientos que de aquella malvada investigación habían surgido.

La hipocresía del ser humano en su más alto grado.

La noticia de que se había destapado una trama de tráfico de personas que utilizaba el puerto marítimo de Baltimore para sus fines, devolvió la calma a los responsables del proyecto. No obstante, ahora estaban más precavidos y tenían a personal destinado a vigilar los movimientos de la policía local y del FBI, por si acaso en algún momento algo relacionado con ellos despertaba su interés. De ser así, se verían obligados a tomar medidas y deshacerse de todo lo que pudiera implicarles, incluidos por supuesto los niños.

Desde los últimos diez días de abril, el gran complejo de GENEXT, que era como habían llamado al proyecto, se encontraba en estado de ebullición, frenético de actividad. Sabían que el progreso necesita su tiempo, pero también eran conocedores de que, en algunas ocasiones, se puede adelantar la evolución cuando se invierten muchos recursos y esfuerzos a algo concreto. El rápido desarrollo de las vacunas durante la pandemia del COVID-19 ya lo demostró en su momento.

Y lo que tenían entre manos era mucho más grande.

Podía suponer el fin de la medicina tradicional.

Quién sabe si, incluso, fueran capaces de acabar con las enfermedades y detener el envejecimiento y el deterioro que este trae consigo.

Los avances eran alentadores. Las pruebas con los niños estaban dando resultados positivos en muchos casos. Habían comenzado ya con el proceso, cortando las partes que contenían el error genético y utilizando distintas técnicas de edición para comprobar cuál resultaba más efectiva. El problema era que no contaban con sujetos de control y que casi todas las investigaciones que estaban realizando eran de caso único, pues solo un niño o niña era portadora de una enfermedad en concreto.

La conclusión inevitable tras las primeras semanas de trabajo era que habían pecado de exceso de ambición. Los cuarenta y ocho niños seleccionados padecían enfermedades que apenas se repetían entre ellos, lo que daba un abanico enorme con el que trabajar y eso era excesivo. No estaba siendo fructífero. Al menos, no como esperaban. Era imposible abarcar tanto de una sola vez. Ni siquiera las enormes instalaciones contaban con la cantidad de laboratorios y quirófanos que se requerirían. Sin lugar a dudas, serían necesarios meses o, mejor dicho, años de trabajo para abordar todo aquello. Era preciso redefinir los objetivos.

El aspecto positivo era que contaban con mucho personal especializado, y que habían firmado un contrato de confidencialidad al respecto. Los científicos estaban distribuidos en equipos con trabajadores auxiliares, como técnicos de laboratorio, por ejemplo, para centrarse en un problema sanitario concreto cada vez. Eso estaba funcionando muy bien, pero en la actualidad, solo experimentaban con siete alteraciones genéticas, lo que siendo muchísimo, estaba alejado de lo que querían.

—Estas son las cosas que deberíais haberme consultado. No podemos intentar investigar treinta y dos tipos de trastornos genéticos a la vez —se quejó, esta vez sí, con razón Romanov.

—Déjanos que de la logística nos encarguemos nosotros. Buscaremos la manera de sacar más rendimiento.

—¿Todavía no lo entendéis? No solo es experimentar, es también esperar los resultados y observar la evolución y las consecuencias a medio y largo plazo. No podemos dejar uno para empezar otro, hay que seguir hasta el final con lo que ya hemos iniciado.

—Nadie ha hablado de parar nada, ¿de acuerdo? Es más, hace ya tiempo que te dije que necesitaba un caso de distrofia muscular y el niño con el que investigaste sigue sin venir aquí.

—No entiendo ese interés particular.

Romanov desconocía que detrás de aquello estaba el hecho de que uno de los nietos de aquel hombre había recibido recientemente ese

fatídico diagnóstico. Su hija había caído en una depresión al conocerlo. Además, no entendía que siendo su padre el socio mayoritario de una de las mayores farmacéuticas del planeta, no fuera capaz de hallar un tratamiento que sanase a su pequeño.

Necesitaba encontrar una cura y la necesitaba ya.

Si el niño que había tratado Romanov había mejorado tanto como el científico insistía en alardear, entonces quería verlo por sí mismo y desarrollar toda la tecnología y los procedimientos necesarios con su nieto. Pero tendría que estar todo bien contrastado y probado antes.

—No es de tu incumbencia. Tú encárgate de hacer tu parte y nosotros haremos la nuestra. Si no cumples con lo que te pedimos, encontraremos otros medios y no nos va a importar si estás de acuerdo con ellos o no.

Romanov le miró desafiante. Había captado a la perfección el mensaje. Si pensaba que era un remilgado, es que todavía no le conocían. Que hicieran lo que tuvieran que hacer. Eso no era asunto suyo. Lo que no iba a hacer de ningún modo era implicarse en algo que posiblemente sí provocaría que el padre de Walter al final le denunciara.

CAPÍTULO 56

Un INFORME

Mediados de abril. Año actual.

La elaboración de aquel informe le estaba resultando uno de los más complicados que había llevado a cabo en su carrera. No era por la complejidad del caso, sino por esa sensación que compartía con el resto de miembros del equipo de que no habían resuelto nada. Es más, esa impresión de haber dejado libres a los responsables de todas aquellas desapariciones no se desvanecía con los días, sino más bien al contrario. Algo no terminaba de encajar, y no era solo porque no hubieran hallado a los menores, lo cual ya era bastante grave y frustrante de por sí.

—No se preocupen, los encontraremos —le dijo el agente especial al mando Robert Smith después de que la sección del FBI especializada en organizaciones criminales se hiciera cargo—. Este es nuestro trabajo. Estamos acostumbrados a coordinarnos con las fuerzas del orden de otros países. Les daremos una descripción precisa y todos los datos necesarios para que busquen a los menores.

—Le agradecería que me lo haga saber cuando los encuentren. Mi equipo y yo estamos muy preocupados con este caso —confesó Bill con sinceridad.

—Descuide, lo haré. Pero no le voy a engañar, el proceso será largo y no puedo garantizar que aparezcan todos los menores.

—Me hago cargo.

—Estos malnacidos llevan operando varios años —continuó Smith—. Estábamos ya tras su pista desde hace tiempo. Se han llevado a tal número de personas que no se lo creería. Y como ya se imaginará, principalmente mujeres y niños.

—Creo que puedo hacerme una idea —respondió, dando por finalizada aquella conversación después de que se estrecharan las manos.

Bill sabía que, en ocasiones, las corazonadas fallan, pero hay un mínimo porcentaje en el que estas son tan poderosas que no se pueden obviar porque esconden un motivo que no es fácil detectar sin más.

No habían encerrado a los responsables de lo sucedido.

Lo sabía.

Lo tenía cada vez más claro.

Algo dentro de él se lo gritaba de forma casi audible.

A Bill le estaba costando mucho encontrar las palabras que resumieran de manera aséptica las actuaciones llevadas a cabo. Resonaban en su cabeza ciertas cosas, frases expresadas por otros, que

eran como un martilleo incesante.

Podía escuchar con claridad en su mente, por ejemplo, las más que justificadas quejas de Amanda en relación a que el equipo se apartase de la investigación, pero también las de Trenton cuando afirmó con total seguridad que el doctor Romanov era de los que sería capaz de trasgredir las regulaciones que había en el ámbito científico para sacar adelante sus proyectos, sin importar ninguna limitación ética, moral o relativa al propio código deontológico. Las personas como él no daban importancia a cosas como esas. Solo atendían a sus propios razonamientos y motivos.

Aquello le hizo pensar.

¿Y si había alguien por ahí como él que ya lo estaba haciendo? No tenía sentido que se hubieran llevado a niños enfermos para mercadear con ellos, salvo que aquel problema de salud fuera lo que les interesase a quienes se los estaba llevando. ¿Por qué, si no, no elegir niños sanos? Aquello debía esconder algo.

Se echó hacia atrás, dejándose caer sobre el alto respaldo de su confortable silla de oficina. Miró la pantalla del ordenador. El cursor seguía parpadeando junto a la última palabra escrita, en una frase que había quedado a medias.

Releyó lo que acababa de redactar y cada vez le convencía menos. Estuvo tentado de borrarlo todo, pero eso solo serviría para tener que volver a empezar. No disponía de tanto tiempo. En realidad, precisamente tiempo era con lo que no contaba.

Sin lugar a dudas, se encontraba espeso. Cuando uno siente esa falta de claridad mental, no es buena idea insistir una vez tras otra, sino que lo más útil es desconectar, aunque sea por unos segundos.

«Mejor será que salga unos minutos a despejarme», se recomendó internamente.

Cuando salió de su despacho, vio que estaba casi todo el equipo junto comentando algo. No vio a Trenton. Le pareció extraño. Iba a preguntarle algo en relación con la conferencia del doctor Romanov. Ya lo haría en otro momento.

Siguió avanzando hacia los ascensores. No tardaría en regresar. Oyó alguien que hablaba en voz baja. Era de esos tonos de voz que parece que tratan de ocultar algo. Se asomó por pura curiosidad. Era su agente. Este no le vio a él. Al menos ya sabía dónde estaba. Pensó en esperar a que acabara de hablar por teléfono para preguntarle, pero lo que oyó de la conversación le echó para atrás.

—No te preocupes, estoy en ello. Tendré los resultados y veremos qué podemos hacer después, ¿vale? Y lo sé, esto queda entre nosotros.

El ascensor se abrió.

Bill caminó hacia su interior.

Quizá no debía haber escuchado esa conversación.

Quizá sí.

El tiempo lo diría.

Se despertaron ciertas alarmas en su interior.

Una vez más, corazonadas que le decían que algo no iba como debería.

CAPÍTULO 57
Una discusión

Mediados de junio. Año actual.

El ambiente en GENEXT se había enrarecido en los últimos días. Romanov no paraba de increpar a unos y otros porque los resultados no eran los que esperaba. Lo achacaba a que el personal no estaba suficientemente preparado para llevar a cabo una tarea de tal enjundia.

La cuestión era que sí había avances. Pero no todos los que el ansioso científico quería.

—Los resultados serían mucho más relevantes e incontestables si el personal fuera más diestro, pero son una panda de inútiles.

—Ian, contrólate —le dijo aquel día uno de los socios. Le parecía mentira que fuera él quien estuviera siendo reprendido por no obtener todavía los resultados que querían en lugar de ser al revés y ser él quien le apretara las tuercas al científico.

—Es un proceso muy sencillo. Te lo voy a explicar para que lo entiendas —dijo como si el otro fuera un ignorante, a pesar de tener un doctorado en biología—. Se generan unas tijeras moleculares a medida, se elige el lugar específico en el que hacer el corte de la secuencia genética en la célula y desactivar el gen, cosa que ya deberíamos conocer por estudios previos de las distintas enfermedades. Y esto es bastante simple de hacer, ya que solo hay que crear la secuencia de ARN guía necesaria. Zhang ya describió hace tiempo cómo utilizar el CRISPR/cas9 para editar los genes en células humanas, por eso digo que son una panda de inútiles. Deberían estar corrigiendo las mutaciones genéticas que presentan esos niños y no veo que las cosas vayan al ritmo esperado —expuso, subiendo cada vez más el tono de voz.

Por suerte para él, quien tenía enfrente era un hombre atemperado. Romanov no sabía la fortuna que tenía de que fuera así. Si en su lugar hubiera estado uno de sus colegas, posiblemente ya habrían determinado cortar por lo sano esos arranques.

—Ian, espero que recuerdes tu posición aquí —respondió usando un tono frío como el hielo—. Los resultados llegarán. Propón las mejoras que creas oportunas, pero modera tu forma de hablar. Pienso que ya deberías saber que no somos gente a la que infravalorar. Espero que no te haya confundido el hecho de que hemos sido

excesivamente amables contigo.

El científico torció el gesto. Aquello parecía una amenaza. Aunque él no era de los que se achantan a la primera de cambio.

—No tenéis nada sin mí. Me necesitáis y lo sabes.

—Te necesitábamos al principio, pero ahora eres fácilmente sustituible. No lo olvides.

El anfitrión se retiró dando por zanjada esa conversación.

CAPÍTULO 58

Un Secuestro

Finales de junio. Año actual.

Era el mejor momento. El curso escolar llegaba a su fin, así que sus profesores no echarían en falta al pequeño Walter. Al menos, hasta septiembre. Cuanto antes llevasen la operación a cabo, mejor para todos.

La madre empezaba a comportarse de manera un poco temeraria. Parecía que se hubiera contagiado del ego y los humos de Romanov. Reconocían lo que había aportado a la operación, pero su trabajo ya había concluido. La vigilaban, puesto que temían que se fuera de la lengua y dijera algo indebido relacionado con la milagrosa mejoría de Walter. Tal vez quisiera presumir delante de sus amigas o en la asociación de padres de menores con distrofia muscular.

Por otra parte, Kevin, el padre del crío, se había vuelto un elemento inestable y peligroso. Conocían por Romanov las reticencias que había demostrado en los últimos meses a lo que estaban llevando a cabo con su propio hijo. También sabían que desconfiaba de su mujer y de lo que esta pudiera estar haciendo. No tenían constancia de hasta dónde sabía. Por suerte, en realidad era un pusilánime que no acababa de atreverse a dar el paso.

Desde que Tracy, la madre de Walter, se percató de que su marido le había mirado el móvil, cambió todas sus contraseñas, algo que a él le pareció aún más sospechoso. La relación entre los padres del niño iba de mal en peor. Se había convertido en un auténtico polvorín que podía estallar en cualquier instante.

Todo aquello justificó las medidas drásticas. Además, uno de los socios había insistido en que el niño debería estar incluido en el proyecto. Quería ver por sí mismo los resultados de la intervención llevada con él por Romanov desde finales del verano anterior.

Tuvieron que tomar aquella determinación.

No podían permitirse elementos de inestabilidad.

Era una medida de protección necesaria.

Un día de finales de junio, cuando ya había caído la noche y acababan de recoger lo del jardín, unos intrusos entraron en su casa y se llevaron a toda la familia. Para ello, les sedaron primero, puesto que querían poder manejar la situación lo mejor posible.

Días después, liquidaron a los padres.

Ya no resultaban útiles.

Se deshicieron de sus cadáveres.

Su familia y amigos pensaban que se habían ido de vacaciones.

Tardarían todavía bastante tiempo en salir de su error.

Eran dos cabos sueltos que no se podían permitir.

Walter pasó a ocupar la celda número cuarenta y nueve.

CAPÍTULO 59

Un asesinato

Mediados de julio. Año actual.

Romanov se había convertido en un auténtico estorbo. En un primer momento, fue un elemento absolutamente necesario para poner en marcha el proyecto, pero ya habían llegado a ese punto en el que tenían a personal de GENEXT perfectamente formado y preparado para seguir adelante sin su presencia.

Ian Romanov intentaba hacer las cosas a su manera y no se plegaba a las indicaciones que los socios le marcaban. Habían detectado que alardeaba en algunos foros de bioingeniería de los logros que estaba alcanzando y eso le convertía en alguien sumamente peligroso. Podría acabar con todo aquel trabajo y miles de millones de dólares invertidos de un plumazo. En cuanto llegase a oídos de las autoridades lo que estaban haciendo en GENEXT y que tenían retenidos a cuarenta y nueve niños contra su voluntad, se acabaría todo. Los responsables y todos los trabajadores terminarían entre rejas.

No podían permitirlo.

La única solución era silenciar a Romanov para siempre.

El problema era que no podía desaparecer sin más. Lo más recomendable era que su cuerpo apareciera sin vida en su apartamento y que se creyese que había sido debido a causas naturales.

No les resultó difícil.

Aprovecharon una salida nocturna del doctor para colarse en su piso. Las medidas de seguridad que tenía eran mínimas. Forzar la cerradura fue pan comido. Lo más complicado fue acallar al chucho que vivía con él, puesto que no paraba de ladrar. Decidieron sedarle para que no les estorbara. Casi les parecía la escena de una *sitcom*, dos gorilas como aquellos drogando a un pomerania enano. Ridículo era lo mínimo que se les pasaba por la cabeza para calificar la situación.

Romanov volvió de madrugada con unas copas de más. Ni siquiera tuvieron que usar la fuerza para doblegarle, puesto que estaba en un estado lamentable. Le obligaron a tomar la droga que era indetectable, salvo que se hiciera una prueba específica para rastrearla.

Poco después su corazón se paró.

Una vez conseguido, limpiaron cualquier posible huella o evidencia que pudieran haber dejado de su presencia.

Salieron del piso y del edificio sin que nadie advirtiera que habían estado allí. Fueron dos sombras más camufladas por la oscuridad de la

noche.

CAPÍTULO 60

Una Noticia

Finales de julio. Año actual.

La voz se corrió rápido en la comunidad científica de Washington. El que trabajara durante años en la universidad de la ciudad y que fuera un miembro destacado del personal del instituto Smithsonian, había sido encontrado sin vida en su apartamento unos días atrás. Se sospechaba que había sufrido un ataque al corazón fulminante. A pesar de que era un hombre que parecía gozar de un buen estado de salud, a nadie le sorprendió realmente la noticia, debido a ese carácter nervioso que todos los que le conocían habían apreciado en él en más de una ocasión. Además, era *vox populi* su afición por la bebida y por las noches de juerga.

Aquello fue recibido con ambivalencia. Por una parte, nadie iba a echarle realmente en falta, puesto que no era de los que construía relaciones positivas y agradables a su alrededor. Si tenía algún amigo, estos debían contarse con los dedos de una mano. Por otra parte, se lamentaba la pérdida en cuanto a sus contribuciones a la ciencia realizadas en el pasado, puesto que había sido un buen acicate para estimular el desarrollo de distintos campos científicos relacionados con su especialidad.

De manera casi casual, buscando más información sobre la próxima programación de actividades en el Smithsonian, Trenton se encontró con la noticia. Algo le dijo que aquella muerte no había sido natural. Se había generado demasiadas enemistades a su alrededor como para no sospechar que alguien tuviera algo que ver con su repentino fallecimiento.

Se acercó a contárselo a su jefe directo, puesto que fue quien le acompañó a su polémica conferencia sobre el CRISPR/cas9 allá por mitad del mes de marzo.

—¿Puedo pasar? —preguntó llamando a la puerta, la cual estaba abierta, tal y como venía siendo habitual desde que Bill ocupara el cargo.

—Por supuesto —respondió de forma inequívoca. No obstante, algo en su interior suplicaba que aquella interrupción no fuera demasiado larga, puesto que tenía mucho trabajo atrasado.

—Acabo de descubrir algo que me ha resultado muy sospechoso —compartió Trenton, dejando el suspense en el aire.

—¿Y piensas decirme qué es? —preguntó el italiano.

—¡Claro, claro! Allá voy. ¿Te acuerdas del conferenciante que fuimos a ver en Washington en el mes de marzo?

Por supuesto que se acordaba. Desde que investigaron el caso de aquellos niños no se lo quitaba de la cabeza, sobre todo porque el agente Smith le había dicho recientemente que todavía no había ni el menor rastros de los críos.

—Sí que me acuerdo. No es un hombre fácil de olvidar. Y no nos caímos bien precisamente.

—Pues te vas a quedar de piedra: han encontrado su cuerpo sin vida dentro de su apartamento hace unos días.

—¿Le han asesinado? —pregunto automáticamente Bill.

—La noticia dice que falleció por causas naturales, concretamente un fallo cardíaco, pero yo no me lo creo.

Bill reflexionó unos segundos. A la mente le vinieron aquellos dos tipos con pinta de matones que estaban hablando con él justo antes de que Trenton le preguntara si podían charlar con él.

—Puede que al final estuviera metido en algo turbio —sugirió el italiano.

—Eso mismo he pensado yo. Sí que es cierto que era un tipo al que le gustaban los excesos, por lo que he podido saber, pero de ahí a asesinarle, va un trecho.

—¿Ya has estado investigando?

—¡Nada! —exclamó, restándole importancia—. Un par de preguntas aquí y allá. Pero pienso lo mismo que tú, que lo han liquidado.

—¿Qué motivos podría tener alguien para matarlo?

—Se me ocurren unos cuantos, pero para llegar a ese extremo tiene que haber algo chungo detrás.

—Tal vez sí sea una muerte natural y nos estamos metiendo ideas en la cabeza que no son ciertas.

—Quizá —respondió Trenton.

Pero ninguno de los dos lo creían.

Sin embargo, no les correspondía a ellos investigarlo.

—¿Qué te parece si llamo a la policía a ver si logro hablar con quien acudió al escenario? Porque entiendo que en un caso como ese tuvo que personarse la policía.

—Bueno, tal vez te cuenten más los sanitarios y el médico que procedió a certificar la muerte y hacer el levantamiento del cadáver.

Trenton no había valorado esa opción. Sin embargo, posiblemente eran los que más datos le podían facilitar.

—Buena idea. No te importa que meta un poco el hocico y pregunte, ¿verdad?

—Mientras no le robes tiempo a nuestros casos, puedes hacer lo que te parezca oportuno.

—Entendido, jefe.

—Y mantenme informado —le solicitó Bill.

El otro sonrió.
—Descuida. Lo haré.

CAPÍTULO 61
Una sensación

Finales de julio. Año actual.

Después de la nota que encontrara en su parabrisas con el dibujo del sol escondiéndose bajo el mar varios meses atrás, había recibido otras tres, una por mes, salvo en el corriente. Kisha pensó con ironía que la persona que había tomado como afición molestarla se había cogido vacaciones de verano.

Dejó de darle importancia a aquello, a pesar de que cada vez que recibía una no podía evitar ese malestar que venía con cada papel que le recordaba que alguien parecía obsesionado con ella.

Ya sabía que en ninguna de las ocasiones contenía ni el menor rastro de sustancias o huellas, así que quien fuese se molestaba en no dejar evidencias. Supuso que tenía especial cuidado sabiendo que ella había sido policía. Wynona y Tyrell fueron un gran apoyo. El problema era que las frases no parecían tener mucho sentido.

Cuando recibió la primera con las iniciales de M.J. en la que decía «*Arderás en el infierno*» hubo un momento en el que le vino a la cabeza el nombre del exmarido de su hermana, puesto que la culpaba de su separación por algo sucedido en el pasado cuando todavía Kisha residía en Carmel-by-the-Sea y trabajaba en la policía local de aquella localidad. Ella descubrió que la engañaba y lo puso en su conocimiento. A pesar de que Helen decidió seguir con él y, por el contrario, rechazó todo contacto con su hermana pequeña, al final habían terminado por separarse.

Joseph Hall era el nombre de su excuñado. Lo que no sabía demasiada gente es que, aunque no fuese lo habitual, utilizaba su segundo nombre, Joseph, y no el primero, Michael, porque no quería tener nada que ver con su padre, debido a una fuerte discusión que tuvo lugar en el pasado.

Quizá la culpaba de su caída al abismo, pero cada vez empezó a pensar más y más que aquello no tenía sentido y que debía estar muy mal para cruzarse el país entero para llevar una nota hasta la academia del FBI.

Joseph no era de esos.

Así que volvía a no tener ni la menor idea de quién estaba detrás de aquello. Viendo la preocupación de Bill con la primera y debido a la sobrecarga de trabajo que tenía desde que se trasladaron a

Quantico, decidió no decirle nada más a ver si así se olvidaba del tema.

Quien no estaba dispuesto a olvidarse era su acosador.

Se preparaba para dar un paso más.

EPÍLOGO

Una HERIDA

Finales de julio. Año actual.

Aquella mañana salió más tarde de lo habitual a comer. Se había entretenido más de la cuenta con la elaboración de unos informes que le habían solicitado sobre el balance semestral del trabajo de la U.A.C. Desde arriba le pedían que reuniera en un documento los casos con los que habían trabajado y el porcentaje de resolución, así como el nivel de satisfacción de los miembros de la unidad. Aquello no era una tarea tan sencilla como podía parecer en un primer momento, puesto que no solo se trataba de cifras aisladas, sino que abarcaba mucho más.

Decidió que pillaría algo rápido en el puesto ambulante que había al otro lado de la calle. No le apetecía perder tiempo. Bajó en el ascensor. Se cruzó con varios agentes, los cuales le saludaron con amabilidad. Bill se había convertido en los últimos meses en alguien muy respetado en Quantico. Se encontraba a gusto allí. Las cosas le iban realmente bien.

Saludó al guardia de la salida e intercambió unas palabras con él, tal y como era habitual. Era un hombre muy agradable y siempre tenía algo que decir.

Miró a los dos lados de la calle para cruzar. Y entonces los vio. Kisha y Trenton salían de una cafetería cercana. Estaba seguro de que eran ellos. Los reconocería en cualquier parte. Pensó en acercarse hasta donde se encontraban. Era extraño verles juntos, pero tampoco era descabellado. Podían haber coincidido allí perfectamente. Hoy Kisha tenía que ir por el cuartel general de Quantico, ya se lo dijo por la mañana en el desayuno.

Entonces algo le impidió acercarse.

Algo que le dejó clavado en el sitio.

Trenton abrazaba a Kisha y esta lo recibía con agrado.

Desconocía que tuvieran una amistad estrecha.

Desconocía que fueran amigos siquiera.

Sospechó que tenían algo más.

*

Continuará…

“Si no avanzas, retrocedes”.
(Sam Waterson)

Datos de interés CONTINUACIÓN

La continuación de Amaneceres Oscuros estará disponible a finales del mes de enero de 2024 o primeros de febrero de 2024. Espero querido lector o lectora que puedas esperar hasta entonces y desees llegar al final de esta historia que no te decepcionará.

CRISPR/CAS9

El CRISPR o, lo que es lo mismo, Clustered Regularly Interspaced Short Palindromic Repeats (en español, Repeticiones Palindrómicas Cortas, Agrupadas y Regularmente Interespaciadas) es el nombre que Francisco Juan Martínez Mojica le asignó a esos fragmentos repetitivos del ADN. Este científico español observó que las bacterias usaban dicho fragmentos para defenderse de los virus invasores. El microbiólogo, investigador y profesor de la Universidad de Alicante abrió la puerta a uno de los descubrimientos más relevantes de la historia reciente, por lo que puede suponer en campos como la medicina, la alimentación, la agricultura o el medio ambiente.

Gracias a su descubrimiento inicial, en 2008 Erik Sontheimer y Luciano Marrafinni identificaron que CRISPR podía ser una herramienta al servicio de la edición genética.

En 2020 el premio Nobel de Química fue a parar a Emmanuelle Charpentier y Jennifer A. Doudna de forma conjunta puesto que, a raíz de los estudios anteriores, estas dos científicas lograron desarrollar un método para la edición del genoma de plantas, animales o personas.

Parece ser que todavía hace falta mucha investigación para que su aplicación en la medicina sea una realidad, aunque sin duda está en camino.

PROYECTO GENOMA HUMANO

Es posible que hayas oído hablar del proyecto Genoma Humano en las noticias en alguna ocasión. Durante tres décadas, este proyecto colaborativo de índole internacional se ha dedicado a desentrañar el complejo sistema genético del ser humano. El objetivo principal era determinar la secuencia de pares de bases químicas que componen el ADN y cartografiar todos los genes, una labor titánica y sin duda desafiante.

Este proyecto es la antesala fundamental a la bioingeniería y a la edición genética, puesto que su relevancia reside precisamente en haber desentrañado esa amalgama de genes hasta sus últimos elementos y disponer de un mapa completo de nuestro ADN.

Posiblemente, sin el desarrollo de este proyecto, sería mucho más complejo encontrar la funcionalidad que el CRISPR/cas9 promete.

PROYECTO CONECTOMA HUMANO

El proyecto Conectoma Humano, por su parte, está diseñado para conocer todas las conexiones neuronales, es decir, toda la información sobre las redes funcionales y estructurales que hay en un cerebro sano, lo cual es sumamente complejo puesto que el número es casi inabarcable. Se trata de hacer algo así como un "mapeo de red", lo cual aportará información sumamente relevante para el estudio de diversos trastornos cerebrales.

Este proyecto se inició posteriormente al del genoma humano viendo los excelentes resultados de este, también con alcance internacional y gracias a la cooperación del ámbito público y privado.

Se dice que, al igual que el siglo XX se dedicó especialmente al estudio del universo, el siglo XXI es el del cerebro, puesto que hay muchos proyectos en marcha desde el ámbito científico que están intentando llegar a conocer a fondo este órgano que encierra tantos misterios.

Mi próximo libro titulado "*Experimento*", de la serie Myrkur Cranston, se basa precisamente en esta mastodóntico proyecto. Me quedan por delante apasionantes lecturas relacionadas con él, en las que seguro aprenderé cosas increíbles.

CAMEO LITERARIO

Elena de la Cruz es una escritora que suelo leer habitualmente. Además, tengo una muy buena relación con ella, aunque sea virtual. Es de esas personas que no hace falta verla para detectar que es buena gente. De manera casi casual por un post de Instagram en el que aparecía la foto de la oficina central del FBI en Washington, se nos ocurrió que dos de nuestros personajes podían encontrarse. Así, Bill coincide con Naomi Saylor en el parking del Edgar Hoover Building, la cual está pasando por un apuro en ese momento.

MENTES CRIMINALES

Es necesario nombrar esta serie, puesto que ha inspirado muchas de mis novelas y esta serie Amanecer en particular. En especial las primeras temporadas son brillantes en muchos aspectos y creo que

fueron muy originales en su día, puesto que ni las novelas ni las películas o series de temática policíaca abordaban el tema del análisis de conducta de los criminales. En mi caso, sirvió para que me interesara mucho por la perfilación criminal y he leído libros con los que he aprendido muchísimo.

John Douglas, precisamente, es un referente en mis novelas. Este autor de fantásticos libros como "*Mindhunter*", "*The Anatomy of Motive*" o "*Journey into de Darkness*", fue uno de los agentes del FBI responsables de que se creará la Unidad de Análisis del Comportamiento, lo que dio origen a una nueva especialización dentro de los cuerpos de policía y a una novedosa forma de abordar los crímenes para poder atrapar a los responsables.

AgradecimienTOS

Este libro ha salido en una fecha muy especial. El 1 de septiembre es el cumpleaños de una persona de esas que conoces casi por azar y se convierte en un auténtico regalo.

Rocío García Melgar y yo nos conocimos gracias a un grupo de lectura de Telegram, pero ya he tenido la inmensa suerte de poder disfrutar de un día en su inmejorable compañía junto con otras personas muy especiales también para mí. Ojalá podamos repetir muchas veces más.

¡Millones de gracias por estar siempre ahí! Eres una persona de diez con sombrero. Este es un regalo pequeño y simbólico que no está a la altura de lo que te mereces, pero que desde luego va con mucho cariño.

◆◆◆

Una vez más, mis maravillosos lectores cero han estado ahí detrás, apoyándome y ayudándome a mejorar el manuscrito original. Es una inmensa fortuna para una autora saber que siempre puede contar con un grupo de buenas personas que harán lo imposible por aportar su granito de arena.

- Rocío García Melgar. Siempre corrige el texto al detalle, sin pasar nada por alto. Es minuciosa y maravillosamente puntillosa, ofreciendo sugerencias para mejorar las expresiones que no quedan claras o pueden ser mejorables.

- Patricia Burgos Cortés. No faltan sus comentarios divertidos que acompañan a esos errores que detecta. Sus sugerencias son todo un acierto. Da gusto contar con ella.

- Laura Díaz de Prado. Si hay algo que no cuadra a al perfección, que no se entiende bien o que podría decirse de un forma más adecuada, lo encuentra seguro. Sé que con ella siempre puedo contar.

- Andreu Purroy Giribet. Lo que aporta y ha aportado a mis novelas es de extraordinario valor. A veces, es un nombre que encaja mejor y otras un error en la trama que lo cambia todo. En cualquier caso, sus sugerencias son todo un acierto.

- Kress Phylaso. Da igual que esté embarcada en mil proyectos. Es una persona tan leal que, si hace falta, le roba horas al sueño para echarte un cable. He aprendido mucho de ella gracias a las novelas en las que ha participado como lectora cero. Y sigo aprendiendo.

-Margarita González Benavides. Suele tener múltiples sugerencias que hacer en cada novela y no duda en compartirlas. Esta vez no ha podido llegar a tiempo, pero sé que no es por falta de ganas, puesto

que siempre está dispuesta a hacerlo.

- Sara Moyano Ávila. Sus comentarios siempre me alientan y motivan, pero además me comenta aquellos aspectos de la trama que podrían mejorarse o que necesitarían mayor desarrollo, lo cual me resulta de enorme utilidad.

- Sonia Muñoz Rubio. Lee y revisa con detenimiento, lo cual se nota siempre, pues suele localizar aquellos pequeños errores que pueden haber escapado del ojo de los demás lectores cero. Su ayuda siempre es fundamental para mí.

Y además quiero darle las gracias…

A todos los lectores fieles que, libro tras libro, continuáis ahí. A los que me seguís en Amazon y en mis redes sociales. A todos los que dejáis vuestra opinión y valoración y me ayudáis a que mis novelas tengan cada vez más visibilidad. A los que me entregáis una parte de vuestra vida cuando la dedicáis a leerme. A todos y todas, GRACIAS SIEMPRE.

Dicen que la vida es como un tren. Hay personas que se suben en algún momento pero terminan por bajarse y otras te acompañan hasta el final del viaje. Algunas de las que se bajan lo hacen porque no queda otro remedio, otras porque su función era temporal y las demás porque aprendes que en la vida no hay que cargar con lastres innecesarios. Mi tren va repleto de gente increíble y estoy cada vez más agradecida por ello, porque encontrar tantas buenas personas es la mayor fortuna que se puede desear.

Para conocer a mis lectores cero, podéis visitar mi página web, en la que sigo preparando un apartado especial para cada uno de ellos.

Os dejo aquí el enlace.

https://arielzorion.com/conoce-a-mi-equipo-de-lectores-0/

Antes de irte…

Primero de todo, quiero darte las gracias por darle la oportunidad a mi novela. Espero que hayas disfrutado con su lectura y te haya resultado intrigante.

Para los autores autopublicados es muy importante

Comparte tu opinión en Amazon

GRACIAS

vuestra opinión. Por eso, quiero pedirte unos minutos más para que dejes tu valoración en Amazon y, si te apetece, en Goodreads o alguna red social, lo cual sería fantástico.

Tu opinión es fundamental. Me ayuda a crecer, a mejorar y a darle visibilidad a mis obras. Gracias por dejarme soñar.

◆◆◆

Nos vemos pronto con nuevas historias… si tú quieres.

“Solo una cosa convierte en imposible
un sueño: el miedo a fracasar”
- Paulo Coelho

Un abrazo grande

Otros libros de la autora

A pesar de que tenía intención mantener separados mis distintos seudónimos, la realidad es que han acabado por mezclarse. No obstante, continúo escribiendo géneros diferenciados bajo distintos nombres, según sean thrillers, historias de terror, comedias románticas o libros más destinados a crecimiento personal, aunque tengo alguna novela que trata otros temas no relacionados con los géneros mencionados ahí arriba.

Podéis adquirir mis novelas en ebook, tapa blanda o tapa dura en Amazon:

- La Hora del Ocaso (Saga Ocaso 1)
- El Ocaso De Los Días (Saga Ocaso 2)
- Ocaso (Saga Ocaso 3)
- Amanece en el Ocaso (Saga Ocaso 4)
- El Primer Ocaso (Saga Ocaso 0)
- The Twilight Case (English Version)
- La Biografía de las Lágrimas (Saga Biografías 1)
- La Biografía del Dolor (Saga Biografías 2)

- La Biografía del Miedo (Saga Biografías 3)
- Respira (Serie Myrkur Cranston 1)

- Bancos de Niebla

- El Encuentro
- Memoria Ingrávida
- Relaciones

- Viaje a la Oscuridad
- ¿Estás Ahí?
- No Habrá Silencio
- El Amor Se Encuentra A La Vuelta De La Esquina
- La Luna Enjaulada 1
- La Luna Enjaulada 2
- Desde El Otro Lado
- Cómo escribir 3 o 4 libros al año

- Algo Muere al Amanecer (Saga Amanecer 1)
- Amaneceres Oscuros (Saga Amanecer 2)

- Enclaustrado (bajo el seudónimo Noiroz Leira)
- El Accidente (bajo el seudónimo Noiroz Leira - Serie Oscura 1)

- La Familia (bajo el seudónimo Noiroz Leira - Serie Oscura 1)

- Cuando te miro - Serie Amor con Humor 1 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cuando sonríes - Serie Amor con Humor 2 (bajo el seudónimo Sarah Lindsay)
- Cómo ser feliz(bajo el seudónimo Sheila Relish)

PRÓXIMAMENTE:
Libros autoconclusivos de distintas series:

- La Biografía del Amor (Saga Biografías 4) - 20 de octubre de 2023
- Experimento (Serie Myrkur Cranston 2) - 1 de diciembre de 2023.
- Cuando te grabo (bajo el seudónimo Sarah Lindsay - Serie Amor con Humor 3) - 29 de diciembre de 2023.
- Tercera entrega de la Serie Amanecer en enero-febrero de 2024 (título aún por determinar).

Acerca de la autora

Cuando comencé a escribir allá por el año 2016, nunca imaginé que mis novelas me iban a reportar tantas alegrías. Me parecía imposible llegar a los lectores, puesto que ahí fuera hay miles de novelas pugnando por hacerse un hueco. Para mí, el mercado literario se asemeja a un océano. ¿Cómo va una gota a sobresalir por encima de las otras? Era todo un imposible.

A día de hoy tengo la inmensa fortuna de confesar que tengo muchos lectores fieles que son asiduos de mis novelas y eso me hace enormemente feliz. Pero por encima de eso, lo más bonito de todo ha sido poder encontrar personas que tanto me aportan y a las que ya puedo llamar amigos.

Tengo la suerte de ser una persona *disfrutona* que se entusiasma con todo lo que hace. Eso no significa que, como todos, pase por momentos de hastío y cansancio. Lo que tengo claro es que de la escritura nunca me aburro. Acabo un libro y estoy deseando empezar el siguiente, sin descanso porque mi mente ya me está pidiendo poner en palabras esa historia que quiere ser contada. La escritura me aporta tanto a nivel personal que lo he integrado como una faceta más de mi vida diaria, al igual que leer y hacer deporte, tres cosas de las que soy incapaz de prescindir.

Mi afición a escribir *thrillers* está ya fuera de toda duda. Disfruto muchísimo creando estas historias que deben ser como un puzle en el que al final todo encaje. Cada vez me resulta más desafiante montar una novela con ingredientes de suspense y que despierten el interés de

los lectores y lectoras. Vivimos en un momento en el que parece que ya está todo escrito. Crear algo nuevo y diferente parece casi imposible. Yo lo intento cada vez, aunque no sé si lo consigo. De lo que estoy segura es de que me esfuerzo más cada vez, porque nunca hay que conformarse. Siempre hay que tener ilusión por mejorar y un deseo inagotable de evolucionar. Como dice la frase de Sam Waterson que aparece en esta novela, "*si no avanzas, retrocedes*"

Con los años, voy reafirmándome que los momentos más felices se encuentran en la sencillez del día a día. Para mí, esta pasión que es escribir, me regala muchos instantes felices. No solo es el proceso de narrar la historia, con el que el tiempo se diluye y el mundo material parece desaparecer, es también el después, con las impresiones de los lectores, con los nervios del estreno y la satisfacción de saber que hay personas a las que les interesa lo que tienes que contar.